

#3

V. P. POTESKIN Y OTROS

163.
• I 7
U.

HISTORIA DE LA DIPLOMACIA

TOMO I

De la Antigüedad a la guerra franco-prusiana

"Biblioteca Mario Ballesterín"
Facultad de Humanidades y Educación
Universidad Central de Venezuela



EDITORIAL GRIJALBO, S. A. MEXICO, D. F. 1966

INTRODUCCION

El comienzo de la era capitalista corresponde al siglo xvi.¹ Es entonces cuando, en los Países Bajos, se produce la primera revolución burguesa, que significaba ya un cierto grado de madurez de las relaciones capitalistas en las regiones avanzadas de Europa. En el siglo xvii se produce la revolución burguesa de Inglaterra, que en la historiografía marxista se acostumbra a tomar como el principio de la Edad Moderna.

Sin embargo, en la mayor parte de Europa existían en aquel entonces monarquías absolutas y la clase dominante continuaba siendo la de la nobleza feudal. De ahí que en ese tiempo tenemos que ver, principalmente, con la diplomacia de las monarquías absolutas, con su aparato burocrático organizado y con su sistema de instituciones centrales, que abarcaban tanto la política interior como la exterior.

Refiriéndose a este período, Marx escribió: "El poder estatal centralizado, con sus órganos omnipotentes: el ejército permanente, la policía, la burocracia, el clero y la magistratura —órganos creados con arreglo a un plan de división sistemática y jerárquica del trabajo—, procede de los tiempos de la monarquía absoluta y sirvió a la naciente sociedad burguesa como un arma poderosa en sus luchas contra el feudalismo."²

Precisamente en las postrimerías de la Edad Media y en los comienzos de la Moderna, con el desarrollo del comercio, la ampliación de los vínculos internacionales y la creación de los Estados centralizados, aparece la forma, a ellos propia, de organización de la diplomacia, que en lo fundamental era herencia del absolutismo y fue legada a los Estados burgueses de tiempos posteriores. Esta forma, que en la Edad Media aparecía como excepción, se caracteriza por la presencia de representaciones permanentes en los países extranjeros, guiadas por el gobierno a través de una oficina diplomática centralizada.

La diplomacia del período que nos ocupa trataba de cumplir las tareas de clase de los señores feudales en política exterior, bien que sin olvidar los intereses de la burguesía naciente. La creación de formas nuevas de la diplomacia, propias del Estado centralizado, y la preponderancia de la diplomacia de las monarquías absolutas, convierten a los siglos xvi a xviii en un período bastante homogéneo desde el punto de vista del desenvolvimiento de la diplomacia como institución social.

La gradual formación de las relaciones capitalistas se produjo ya dentro de la Baja Edad Media. Los descubrimientos geográficos y las primeras conquistas coloniales de los siglos (xv) y (xvi) imprimieron un vigoroso impulso a este proceso. Los vínculos mercantiles mundiales se ensancharon. Se robustecieron las relaciones monetario-mercantiles. Las rutas y los centros del comercio se desplazaron de los

¹ C. Marx, *El Capital*, ed. esp. Fondo de Cultura Económica, tomo I, pág. 609.

² C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, edición en español, tomo I, pág. 539.

mares Mediterráneo y Báltico a las costa del Atlántico. A partir de entonces, en las relaciones internacionales de Europa pasan a desempeñar el papel principal los países más cercanos a esos centros: Portugal, España, Países Bajos, Francia e Inglaterra.

En cuanto a la política exterior, son los intereses dinásticos y las rapaces aspiraciones de la nobleza feudal los que cumplen el papel decisivo. No obstante, la creciente burguesía, interesada en la conquista de nuevos mercados, en la adquisición de colonias y en asegurar el predominio comercial de su país, ejerce una influencia cada vez más acentuada sobre dicha política. Esos intereses podemos encontrarlos como origen de la mayoría de las guerras sostenidas en Europa a lo largo de los siglos xvi y xvii y como contenido de casi todos los tratados internacionales de ese período. La diplomacia europea estaba también al servicio de tales intereses.

A fines del siglo xvi se esboza claramente el fortalecimiento del poderío comercial y político de Inglaterra en el plano internacional. Justamente el acelerado desarrollo de las relaciones capitalistas en ese país es lo que conduce a mediados del siglo xvii al triunfo de la revolución burguesa.

La victoria de la revolución burguesa en Inglaterra fortaleció la situación internacional de esta potencia insular. Su política exterior se orienta cada vez más hacia las conquistas. La legislación marítima del Parlamento inglés va dirigida abiertamente contra sus rivales comerciales más fuertes: España y Holanda. La lucha contra ellas desemboca en guerras que terminan con la victoria de Inglaterra, la cual se convierte en una potencia naval dominante.

Mientras que el siglo xvii se caracteriza por la dominación de Inglaterra en los mares, en el continente se fortalece el predominio de la Francia feudal y absolutista, que posteriormente había de convertirse en la rival principal de Inglaterra.

La política de Richelieu y Mazarino contribuyó al fortalecimiento del poder centralizado y al aplastamiento definitivo de la indisciplina de los grandes señores feudales. Al mismo tiempo, con la protección a la industria y al comercio, al estimular la navegación y la formación de grandes compañías comerciales, al ensanchar sus colonias, el gobierno de la monarquía absoluta francesa de ese período contribuía al rápido desarrollo de las relaciones capitalistas y al robustecimiento de su influencia internacional. La Francia del siglo xvii se vigoriza a expensas de los vecinos débiles: España y Alemania. En oposición a ella, el Sacro Imperio Romano Germánico, desplazado de los nuevos centros económicos de Europa occidental, pierde su significación internacional y se desintegra definitivamente en una multitud de pequeños Estados independientes, entre los cuales, poco a poco, empiezan a fortalecerse dos nuevas formaciones políticas: Austria y Prusia.

Durante los siglos xvi y xvii, en el Este de Europa, se incorpora de manera cada vez más activa a la vida internacional el Estado ruso, que desde entonces participa en la solución de los problemas de política exterior en el Báltico y el Cercano Oriente.

La lucha armada entre Inglaterra y Francia por el predominio en la política mundial prosigue en el siglo xviii. Como consecuencia de varias guerras victoriosas, Inglaterra amplía sus posesiones de ultramar a expensas de Francia y España, y se transforma en una potencia colonial de primer orden. La primacía de Inglaterra, que aventaja a los demás países en su desarrollo capitalista, se mantiene en tiempos posteriores. No es bastante a quebrantar su poderío ni siquiera el golpe que en el Nuevo Mundo le asesta la lucha victoriosa de la democracia burguesa norteamericana por su independencia.

También en el siglo xviii, un importante factor internacional pasa a ser el joven Imperio Ruso de Pedro I, que se presentaba como heredero del Estado de Moscú.

Lo fundamental en las actividades diplomáticas de los Estados europeos de los siglos xvi y xviii es la lucha por la preponderancia comercial y política. El éxito en esta lucha corresponde, en mayor o menor grado, a los países que siguen la ruta de un desarrollo económico progresivo. Por el contrario, a menudo conoce el fracaso la diplomacia de los Estados en que el régimen feudal resiste todavía al progreso de las consolidadas relaciones capitalistas.

En línea ascendente marcha a fines del siglo xvi la diplomacia de los Países Bajos, el primer país donde la burguesía triunfó sobre la reacción feudal-clerical. Los triunfos diplomáticos más brillantes de los siglos xvii y xviii corresponden a Inglaterra después del histórico triunfo de la revolución burguesa, que robusteció el poderío económico, marítimo y colonial de esta potencia. Triunfos diplomáticos transitorios consigue también la monarquía absoluta francesa del siglo xvi y de la primera mitad del xvii, mientras cumple un papel "civilizador",⁸ al poner fin al fraccionamiento feudal y al facilitar el desarrollo de las relaciones capitalistas estimulando la industria y el comercio. Estas mismas causas explican el incremento de la influencia internacional de Rusia en la época de Pedro I. Para todos estos Estados, el mercantilismo es el programa de combate no sólo de su política interior, sino también de la exterior.

Las derrotas diplomáticas del Imperio y de España bajo Carlos V y Felipe II eran el pago de una política que se oponía a las exigencias del progreso económico y político. Idéntico castigo histórico tuvo Francia a fines del siglo xvii y en el siglo xviii, cuando la monarquía absoluta continuaba sirviendo a los intereses del feudalismo caduco. La política exterior de Francia en ese período no se sale de los viejos cauces: la defensa de los intereses dinásticos, la "gloria" para el rey y el botín de los ejércitos feudales. Esta es una de las causas que produjeron el choque de la monarquía absoluta con el tercer Estado: la revolución de 1789 abre ante la política exterior y la diplomacia de Francia nuevas rutas al servicio de la clase triunfante.

Un puesto especial corresponde a la política exterior y a la diplomacia del Imperio Ruso en el siglo xviii. El Imperio feudal-militar de Pedro I y de sus inmediatos sucesores, que mantiene una política económica progresiva, facilitando el desarrollo del país y la organización de su poderío militar, cumple con éxito las tareas históricas de la política exterior rusa en las orillas de los mares Báltico y Negro. En la segunda mitad del siglo xviii, Europa occidental se ve frente a un poderoso Imperio Ruso, cuyas fuerzas armadas y cuya diplomacia hacen sentir su peso en las relaciones internacionales.

La burguesía, entonces una clase social avanzada, ve un factor positivo en el Estado puesto al servicio de los intereses del capitalismo en marcha. Los teóricos políticos de los siglos xvi y xvii —Maquiavelo en Italia, Bodin en Francia, Grocio en Holanda, Hobbes en Inglaterra— exponen la idea del Estado como principio supremo, todos proclaman el servicio a los intereses del Estado como el principio fundamental de la política interior y exterior.

En las prácticas de las relaciones internacionales, las agrupaciones y coaliciones de Estados adquieren un valor todavía más grande que en la Edad Media. Unas nacen para robustecer la hegemonía política y comercial de las potencias más fuertes; otras, para defenderse de la fuerza superior de su rival. En esta situación, que se caracteriza por la llegada de los Estados centralizados que vienen a reemplazar al fraccionamiento feudal, aparecen nuevas nociones político-diplomáticas y jurídicas: equilibrio político, fronteras naturales, derecho de guerra y de paz.

⁸ C. Marx y F. Engels, *Obras*, tomo 4, 2ª ed. rusa, pág. 308.

libertad de los mares, firme estabilidad de los tratados internacionales. Así se van sentando las bases del derecho internacional como ciencia.

Al afirmarse las poderosas monarquías absolutas, la organización del servicio diplomático se hace más y más estable. Las representaciones permanentes, nacidas en la Edad Media en las prácticas diplomáticas de la sede pontificia y de la República Veneciana, se generalizan ahora por doquier. Se establece una rigurosa jerarquía diplomática. Se elaboran las formas generalmente aceptadas de la correspondencia. El francés sustituye al latín como idioma propio de las relaciones diplomáticas. Se reglamenta con mayor precisión el ceremonial.

En su conjunto, la diplomacia sigue siendo prerrogativa de las monarquías absolutas y de la burocracia de éstas dependiente. Sólo en Inglaterra, en particular después de la revolución burguesa, el Parlamento adquiere determinada influencia sobre la política exterior. Sin embargo, la verdadera subversión en este terreno se produce solamente en Francia a fines del siglo XVIII. La revolución burguesa de 1789 proclama el nuevo principio de la supremacía de la nación en todos los problemas de la política interior y exterior, bien entendido que con la nación se identificaba la burguesía triunfante.

Monarquías absolutas. Organización de servicio diplomático más estable.
La religión ya no desarrolla un papel tan prominente.

CAPITULO PRIMERO

* CARACTER GENERAL DE LA DIPLOMACIA Y DE LOS ORGANOS DIPLOMATICOS EN LOS SIGLOS XVI A XVIII

El mapa político de Europa en el siglo XVI.

A FINES DEL SIGLO XVI entra Europa en un nuevo período de relaciones internacionales. En ese momento se habían formado definitivamente los grandes Estados: España, Portugal, Francia, Polonia, y dentro del Sacro Imperio Romano Germánico se esbozaba Austria, es decir, las tierras hereditarias de la casa de los Habsburgo. Turquía, los Estados escandinavos —Dinamarca, Suecia y Noruega—, más reducidos, los diminutos principados del Occidente de Alemania, las ciudades, tiranías y ducados italianos completan el mapa político de Europa.

En la segunda mitad del siglo XVI aparece en la palestra política europea el enorme Estado ruso. A partir de entonces, una vez terminada su unificación política, poco a poco se convierte en un Estado centralizado y, más tarde, absoluto.

De este modo, mientras que Rusia, Inglaterra, Francia, España y los países escandinavos se habían convertido en Estados centralizados, Alemania e Italia conservan su fraccionamiento político. La geografía política de Europa retiene esta característica hasta la segunda mitad del siglo XIX.

La "razón de Estado" como principio de la política.

Ya en el siglo XVI la necesidad de la unidad estatal se hace tan evidente, que la "razón de Estado" se convierte en el principio supremo de la política. Esta "razón de Estado", en última instancia, es el interés de la clase dominante en su conjunto elevado a la categoría de "bien general", que el Estado debe realizar incluso por la violencia.

* Todos los medios son buenos para alcanzar el "bien general". La religión no desempeña ya un papel importante en la política. Esta no es relacionada ya con la moral. "...A partir de Maquiavelo, Hobbes, Spinoza, Bodin y otros pensadores de la Edad Moderna —escribía Marx—, sin hablar ya de autores anteriores, la fuerza es presentada como la base del derecho; de este modo, el análisis teórico de la política se ve emancipado de la moral..."¹

Estas nuevas concepciones sobre el Estado y la política fueron expresadas antes que nadie, y acaso con más consecuencia, por Maquiavelo.

Maquiavelo (1469-1527), uno de los más notables pensadores políticos del siglo XVI, puso de relieve las verdaderas bases de la política "realista" de todos y cada uno de los monarcas, de todos los soberanos, que fortalecen y ensanchan

¹ C. Marx y F. Engels, *La ideología alemana*, Gospolitizdat, 1956, pág. 301.

su poder por todos los medios "permitidos". Con cínica franqueza, sin detenerse ante ninguna consideración de orden moral, dibuja en su obra *El príncipe* al monarca al cual le es permitido todo siempre y cuando ello conduzca a un fin: la ampliación ilimitada de su poder. Pero, al eximir a su príncipe de todo escrúpulo moral, Maquiavelo aspiraba a utilizar la ambición y la avidez de los soberanos italianos en interés de la unificación de Italia. Desde este punto de vista, la teoría del arte diplomático se ve subordinada en Maquiavelo al principio de "razón de Estado".

"Hay que tener en cuenta —dice Maquiavelo en *El príncipe*— que existen dos tipos de lucha: uno mediante las leyes y otro mediante la fuerza. El primero es propio de los hombres; el segundo, de las fieras. Pero como el primero resulta a menudo insuficiente, hay que recurrir al segundo. Por eso el soberano debe emplear tanto los procedimientos del hombre como los de la fiera. Y si se ve obligado a aprender los procedimientos de la fiera, ha de escoger al zorro y al león, pues el león no puede defenderse de la serpiente y el zorro no sabe hacerlo de los lobos. Por consiguiente, hay que ser un zorro para conocer a las serpientes y un león para deshacerse de los lobos".

"El soberano —concluye Maquiavelo— debe poseer un espíritu tan flexible como para tomar la dirección indicada por las tendencias y las vicisitudes del destino, y, según indicaba más arriba, no apartarse del camino del bien cuando ello es posible; pero debe saber también tomar el camino del mal, si ello es necesario."

El realismo político de Maquiavelo era fruto de las necesidades de la época. Lo prueba el hecho de que sus ideas eran compartidas por los grandes políticos y diplomáticos de fines de la Edad Media y de la Edad Moderna.

Sir Henry Watton, diplomático inglés del siglo xvi, decía acerca de las funciones del embajador: "Es una buena persona enviada al extranjero para mentir en provecho de su país."

Los principios de Maquiavelo tampoco parecían cínicos al cardenal Richelieu, el más grande de los diplomáticos y políticos del siglo xvi, que gobernó Francia entre 1624 y 1642. A su juicio, no carecían de auténtica grandeza. "La razón de Estado" (*raison d'Etat*) predomina en las concepciones y en las prácticas de Richelieu. El "Estado" es lo primero de todo. El "Estado" es un valor para el que todos los medios son buenos. Este es el sentido de los razonamientos de Richelieu en su notable *Testamento político*. "Ser severo —aconseja al rey— con las personas que se vanaglorian de menospreciar las leyes y ordenanzas del Estado significa proceder en nombre del bien general. Los cristianos deben olvidar las ofensas que se les infieren personalmente, pero los soberanos están obligados a recordar las faltas que son perjudiciales al interés general. En efecto, dejarlas impunes significa cometerlas dos veces... El látigo, que es el símbolo de la justicia, jamás debe quedar sin ser utilizado."

Si el "bien general" y la "razón de Estado" tienen tal importancia en la política interior, su papel es todavía más elevado en la política exterior. Richelieu lo demostraba a cada paso. Católico y cardenal de la Iglesia Romana, se aliaba con los príncipes protestantes de Alemania contra las católicas España y Austria. Siendo un partidario convencido y elocuente defensor del absolutismo, en interés de Francia apoyaba a los rebeldes príncipes alemanes contra el emperador. Todo esto lo justificaba con el "bien general" y la "razón de Estado" de Francia.

Los órganos de la política exterior y de la diplomacia en los siglos XVI a XVIII. El servicio diplomático en este período.

... La monarquía absoluta —indica Marx— nace en unos períodos de transición, cuando los viejos estamentos feudales entran en decadencia y el estamento feudal de los hombres de las ciudades se transforma en la moderna clase de la burguesía, y cuando ninguna de las partes en lucha predomina sobre la otra.² Maniobrando entre la nobleza y la burguesía, el poder real alcanza cierta independencia, los efectos de la cual se dejan sentir en su política exterior y en su diplomacia. Esta, en razón de su carácter eminentemente secreto, era dominio reservado a un pequeño círculo de iniciados. La corte real era el centro donde se creaba la política. En el régimen de la monarquía absoluta era importante no sólo la defensa de los intereses dinásticos y la personalidad del propio rey; contaba también el papel de sus favoritos y favoritas o de simples intrigantes hábiles que lograban ganarse el favor del rey. Tal situación venía determinada por la esencia misma del absolutismo como forma de poder.

El siglo xvi coincide con la estructuración del servicio diplomático, de las instituciones centrales y locales encargadas de dar vida a la política exterior del Estado nuevo. En el siglo xvii, incluso los grandes principados de Alemania comienzan a tener representantes permanentes en el extranjero.

Bajo la influencia de los humanistas aparece el estilo de los despachos e informes que, poco a poco, se hace obligatorio para cada diplomático. En efecto, los príncipes italianos de los siglos xv y xvi utilizaban a los humanistas en calidad de secretarios para los asuntos exteriores; y esta circunstancia contribuyó a dar un estilo elegante a los discursos y escritos diplomáticos. El primer representante de la elocuencia diplomática fue el canciller Florentino Coluccio Salutati, cuyas cartas se convirtieron en un modelo para los diplomáticos del siglo xvi. No menos importancia tuvieron los informes de los embajadores venecianos. Sus despachos, destinados a un reducido círculo de personas, lograban trascender ampliamente en los medios políticos: colecciones de esos informes se conocían ya en el siglo xvi.

Los vínculos familiares de los Habsburgo, que reinaban simultáneamente en el Imperio y en España, traían la necesidad de relaciones permanentes y de un constante cambio de opiniones entre los Estados vecinos. Estas relaciones se hicieron particularmente animadas después de la abdicación de Carlos V (1555), cuando las posesiones de los Habsburgo fueron repartidas entre las ramas mayor (española) y menor (austriaca) de dicha casa.

Un gran valor para el progreso de las actividades diplomáticas tuvo el pontificado de León X (1513-1521). Este Papa, de la familia Médicis, conocía a fondo la representación diplomática permanente de su país y también la de Venecia. En un cónclave celebrado en agosto de 1513, designó representantes permanentes (nuncios) en Alemania, Francia e Inglaterra, convirtiendo así en norma de la diplomacia vaticana la nunciatura pontificia permanente.

Los grandes gastos que originaba el sostenimiento de los embajadores y de las embajadas, la falta de buenos caminos y medios de comunicación, y la escasez de diplomáticos expertos, retrasaron la generalización de las representaciones diplomáticas permanentes. Sin embargo, a fines del siglo xvi tal representación adquiere un carácter más o menos estable; además, es establecida una determinada jerarquía diplomática, que se apoyaba en la importancia del Estado que enviaba el agente. Los reyes de Francia, España e Inglaterra exigían para sus embajadores

² C. Marx y F. Engels, *Obras*, tomo 4, 2ª ed. rusa, pág. 306.

mayores muestras de respeto que un duque de Milán y tanto más que un empobrecido príncipe germano.

Poco a poco, el ceremonial diplomático se ve sometido a ciertas reglas tradicionales. Ya en el siglo XVI se hacía diferencia entre un embajador y un agente ordinario o residente. No a todos los soberanos era reconocido el derecho a nombrar embajadores. Carlos V, emperador del Sacro Imperio Romano, por ejemplo, sólo tenía en su corte al nuncio pontificio, al embajador del rey de Francia, al embajador de su hermano Fernando (rey de Roma, que representaba a Carlos en Alemania) y al embajador de Venecia. Los soberanos que se hallaban en dependencia del emperador o de otro gran monarca sólo podían tener simples agentes.

Las relaciones diplomáticas ordinarias no eran siempre suficientes. Por eso, junto a la representación diplomática permanente siguieron en vigor las embajadas extraordinarias, a las cuales se recurría en casos excepcionales, como, por ejemplo, al surgir la necesidad de negociaciones directas entre los gobiernos, con ocasión de la subida al trono de un nuevo soberano, etc. Esto originaba ciertas dificultades. Los embajadores extraordinarios exigían el primer lugar no sólo con relación al embajador de su propio Estado, sino respecto de los embajadores de otras potencias. Entonces, algunos Estados particularmente grandes que no deseaban ver mermado su honor empezaron a convertir sus embajadores ordinarios en "extraordinarios", costumbre que se generalizó ya en el siglo XVII.

En los siglos XVI a XVIII va cobrando forma el nuevo ceremonial diplomático. Ya bajo el emperador Carlos V los honores concedidos a los embajadores a su llegada y en las audiencias quedaron rigurosamente reglamentados. En el ceremonial se tenía en cuenta la importancia del país del cual era representante el embajador llegado a España. Estas reglas se van imponiendo en Francia a lo largo del siglo XVI. Durante largo tiempo el ceremonial diplomático fue más simple entre los ingleses. Todavía en el siglo XVII, al encuentro de un embajador ordinario salían en Inglaterra príncipes de sangre, hecho que les valía las burlas de los franceses, los cuales estaban más al tanto de las *civilités*, o refinamiento del trato diplomático. Mas a partir de la época de Carlos I Estuardo, admirador de las modas francesas, Inglaterra conoció también las reglas estrictas del ceremonial diplomático.

Este ceremonial se componía de un sistema de costumbres importantes desde el punto de vista de las relaciones entre los países. El comportamiento del embajador a su llegada y particularmente durante la primera audiencia, así como las acciones de respuesta del soberano o del ministro que lo recibía, simbolizaban las relaciones mutuas entre las potencias y su peso específico en la vida internacional. Toda infracción de las reglas era considerado como un índice de cambio en las relaciones, ya como una muestra de disminución del prestigio, ya, al contrario, como un tributo de estimación especial hacia el país representado por el embajador o por la persona que lo sustituía. Así se comprenden las constantes disputas suscitadas por los menores detalles de la etiqueta, las constantes pretensiones de los embajadores para recibir honores idénticos a los que se habían concedido al embajador de otra potencia, su temor a deshonorar a su soberano al tolerar la falta de atención prestada a su embajador.

En los siglos XVI y XVII, por ejemplo, en la corte pontificia existía el ceremonial siguiente. La audiencia solemne era concedida por el Papa rodeado del colegio de cardenales, que en dicho caso componían el consistorio. El embajador debía escuchar al Papa de pie y con la cabeza descubierta. Los embajadores del emperador, de los soberanos importantes y de Venecia eran recibidos en el salón grande, o Salón Real; los embajadores de los demás soberanos lo eran en un salón pe-

queño o Salón Ducal. Había embajadores a los que el Papa recibía en sus aposentos; en este caso eran reunidos algunos cardenales, pero no tantos como para que el embajador imaginase que para él se había constituido un consistorio. Cuando el duque de Saboya obtuvo el título de rey de Chipre, exigió que sus embajadores fuesen recibidos en el salón grande. Al serle denegado esto, se ofendió y durante cierto tiempo estuvo sin representante ante el Papa. La república de Génova ofreció al Papa varios millones en oro para que sus embajadores fuesen recibidos en el salón grande. El Papa rechazó el ofrecimiento bajo la presión de Venecia, que de ningún modo deseaba ver a Génova a su mismo nivel. El 13 de septiembre de 1672 llegó a Roma una delegación del zar de Moscú, a la que el Papa, rodeado de quince cardenales, concedió audiencia en el salón grande. El embajador moscovita tuvo que cumplir el mismo ceremonial que cualquier otro católico: tuvo que hacer tres profundas reverencias y besar la zapatilla del Papa. Durante las audiencias ordinarias el Papa permanecía en un sillón tapizado de seda roja. Al embajador se le permitía tomar asiento en un taburete, pero no podía cubrirse durante la audiencia. Algo semejante ocurría en Francia. Allí los embajadores de soberanos coronados y los nuncios apostólicos eran acompañados al salón de audiencias por príncipes de sangre. A diferencia de la corte pontificia, los embajadores venecianos eran colocados a un nivel más bajo que los representantes del emperador y de los reyes, y no se les concedían tales honores. Cuando en 1635 llegó a Francia un embajador inglés y se presentó en la corte, a la sazón fuera de París, no había en palacio ni un solo príncipe de sangre. El embajador manifestó entonces que no se movería hasta que no tuviese como introductor a un príncipe de sangre. Hubo necesidad de mandar en busca de un príncipe a París.

El severo ceremonial de recepción de los embajadores establecido en Inglaterra por Carlos I no fue obstáculo para que su sucesor, Carlos II, en los primeros años de la Restauración, concediese una recepción solemne a la embajada de la pequeña Holanda, país en el que él había encontrado varias veces asilo durante la revolución inglesa. En 1660, la República de las Provincias Unidas envió a Inglaterra una embajada extraordinaria para felicitar al rey con motivo de su "restauración". La embajada llegó a Inglaterra a principios de noviembre. Después de permanecer varios días de incógnito en Londres, los embajadores fueron enviados a Greenwich. Allí, lord Richard, acompañado de su séquito, les saludó en nombre del rey y puso a su disposición barcasas en las que de nuevo, pero ahora con toda solemnidad, hicieron su entrada en Londres. En el puerto les esperaba lord Grewen con veinte carrozas, cada una tirada por seis caballos. Los embajadores fueron llevados a descansar a los aposentos de Abraham Williams, el gran maestre de ceremonias. Luego fueron recibidos en audiencia, concediéndoles en todos los sitios honores iguales a los que se reservaban a los representantes de soberanos coronados. El historiador holandés de esta embajada señala que, por primera vez en la historia, los enviados de las Provincias Unidas habían sido objeto del honor de que un lord saliera a recibirles más allá de Londres.

* Nacimiento del derecho internacional como ciencia.

La formación de grandes potencias y el desarrollo de las relaciones diplomáticas entre ellas dieron origen a una nueva teoría. Así aparecen el derecho diplomático y el derecho internacional. El holandés Baltasar Ayala publicó en 1582 su obra *Del derecho de guerra y de las organizaciones militares (De jure belli et officii bellicis)*, en la que expone la doctrina de la inmunidad de las embajadas, fundamentándola con datos de la experiencia y con consideraciones prácticas. Al-

canzó gran notoriedad la obra del italiano Alberico Gentili *De las embajadas* (*De legationibus*, 1585). Este autor fue uno de los más famosos predecesores del fundador del derecho internacional, el holandés Hugo Grocio. Originario de Ancona, Alberico Gentili abrazó el protestantismo y se vio obligado a salir de Italia, pasando como profesor a la Universidad de Oxford. Allí, en su calidad de jurista, tuvo que expresar su opinión sobre las actividades del embajador español Mendoza, que había participado en el complot de los partidarios de María Estuardo contra la reina Isabel. Esto le dio pie para escribir un valioso tratado sobre los derechos y deberes de los embajadores. Gentili influyó profundamente sobre el desarrollo de la doctrina del derecho internacional en Inglaterra.

La primacía en la exposición de esta doctrina pertenece, sin duda, a Hugo Grocio (1583-1645). El mérito histórico del famoso jurista holandés consistía en que en un siglo de guerras interminables entre Estados absolutos, es decir, de nobles, guerras acompañadas de saqueos y devastaciones, trató de argumentar teóricamente y defender la propiedad burguesa, encerrando así la guerra en el marco de normas jurídicas. La obra que dio fama a Grocio, *Del derecho de guerra y de paz* (*De jure belli ac pacis*, 1625), tomaba como punto de partida el derecho de propiedad como un "derecho natural" del hombre, un derecho "dictado por el sentido común, es decir, por la naturaleza". Sobre la base del derecho natural se erige el derecho positivo, es decir, las leyes promulgadas por el Estado. (La fuente del derecho internacional es el tratado. Los Estados, a los que Grocio considera como distintos propietarios, se ponen de acuerdo entre sí sobre las normas que regulan las relaciones entre ellos, no sólo en tiempo de paz, sino también cuando se hallan en guerra. Esta, según Grocio, es un fenómeno natural, se desprende del instinto de conservación del hombre, aunque sólo debe ser declarada para restablecer la justicia. Cuando ya ha estallado, hay que hacerla juiciosamente y en el marco del derecho. Para que la guerra sea justa, los beligerantes han de respetar la libertad de los mares y la inviolabilidad de las propiedades enemigas siempre que no se exija "la indemnización de los daños y la satisfacción de las pretensiones a expensas del enemigo").

Grocio dedica todo un capítulo de su obra (el XVIII) a los derechos de los embajadores. Resulta interesante en el sentido de que describe las costumbres imperantes a comienzos del siglo XVI en cuanto al derecho de embajadas.

Todos reconocen, dice Grocio, al embajador dos derechos fundamentales: 1) el derecho a ser recibido por el soberano del país a donde fue enviado; 2) la inmunidad de la persona del embajador, de su séquito y de sus bienes. Subraya Grocio que los derechos del embajador no tanto se derivan de los principios inmutables del derecho natural como dependen de la voluntad de las distintas naciones; en otras palabras, de las costumbres de cada país. De ahí que cada uno de estos derechos fundamentales del embajador tengan en los distintos países un volumen distinto. El derecho del embajador a ser recibido no supone, en modo alguno, que el soberano ante el cual es enviado tenga la obligación de recibirle. Lo único que se requiere es que la negativa tenga razones valederas. Si el embajador es enviado por un enemigo que invadió el país, o se presenta con el objeto de inducir a los súbditos de este reino a la revuelta, pierde con toda razón el derecho a ser recibido. Exactamente igual ocurre en cuanto a la inmunidad del embajador (IV). El mayor o menor grado de inmunidad del embajador depende de las costumbres del país ante el cual está acreditado. En todo caso, estima Grocio, la persona del embajador no debe ser afectada por la norma según la cual todos los extranjeros están sometidos a las leyes del país en que se encuentran. Con la inmunidad personal del embajador está relacionada su extraterritorialidad.

"Lo mismo que, según las leyes internacionales —escribe Grocio (libro II, capítulo XVIII—, los embajadores representan a la persona de quien les envía, se encuentran como fuera del territorio donde ejercen sus funciones. De ahí se desprende que el embajador no está obligado a observar las leyes del país al cual fue enviado. Si comete un delito hay que cerrar los ojos o se le da la orden de dejar el país; si el acto ocasiona un daño sustancial al país en que se halla acreditado, hay que pedir a su soberano el castigo o la entrega del culpable. De la misma inmunidad gozan el séquito y los bienes del embajador. En cuanto al derecho de asilo en la embajada, sólo existe cuando lo admite el soberano ante el cual está acreditado el embajador."

En el siglo XVII empezaron a publicarse obras que, sin elevarse al plano teórico, se proponían el fin más modesto de servir como manuales prácticos del embajador para el mejor cumplimiento de sus funciones. Así era el manual de diplomacia del inglés Richard Zouch (1650), y particularmente el libro del holandés Abraham Wicquefort *El embajador y sus funciones* (*L'ambassadeur et ses fonctions*, 1676). Este último alcanzó varias ediciones y durante largo tiempo fue un libro de consulta de los diplomáticos.

Hay que señalar que los primeros periódicos, creados en Europa en el siglo XVI, insertaban artículos con ayuda de los cuales los dirigentes de la política exterior trataban de influir sobre la opinión pública en favor de la política que ellos sostenían. Aparecen publicistas cuya ocupación principal es tratar de ese género de problemas. A título de ejemplo podemos mencionar al francés Théophraste Renaudot (1586-1653), fundador de *Gazette de France* (1631), que fue órgano de la política de Richelieu, y muy particularmente al hugonote Hubert Languet (1518-1581), el primer observador político que señaló la aparición del Estado Ruso en la palestra internacional. Mostrando su asombro por la rápida expansión, la fuerza militar y la potencia del Estado de Moscú, escribía en 1558: "Si hay una potencia en Europa que esté llamada a crecer es precisamente ésta."

El establecimiento de representaciones permanentes y la aparición de normas jurídicas regulando la situación y las actividades diplomáticas, eran pruebas del creciente papel de la diplomacia como instrumento de la política exterior.

Vida y costumbres de los diplomáticos en los siglos XVI a XVIII.

Los embajadores y otros diplomáticos importantes eran reclutados de entre los círculos de la alta nobleza feudal, entre los cuales permanecían vivas las viejas nociones que identificaban el Estado con el señorío. En el nuevo Estado centralizado, la nobleza seguía mirando las rentas del fisco como fuente de su propio enriquecimiento. Esto dio origen a un fenómeno conocido también en el Estado burgués: la corrupción y la venalidad de todos, desde el primer ministro al funcionario más modesto. Este vicio afectó también a los diplomáticos de las monarquías absolutas. En mayor proporción aún, los propios diplomáticos tenían que sobornar a personajes influyentes y a altos funcionarios de los países en los cuales estaban acreditados. Wicquefort, el maestro de embajadores, titulaba así un capítulo de su libro: "El embajador puede sobornar a los ministros de la corte en que desempeña sus funciones." En cierta ocasión, cuenta Wicquefort, se presentó a Jacobo I de Inglaterra un caballero manifestando que deseaba revelar al rey cierto secreto importante, aunque se le debían dar garantías completas de inmunidad. Una vez le hubieron sido concedidas, esas garantías, el caballero explicó al rey que muchos cortesanos y miembros del Consejo Real recibían una pensión del rey de España. Jacobo I se rió del ingenuo caballero. Todo esto, le dijo, lo sabe el rey

muy bien, añadiendo que no le importaría si el rey de España les diese diez veces más de lo que les estaba dando: así tendría menos dinero para la guerra contra Inglaterra.

La corrupción bajo los Estuardo había alcanzado grandes proporciones, llegando a afectar hasta a los miembros de la familia real. Carlos II estaba simplemente a sueldo de Luis XIV. Habiendo vendido oficialmente Dunkerque a Francia (1662) por cinco millones de libras, entregó un recibo secreto de ocho millones, de donde se desprende que tres millones fueron a parar a su propio bolsillo. La reina Isabel fue en este sentido más rigurosa: mandó meter en la cárcel a dos embajadores suyos, Nicolás Clifford y Antonio Sherly, por haber osado aceptar de Enrique IV de Francia, sin autorización suya, la orden de San Miguel. La reina recelaba que habían prestado un servicio a Francia, acaso en perjuicio de los intereses de Inglaterra. Y una simple sospecha, opina Wicquefort, era motivo más que suficiente para retirar a un embajador y poner fin a su carrera.

En los siglos XVI y XVII estaba en boga incluso un término para designar al embajador: "Espía honorable" (*espion honorable*). Ya antes Philippe de Commines, el famoso historiógrafo de Luis XI y Carlos VIII, escribía en sus memorias que para el embajador era "una gran obra" penetrar en los asuntos de otro soberano sobornando a su ministro. Era el mayor servicio que podía prestar a su señor. Por eso, observa Wicquefort, el embajador que soborna al ministro de un país extranjero no comete la más mínima transgresión del derecho internacional y todos estarán conformes en que en tal caso se limita a cumplir con su deber. Lo único que se le pide es que no se pase de la raya y no se dedique a sobornar a personas que amenacen la vida del soberano o las instituciones del país ante el cual está acreditado.

Wicquefort añade una curiosa observación: la obligación del embajador de penetrar mediante el soborno en los secretos ajenos es tan importante, que de los países que no acostumbran hacerlo puede decirse que pierden millones de escudos por el temor de perder cincuenta mil. Así era, por ejemplo, el caso de la República de las Provincias Unidas, que no disponían de fondos especiales para el soborno, y cuando los Estados los concedían, ello se hacía públicamente y llegaba a conocimiento de todo el mundo, siendo así que tales asuntos exigen el más riguroso secreto. Por eso la diplomacia de Holanda se encontraba en manos de los príncipes de Orange, que no tenían a menos el recibir pensiones del rey de Francia. Y, en efecto, en una instrucción de Jannin, ministro de Enrique IV, que va fechada el 11 de agosto de 1609, hay unos renglones muy curiosos. En ellos se indica al embajador francés Préaux que debe entregar una cierta cantidad de dinero para el sostenimiento de Mauricio de Orange y de otros personajes, al objeto de incrementar en ellos su simpatía por los franceses y su hostilidad hacia España, enemiga secular de Francia. Enrique IV dispuso que fueran entregadas para este fin cien mil libras.

En las esferas diplomáticas de los siglos XVI, XVII y XVIII se movían un gran número de gentes sospechosas y se realizaban muchos negocios sucios. Con la lentitud y el peligro de los viajes, el asalto por "desconocidos" a los correos de las embajadas, la revisión de la correspondencia y la desaparición pura y simple en el camino de los agentes diplomáticos, era el pan nuestro de cada día. El ministro francés Louvois aconsejó en cierta ocasión hacer detener al embajador de Austria conde de Lisola, mal visto por el gobierno francés, añadiendo que "incluso el asesinato de este embajador no ocasionaría dificultad alguna" (1674).

Entre los agentes que aceptaban tales misiones había algunos que alcanzaron puestos elevados y desempeñaron un importante papel en política. Eran diplo-

máticos de profesión y aventureros de vocación, gente sin patria y sin conciencia, que servían a quien pagaba mejor y se las ingeniaban para recibir de varios países a la vez. Abundaron sobre todo en el siglo XVIII, en los tiempos de decadencia de las monarquías absolutas. Bullían como gusanos en el organismo corrompido de la vieja monarquía aristocrática, acelerando la descomposición de ésta con sus actividades. En ciertos casos, gracias a su capacidad de diplomáticos y de políticos, alcanzaron renombre europeo.

Un ejemplo fue Julio Alberoni (1664-1752), primer ministro de Felipe V de España, o más bien de su segunda esposa, Isabel de Parma (Farnesio). Italiano de origen, hijo de un pobre vinatero, gracias a su capacidad, instrucción y extraordinaria habilidad, Alberoni llegó a abate y preceptor de jóvenes de familias linajudas. Su dignidad y la influencia de sus protectores le permitieron avanzar rápidamente en su carrera. En 1702 se convirtió en bufón y consejero político del duque de Vendôme, que lo presentó nada menos que a Luis XIV. Hábil en las artes de la picaresca, se granjeó muy pronto los favores del rey, quien le asignó una pensión de tres mil libras. De Luis XIV pasó a servir al nieto de éste, que con el nombre de Felipe V había ocupado el trono de España. Aquí se convirtió pronto en primer ministro tanto por su habilidad como por lo bien que preparaba manjares italianos para el rey y la reina. Después de la muerte de ésta casó al rey con una sobrina de su primer señor, el duque de Parma, Isabel de Farnesio. Con esta mujer dominante e inteligente gobernó a España hasta 1719.

Como diplomático era un hombre bastante capaz. Se marcó el objetivo de recuperar para España las provincias perdidas por la paz de Utrecht y devolverle su poderío e influencia de otros tiempos. Para ello necesitaba, ante todo, desorganizar la antigua coalición formada contra España por Inglaterra, Austria y Holanda durante la Guerra de Sucesión. Simultáneamente, Alberoni se vio obligado, para satisfacer la ambición de su rey, que deseaba ceñirse la corona francesa, a urdir una hábil intriga en este sentido. Trabajó contra el gobierno francés, siempre temblando de miedo a perder la buena disposición de la corte de Francia, que le había promovido, y con ello perderlo todo, pues los grandes de España le odiaban como a un advenedizo y aventurero. "Preferiría ser galeote de los turcos", dijo en cierta ocasión. Alberoni era infatigable en las combinaciones diplomáticas. Compró la alianza con Inglaterra permitiéndole el comercio con las colonias americanas; estimuló en Francia a los adversarios del regente duque de Orleans; instigó a los turcos contra los Habsburgo; se esforzó en reconciliar a Carlos XII de Suecia con Pedro I, para disgustar así al enemigo irreconciliable de España que era Jorge I de Inglaterra; apoyó secretamente en este país a los jacobitas, partidarios de la dinastía derrocada de los Estuardo. Con sus intrigas, Alberoni contribuyó no poco a arrastrar a España a una guerra desastrosa con Inglaterra y Francia. Ya en 1719, Felipe V se vio obligado a concluir la paz, lo que trajo consigo la caída de Alberoni, que fue expulsado de España al reclamarlo así los gobiernos de Francia e Inglaterra.

Otra figura no menos pintoresca, bien conocida hasta en la historia de Rusia, fue la del renegado francés conde de Bonneval (1675-1747), uno de tantos aventureros y forjador de proyectos fantásticos del siglo XVIII. Era un auténtico señor feudal por sus concepciones y su conducta, un hombre de un valor insensato. Dotado de una rara sagacidad en política, de una energía indomable, de un carácter inquieto, siempre se mostraba dispuesto a cambiar de dueño, lo mismo que los señores de la Edad Media estaban dispuestos a cambiar de soberano. Indispuesto con el ministro francés Chamillard, pasó al servicio de los austriacos y combatió en 1709 contra sus compatriotas. Luego hizo la guerra contra los turcos al mando del famoso

Espía honorable

jefe militar austriaco príncipe Eugenio de Saboya, con el que tampoco pudo entenderse. Designado por el gobierno austriaco como embajador en Bélgica —que entonces dependía de Austria—, se puso en relaciones secretas con España y con Francia, lo que le valió ser recluido en una fortaleza, estando a punto de terminar en la horca. Al verse expulsado de los dominios austriacos marchó a Turquía, donde, según sus palabras, "fue tocado por la gracia turca, que le inspiró el deseo incontenible de dar al príncipe Eugenio, con ayuda de los batallones turcos, una buena zorra". Una vez hubo adoptado la fe del profeta, tocado con su turbante, se convirtió en Ahmed Pachá Bonneval, aunque sin dejar de soñar, como uno de tantos señores feudales, en una nueva cruzada. Como consejero político del sultán turco desplegó toda su ardorosa energía en la empresa de impedir el avance del Imperio Ruso hacia el Sur, hacia el mar Negro y el Cercano Oriente. Acarició un plan de alianza defensiva, contra Rusia, de las tres potencias (Suecia, Turquía y Polonia) que tenían por igual el robustecimiento de aquélla. En este sentido, sus proyectos coincidían en un todo con los planes de la diplomacia francesa, y se esforzó en empujar a Francia a sostener activamente a esos tres Estados y a concertar una sólida alianza con Turquía.

Periodos de la historia de la diplomacia en los siglos XVI a XVIII y líneas esenciales de la política exterior y de la diplomacia de los Estados europeos.

La Europa de los siglos xvi a xviii conocía la existencia de tres nudos principales de contradicciones, de tres focos de discordias que amenazaban a cada instante en degenerar en conflictos armados.

1º En el oeste de Europa chocaban los intereses comerciales y coloniales de las cuatro potencias más avanzadas en este aspecto: España, Francia, Inglaterra y, a partir del siglo xvi, Holanda.

2º En el siglo xvi nace, y en el xviii se plantea en toda magnitud, en el sudeste de Europa, la cuestión de Oriente, el problema de las relaciones entre las potencias europeas y el Imperio Otomano.

3º En el nordeste de Europa, las grandes potencias nórdicas mantuvieron durante esos tres siglos una lucha encarnizada en la que se ventilaba la supremacía en el Báltico.

Estos tres nudos de contradicciones se estrechaban e influían mutuamente, conduciendo a las más inesperadas y complejas situaciones en las relaciones internacionales.

En el siglo xvi, como consecuencia del desarrollo del capitalismo y del descubrimiento del Nuevo Mundo y de la ruta marítima a la India, el problema de la conquista de colonias y de la ampliación de las posesiones de ultramar se planteó con toda gravedad. La lucha en Europa se complicó con la lucha en las colonias. Cada conflicto europeo conducía a modificaciones en las posesiones coloniales de las potencias de Occidente.

En el siglo xvi las dos potencias coloniales más fuertes eran Francia y España. En la segunda mitad del siglo xvi empieza a crecer el poderío colonial de Inglaterra. En la segunda mitad de esta centuria estalla la revolución holandesa, el levantamiento de los Países Bajos contra la dominación de los españoles; en las postrimerías del mismo siglo vemos nacer un Estado nuevo, la primera república burguesa: la República de las Provincias Unidas o República Holandesa, que es como más se la conoce en la historia.

La lucha entre Francia y España en el continente y la rivalidad de Inglaterra y España por la supremacía en los mares presiden, en esencia, las relaciones inter-

nacionales de la Europa occidental en el siglo xvi. Consecuencia de todo ello fue el debilitamiento de España, cuyo poderío quedó minado en la rivalidad con Inglaterra y, muy particularmente, en la lucha con sus súbditos holandeses. En cambio, Inglaterra, Francia y Holanda salieron robustecidas.

En el siglo xvii, Francia aspiraba ya a la hegemonía en Europa y creaba su imperio colonial. Entonces también se produce la revolución burguesa en Inglaterra, y entre las dos grandes potencias navales —Inglaterra y Holanda— estalla la lucha por la dominación del mar, que queda decidida en favor de la primera.

En el siglo xviii, el único rival que le queda a Inglaterra en Europa es Francia. En la lucha que se desarrolla entre ambas, Francia conserva su puesto de primera potencia del continente, aunque pierde, en cambio, la mayor parte de sus posesiones de ultramar. A fines del siglo xviii, Inglaterra se convierte no sólo en la primera potencia colonial y marítima, sino que también, poco a poco, se va transformando en el "taller del mundo", que fabrica mercancías para todos los continentes.

Tales son, esbozadas a grandes rasgos, las relaciones internacionales en Europa occidental a lo largo de los siglos xvi a xviii.

De conformidad con ello, la historia de las relaciones internacionales y de la diplomacia de esta época puede ser dividida en tres periodos:

1. Período de la preponderancia española, que abarca casi todo el siglo xvi. Es un período de encarnizadas guerras religiosas en las que España toma la parte más activa como baluarte de la reacción católica y feudal. Al mismo tiempo, es el período de la rivalidad hispano-francesa e hispano-inglesa.

2. Período de la preponderancia francesa en Europa, con su punto culminante en la Paz de Westfalia (1648). Es también un tiempo de reñida pugna entre Francia y Holanda, de la brillante actividad diplomática de la joven República Holandesa y del importante fortalecimiento de Inglaterra, en especial después de la revolución burguesa del siglo xvii.

3. El tercer período coincide, aproximadamente, con el siglo xviii. Es, ante todo, el período en que Inglaterra y Francia se disputan las colonias y el primer puesto en la política mundial. Es un período de grandes éxitos del joven Imperio Ruso en su lucha por encontrar salidas a los mares Báltico y Negro.

La expresión más acabada de las grandes contradicciones internacionales de toda la época que nos ocupa la tenemos en los cuatro importantes conflictos que en los siglos xvii y xviii afectaron a toda Europa: la Guerra de los Treinta Años (1618-1668), la Guerra de Sucesión española (1701-1714), la Guerra del Norte, que estalló al mismo tiempo que la anterior (1700-1721), y la Guerra de los Siete Años (1756-1763).

CAPITULO II

LA DIPLOMACIA DEL SIGLO XVI

1. LA DIPLOMACIA DE ESPAÑA, FRANCIA E INGLATERRA EN EL SIGLO XVI.

Periodo del poderío español en Europa. La España de Carlos V y de Felipe II.

EN EL SIGLO XVI Inglaterra era un Estado pequeño, que no contaba con más de 3,5 o cuatro millones de habitantes. En Europa oriental, Rusia se había convertido ya en un Estado fuerte, pero su influencia en Occidente era todavía escasa. El primer lugar de Europa occidental correspondía a Francia y España, las dos potencias que a principios del siglo XVI habían terminado su unificación territorial y contaban, la primera con 15 millones de habitantes y la segunda con 10. Las circunstancias de la vida internacional del siglo XVI colocaron en el primer puesto a España.

Gracias a su espíritu emprendedor, los portugueses y los españoles habían descubierto a fines del siglo XV el Nuevo Mundo: América (1492) y la ruta marítima de la India (1498). La expoliación de los países de ultramar condujo al rapidísimo enriquecimiento de ambos países. Carlos I (nacido en 1500) subió al trono de España en 1516. Era nieto de los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, los unificadores de España. Por parte de padre, archiduque de Austria, era nieto del emperador Maximiliano I de Habsburgo. A la muerte de este último, los príncipes alemanes le proclamaron emperador de Alemania (1519).

Las posesiones españolas en aquel tiempo comprendían las colonias recién descubiertas de América, los Países Bajos, el reino de Nápoles y Cerdeña. De Carlos I, que como emperador fue Carlos V, monarca de España, Alemania, Italia y las tierras de ultramar, se decía que en sus dominios nunca se ponía el sol. En efecto, era un inmenso imperio mundial como hasta entonces Europa no había conocido. El carácter netamente feudal de España —base de este imperio— determinó la estructura de toda la monarquía de Carlos V y definió la orientación de su política exterior.

El torrente de metales preciosos que afluyó de la recién descubierta América enriquecía a las capas altas de la nobleza española, robusteciendo así a los señores feudales como clase y las relaciones feudales en el interior del país. Pero el desarrollo de la industria quedó casi detenido. España, en el sentido económico, empezó incluso a retroceder, deslizándose hacia las condiciones propias del siglo XIV. El oro y la plata corrían como un río en las manos de la nobleza feudal, que mantenía una vida de ocio en sus espléndidos palacios. El grueso de los nobles —los hidalgos españoles, que, como antes, despreciaban el trabajo— llevaba una vida bastante mísera. En cuanto al pueblo, los artesanos y campesinos de España, su miseria era proverbial. Sobre esta miseria floreció en toda su amplitud la Iglesia católica: centenares de miles de monjes parásitos llenaban los conventos; hacia estragos la Inqui-

sición, ese terrible instrumento del absolutismo real. Al mismo tiempo, Carlos V, rey de España y emperador de Alemania, soñaba con una monarquía única, con una sola familia católica de naciones al frente de la cual estuviera él como soberano temporal y padre espiritual de todos los fieles católicos. "Era un tiempo —escribe Marx— en que Vasco Núñez de Balboa izaba la bandera de Castilla en las costas de Darién; Cortés, en México, y Pizarro, en Perú; era un tiempo en que la influencia de España reinaba sin obstáculos en Europa, en que la inflamada imaginación de los ibéricos se veía cegada por las brillantes visiones de El Dorado, de las hazañas caballerescas y de la monarquía universal. Es entonces cuando las libertades españolas desaparecieron bajo el sonar de las espadas, entre torrentes de oro y bajo el resplandor siniestro de las llamas de la Inquisición."¹

La política exterior de Carlos V sorprende por la caprichosa combinación de lo real y lo fantástico. Era la política del renacimiento de las fantasías medievales de una monarquía católica universal. Los fines "ideales" de esta política servían para encubrir la realidad más grosera, el sistema de conquistas y de rapiña.

Los nobles estaban ávidos de "hazañas caballerescas" porque querían la guerra y el botín. En este camino, Carlos V tropezó con un rival: el rey francés, jefe de una nobleza todavía más nutrida y no menos belicosa. Ansiaba la expoliación y las "hazañas" y cantaba el valor de los cruzados, a los que en todo trataba de imitar. Tal sentido tuvieron las guerras italianas de la primera mitad del siglo XVI. Dos rivales, la nobleza española y la francesa, se disputaban el botín: Italia, todavía rica, pero políticamente fraccionada e impotente.

La idea política de la monarquía universal, tal como la concebía Carlos V, era una pura utopía, y el propio Sacro Imperio Romano Germánico —integrado por partes tan heterogéneas como Alemania, Italia y los Países Bajos— era más bien un espejismo que una realidad. Los electores alemanes que eligieron emperador a Carlos V manifestaron en el momento de su coronación en Aquisgrán, el 23 de octubre de 1520: "Recuerda que has recibido este trono no por derecho de nacimiento ni por herencia, sino por la voluntad de los príncipes y electores de Alemania." Más exacto sería decir que este trono fue comprado por Carlos V. Para conseguirlo gastó sumas ingentes en sobornar a los electores, los cuales después de la elección fueron pagados por el agente financiero del emperador, la famosa casa bancaria del sur de Alemania de los Fugger. El jefe de esta banca, Jacobo Fugger, tenía toda la razón al escribir a Carlos V en 1523:

"Está claro como la luz del día que sin mi ayuda su majestad no habría podido conseguir la corona imperial romana."

Pero los tiempos de estas empresas políticas, que recordaban las pretensiones de los papas a la dominación católica del universo, habían pasado para no volver. Tanto más absurda resultaba esta idea en el siglo que veía nacer a los Estados nacionales cohesionados por la unidad de su economía y por las actividades de la burguesía, que ya había lanzado la consigna de un Estado centralizado y fuerte como defensor de los intereses de la nación.

Carlos V no comprendía apenas estas exigencias de su tiempo. Después de aplastar en España el levantamiento de los comuneros y de afirmar allí el absolutismo, se vio obligado a mantener una política completamente distinta en Alemania. La Reforma y la secularización de los bienes eclesiásticos, aplicada por los príncipes en derecho propio, y luego la derrota de la gran guerra campesina, fortalecieron en Alemania a los grandes señores; de hecho, convirtieron el país en un puñado de pequeños y minúsculos Estados-principados lo bastante fuertes como para contrarrestar todo

¹ C. Marx y F. Engels, *Obras*, tomo 10, 2ª ed. rusa, pág. 431.

intento de centralización del emperador, pero impotentes al lado de los grandes Estados nacionales de Occidente. Luego de ser aplastada la guerra campesina, la lucha en Alemania "degeneró en una serie de reyertas entre los distintos príncipes y el poder central imperial, y tuvo como consecuencia que durante doscientos años Alemania quedó excluida de las naciones políticamente activas de Europa".²

Carlos V desplegó un gran arte diplomático en estas "reyertas". Cuando los príncipes protestantes, enemigos de Carlos, que habían concertado la Liga de Esmalcalda (1531), se manifestaron abiertamente contra el emperador, éste supo ganarse con una hábil maniobra diplomática, prometiéndole el título de elector, al más poderoso de ellos, Mauricio de Sajonia, hombre carente de todo principio y admirador de Maquiavelo. Los príncipes protestantes fueron derrotados. En la Dieta de 1547-1548, Carlos V pudo hacer aprobar diversas ordenanzas que robustecían su poder y la dinastía de los Habsburgo. Sus intenciones, sin embargo, no se detenían ahí. Le parecía cercano el momento de someter bajo su cetro a todos los príncipes alemanes.

Pero este fortalecimiento del poder del emperador asustó no sólo a los príncipes católicos de Alemania, sino también al Papa. El propio "Judas Iscariote", Mauricio de Sajonia, empezó a intrigar contra el emperador. Concluyó un acuerdo secreto con los príncipes protestantes, obtuvo subsidios franceses y se pasó súbitamente a los enemigos de Carlos V. En 1552, los príncipes hicieron público un manifiesto declarando que habían recurrido a las armas para liberar a Alemania de la esclavitud "bestial" y de la dominación de los españoles. Mauricio marchó rápidamente sobre el Tirol, donde en esos momentos se encontraba el emperador, que tuvo que emprender la fuga. Fernando I, el "rey de Roma" hermano de Carlos V, se encargó de las negociaciones con los príncipes rebeldes. La paz religiosa de Augsburgo (1555) significó un nuevo paso hacia el debilitamiento del emperador y hacia la independencia de los príncipes. Estos obtuvieron el derecho a adoptar la religión que más les agradase; los súbditos venían obligados a seguir la religión de sus soberanos (*cujus regio, ejus religio*). Después de haber vencido al emperador, los príncipes se emanciparon de la tutela del Papa, sometieron el clero a sus personas y consolidaron su independencia. La política de Carlos V sufrió un fracaso completo.

En Carlos V la idea del Estado había conservado el mismo carácter que en los tiempos de la Alta Edad Media, cuando soberanos y señores no hacían distinción alguna entre ellos y sus dominios, entre las funciones públicas y las funciones privadas. De acuerdo con la vieja costumbre de los Habsburgo, Carlos V trató de ensanchar el poder y la influencia de su casa mediante matrimonios, política ésta que había de ocupar un lugar importante en la diplomacia de muchos soberanos del siglo XVI. Se sabe que la reina Isabel de Inglaterra estuvo prometida en diferentes ocasiones, aunque no llegó a casarse. Catalina de Médicis también se debatió entre sus proyectos matrimoniales, arreglando casamientos políticos para su numerosa familia. Sin embargo, los tiempos nuevos, en que los viejos feudos se convertían en Estados nacionales, eran poco propicios para las empresas políticas basadas en alianzas matrimoniales.

Carlos V aspiró ni más ni menos que a casar a su hijo Felipe con la reina María de Inglaterra, subordinando así este país a su política. El mismo había estado prometido con ella cuando era una niña de seis años. Les unían lazos de parentesco, pues María era hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragón, tía de Carlos V. El matrimonio no llegó a celebrarse. Pero Carlos V se consideraba "protector" de

² C. Marx y F. Engels, *Obras*, tomo XVI, II parte, 1ª ed. rusa, pág. 296.

su pariente y hacia 1550 volvió a su proyecto, debidamente corregido, y resolvió casar a María con Felipe, que era diez años más joven que ella. El embajador español en Londres, Renard, recibió las instrucciones oportunas. A pesar de los manejos e intrigas del embajador francés, que al conocer el proyecto trató por todos los medios de impedir su realización, la proposición de Carlos fue bien recibida por María. Es de imaginar el temor y el descontento de los hombres de Estado de Inglaterra cuando el embajador francés les puso al tanto de las maquinaciones de Carlos.

España era entonces el rival más peligroso de los comerciantes y nobles ingleses que vendían paños y lana y surcaban ya todos los mares. Pero no pudieron contrarrestar los deseos de la reina. De nada sirvió tampoco la petición de la Cámara de los Comunes, que en los términos más respetuosos suplicó a la reina que no olvidase las conveniencias de su nación y no buscara esposo fuera de la patria. María se mantuvo firme en su decisión de dar su mano y su corazón a Felipe. No obstante, el contrato matrimonial, redactado por los ministros de la reina, era, de hecho, una derrota para Carlos. Felipe se comprometía a respetar las leyes inglesas, no podía arrastrar a Inglaterra a la guerra de España con Francia y, en caso de la muerte de la reina María, renunciaba a todo derecho a la gobernación del Estado. En una palabra, a pesar del rimbombante título de rey de Inglaterra, Felipe no fue más que el "marido de la reina". Cuando María murió, en 1558, los ingleses olvidaron pura y simplemente a su "rey".

Todos los planes de Carlos V se vinieron abajo. Unos años antes, en 1555, se vio obligado a abdicar y a retirarse a un monasterio.

Después de la abdicación de Carlos, su "imperio" se desmoronó. El Sacro Imperio Romano pasó a su hermano Fernando. España, los Países Bajos, las posesiones italianas y las colonias españolas pasaron a su hijo Felipe II.

Los planes de Carlos V eran grandes, pero irrealizables. Felipe II comprendió que una monarquía universal carecía por completo de base, mas su política resultó tan irreal como la de su padre. Profundamente convencido de que el absolutismo y el catolicismo — las bases de su poder — eran incommovibles, quiso implantar el sistema de gobierno de España, tan caro a su corazón, en todas las partes de su vasto Estado; se opuso al protestantismo allí donde le era posible y no desdijo recurso alguno para alcanzar sus objetivos.

Su política intransigente y fanática en los Países Bajos contribuyó a desencadenar la primera revolución burguesa victoriosa de Europa. Las intrigas de Felipe II en Francia durante la segunda mitad del siglo XVI hicieron que hasta los católicos franceses patriotas se pusieran contra él. Sus manejos en Inglaterra, donde sembró la discordia en torno a María Estuardo con la esperanza de provocar perturbaciones en el país y debilitar a su principal rival en los mares, condujeron al cadalso a esta reina. Su intento de invasión de Inglaterra terminó en la pérdida de la "Armada Invencible" (1588), la más grande escuadra del siglo XVI. Los planes de Felipe II fracasaron siempre, pues no eran más que una manifestación de la política feudal contra la evolución burguesa de Europa.

Los archivos españoles, abiertos al investigador en la primera mitad del siglo XIX, han permitido penetrar hasta el fondo mismo de esta diplomacia, verdaderamente monstruosa, del absolutismo español en los tiempos de su decadencia. Felipe II, además de los representantes diplomáticos oficiales en Francia, Inglaterra y los Países Bajos, tenía una multitud de espías voluntarios y a sueldo que le informaban de todo cuanto ocurría en las cortes amigas y enemigas, y también de las actividades de las propias representaciones diplomáticas de España. En los Países Bajos mantenían bajo su vigilancia a los mismos gobernadores del rey. Esta contabilidad

diplomática por partida doble confundía a veces al mismo rey, el cual, sin salir de Madrid, quería saberlo y dirigirlo todo por medio de un cambio constante de despachos de sus oficinas. Las consecuencias de su reinado fueron deplorables para España. "Prefiero no tener súbditos a tenerlos herejes", dijo en una ocasión Felipe II. Pero los herejes sobrevivieron, mientras que la España noble y feudal se deslizó sin gloria al rango de una potencia europea de segundo orden.

La Francia del siglo XVI.

Mientras que España, en la segunda mitad del siglo XVI, había empezado su decadencia económica, a la que cincuenta años más tarde seguía la decadencia política, la monarquía absoluta francesa, establecida bajo Luis XI, siguió en línea ascendente durante el siglo XVI y casi durante todo el siglo XVII. El Estado centralizado, aunque seguía siendo feudal, era una auténtica bendición para la burguesía francesa, que no había olvidado aún los horrores y la ruina de la guerra de los Cien Años (1338-1453). Los habitantes de las ciudades siempre apoyaron en Francia un poder real fuerte. Cuando en la segunda mitad del siglo XVI este poder pareció tambalearse bajo los golpes de la oposición protestante feudal (guerras de los hugonotes), los hombres de la ciudad permanecieron fieles al rey y a la religión del rey, es decir, a la religión católica: lo uno y lo otro significaba para ellos una Francia unida y única. Una buena parte de la nobleza, en sus escalones inferiores y medios, marchó del brazo con la burguesía: una monarquía única y fuerte era para los nobles garantía del servicio militar y de la gloria de las armas.

Ya los cuatro primeros sucesores de Luis XI —Carlos VIII (1483-1498), Luis XII (1498-1515), Francisco I (1515-1547) y Enrique II (1547-1559)— fueron monarcas absolutos y se atenían a la política realista recomendada a los príncipes por Maquiavelo. En este tiempo quedan dibujadas las líneas fundamentales de la política exterior de Francia. La monarquía absoluta francesa, cercada desde principios del siglo XVI por las posesiones de los Habsburgo, instalados con Carlos V en España, Italia, Alemania y los Países Bajos, trata de escapar de las tenazas que lo oprimen y conseguir para sus nobles un botín tan suculento como era Italia. Tal era el origen de las guerras italianas y de la famosa rivalidad franco-austriaca, que preside toda su política a través de los siglos XVI, XVII y parte del XVIII. En el siglo XVI esta rivalidad era, principalmente, franco-española: el centro desde donde los Habsburgo descargaban sus golpes sobre Francia se hallaba en España.

La Francia católica, rodeada por los Habsburgo, se acerca, por un lado, a los enemigos seculares de éstos, a los turcos, y por otro, a los príncipes protestantes alemanes. Para "gran vergüenza" de toda la cristiandad, Francisco I inicia negociaciones de ayuda con el sultán turco Solimán el Magnífico. Esto era durante la primera de las cuatro guerras de Francisco I con Carlos I (1521-1526). Derrotado y hecho prisionero en Pavía, Francisco I envió un embajador especial a Constantinopla. El primer intento no tuvo éxito. El embajador fue capturado y muerto en Bosnia junto con sus doce acompañantes. Sus papeles y el anillo del rey, signo de autenticidad de la embajada, debieron de ser enviados a Constantinopla. El gran visir Ibrahim lució después en su dedo este anillo, jactándose de que en otros tiempos el rey francés lo había llevado en su mano derecha. Sólo el segundo embajador, Juan Frangipani, consiguió llegar a Constantinopla y entregar al sultán las cartas del rey de Francia. No se han conservado. Se conoce, sí, la respuesta de Solimán:

"Tú, que eres francés, rey del país de Francia, has enviado una carta a mi Puerta, asilo de soberanos, por intermedio de tu fiel servidor Frangipani. Me has hecho

saber que el enemigo se ha apoderado de tu país y que tú estás actualmente en prisión, y has pedido mi ayuda para que te devuelvan la libertad. Después de que todo esto ha sido expuesto al pie de mi trono, refugio del mundo, mi ciencia imperial lo ha abarcado en detalle y yo he tenido un conocimiento completo.

"No es nada extraño que los emperadores sufran derrotas y caigan prisioneros. Ten, pues, valor y no te dejes abatir. Nuestros gloriosos antepasados y nuestros ilustres abuelos (que Dios ilumine su tumba) no han cesado jamás de hacer la guerra para rechazar al enemigo y conquistar nuevos países. También nosotros hemos seguido sus huellas... Día y noche nuestro caballo permanece ensillado y llevamos nuestro sable al cinto."

Hasta el sultán había llegado también la primera carta, que fue encontrada sobre el embajador muerto. Fue esa carta, como dijo el visir Ibrahim, lo que empujó al sultán a emprender la invasión de Hungría. Movidó por un sentimiento de piedad hacia Francisco I, el sultán decidió empezar la guerra contra Carlos, "que había revelado malas intenciones". No se trataba, ciertamente, de piedad: el imperio feudal turco necesitaba él mismo de guerras incansables para sostener a su clase dirigente. Después de haber ocupado los Balcanes, Solimán el Magnífico tenía el propósito de adentrarse en Europa. La carta de Francisco I no había podido ser más oportuna. Ya el año siguiente el ejército del sultán derrotaba a las tropas unidas checo-húngaras en Moga (sur de Hungría) y en 1529 se acercaba a los muros de Viena. Así, pues, la alianza de Francia con Turquía era una consecuencia obligada de la situación internacional; ambas tenían un mismo enemigo: los Habsburgo. Por eso, la alianza fue duradera. En 1535 se concertaba el primer tratado, que sirvió de modelo para los pactos subsiguientes concluidos por Turquía con las potencias europeas. En la parte secreta de ese tratado, el rey de Francia prometía a Turquía apoyo en la lucha de ésta con Austria y con Venecia. Francia obtenía privilegios que le permitían monopolizar todo el comercio de Turquía con los países europeos. La significación de este tratado residía en que, por primera vez, estableció el régimen de "capitulaciones". La esencia de esas capitulaciones la define Marx de la manera siguiente:

"Las capitulaciones son diplomas imperiales, cartas sobre privilegios concedidos por la Puerta a diversas naciones europeas, permitiendo a los súbditos de esas naciones la libre entrada en tierras mahometanas, dedicarse allí a sus negocios y practicar su religión. Se distinguen de los tratados por el rasgo substancial de que no se basan en la reciprocidad, no son negociadas conjuntamente por las partes interesadas ni son ratificadas por ellas sobre la base de ventajas y concesiones mutuas. Al contrario, las capitulaciones son privilegios concedidos unilateralmente por un gobierno que, por consiguiente, puede retirarlas en todo momento. Y, en efecto, la Puerta redujo en diversas ocasiones a la nada los privilegios concedidos a una nación, extendiéndolos a otras o suprimiéndolos por completo, o negándose a observarlos. Este carácter precario de las capitulaciones las convirtió en fuente inagotable de querellas y quejas de los embajadores, y provocó un interminable intercambio de notas y firmanes contradictorios, que se renovaban al comienzo de cada reinado."

La lucha de Francia con los Habsburgo determinó también sus relaciones con Alemania o, mejor dicho, con los príncipes alemanes. Francia estaba interesada en debilitar al emperador, que era un Habsburgo; según decía Enrique II, siempre se encontraba al lado de la "libertad secular de los alemanes", es decir, trataba de apoyar a los príncipes protestantes contra el emperador católico. De este modo, Francia contribuía a debilitar políticamente el Imperio para, de cuando en cuando, arrancarle una parte de sus tierras. Esta tendencia general de la política francesa,

Guerra de los hugonotes

Francisco I — Solimán el Magnífico

convertida en una especie de axioma para sus diplomáticos, se mantiene en el siglo XVII, manifestándose en la actividad de políticos y diplomáticos tan notables como Enrique IV y su ministro Sully, y los cardenales Richelieu y Mazarino.

La diplomacia inglesa en el siglo XVI.

La evolución de la diplomacia inglesa en el siglo XVI se diferencia notablemente de la marcha que en ese tiempo sigue la diplomacia francesa. En Francia, la monarquía absoluta era más fuerte que en ningún otro país. Por el contrario, en Inglaterra, incluso en la época de mayor auge del poder real, el Parlamento, donde predominaban los laicos y la burguesía comercial, no dejó de ejercer una presión y de limitar este poder. La nobleza aburguesada y la burguesía, que ya en el siglo XVI se habían adueñado de los puestos de mando en la economía del país, hicieron en el siglo XVII la revolución burguesa. Con ello establecieron un régimen que daba al capitalismo amplio campo de desarrollo. En Inglaterra, la clase dominante, con una clara noción de sus fines y de los medios para conseguirlos, influía sobre la política del Estado a través del Parlamento y creaba una opinión pública con la cual el gobierno estaba obligado a contar.

El siglo XVI, sobre todo su segunda mitad, está presidido en Inglaterra por la lucha encarnizada contra España. Esta política no la dictaban tanto el rey de Inglaterra y su gobierno como los corsarios, armadores y comerciantes ingleses. El gobierno de la reina Isabel (1559-1603) se limitaba a menudo a sancionar lo que por su propia iniciativa había hecho uno u otro de sus súbditos. Los famosos corsarios Drake, Hawkins y Raleigh, más tarde almirantes de la flota de su majestad, saqueaban las flotillas españolas que volvían de América cargadas de metales preciosos, entraban en los puertos españoles y hundían los barcos a la vista de sus habitantes. Al mismo tiempo, los diplomáticos ingleses mantenían en todas las cortes europeas una política muy consecuente, prueba de la conciencia clara de sus fines, propia de una clase dominante en ascenso.

Uno de los diplomáticos ingleses más capaces del siglo XVI fue Walsingham, que estuvo de embajador en Francia. Le correspondió un papel decisivo en el famoso asunto de la reina de Escocia María Estuardo, hija de la duquesa Lorenese de Guisa y nieta de Margarita, una hija de Enrique VII de Inglaterra, que había contraído matrimonio con Jacobo V Estuardo de Escocia. Los Guisa eran católicos fervientes y más tarde se encontraron a la cabeza del partido católico francés que realizó la matanza de protestantes en la noche de San Bartolomé (1572). En los primeros tiempos de la Reforma en Escocia, María, que era católica irreductible, fue expulsada por sus súbditos del país, refugiándose en Inglaterra, donde quedó bajo la protección de la reina Isabel. No tardó en convertirse en el centro de conjuras y de las intrigas de los españoles contra Isabel y el protestantismo inglés. Como Isabel, hija de Enrique VIII y de una de sus numerosas mujeres (Ana Bolena), no era reconocida por los católicos como reina legítima, María Estuardo quiso hacer valer sus pretensiones al trono inglés. Pero la mayoría de los ingleses no querían saber nada de eso, pues para ellos María Estuardo era el símbolo de la reacción católica encarnada por el enemigo más terrible de Inglaterra, Felipe II de España, que dirigía en secreto las conspiraciones contra Isabel y en todos los sitios, en el continente y en las mismas islas, apoyaba al catolicismo. Asustados por estas intrigas de los católicos, el Parlamento adoptó diversas disposiciones apoyándose en las cuales Isabel habría podido fácilmente suprimir a su rival, pero la reina se contentó con mantenerla largos años en prisión. No se decidió a someterla a juicio hasta que en 1587 se hubieron reunido pruebas irrefutables de que María no cesaba de conspirar, persuadida como

estaba de que de la prisión saldría como reina de los ingleses. La tarea de demostrar la participación de María Estuardo en el último complot, que tenía como objeto el asesinato de Isabel, la tomó a su cargo Walsingham, que obraba por propia iniciativa a fin de "salvar a Inglaterra del catolicismo y de los españoles".

La razón de que Walsingham se encargara de esta misión es muy simple. Los hilos de los complots que se urdían en torno a María Estuardo conducían siempre a Francia, a los Guisa, parientes de María, y los Guisa se hallaban entonces a sueldo del enemigo de Inglaterra, de Felipe II de España. Se puso de acuerdo con el jefe de la guardia del castillo de Chartly, donde estaba encerrada entonces María Estuardo. Walsingham le envió a un agente suyo, un cierto Gifford, que suministrase el vino y la cerveza al castillo. Fingiéndose católico serviente y amigo de María, se encargó de hacer llegar la correspondencia de ésta a sus hombres de confianza. La correspondencia estaba cifrada y salía al exterior en los toneles en que Gifford llevaba la cerveza al castillo. Se comprende que antes de llegar a los destinatarios las cartas eran abiertas por Philipps, secretario de Walsingham, quien descubrió la cifra y puso a su superior en conocimiento de su contenido. El embajador no tardó en reunir materiales suficientes para levantar un acta de acusación contra María. Walsingham llegó al extremo de que, en posesión de la cifra, añadía por su cuenta notas a las cartas de María Estuardo. Así, en una de ellas pedía en nombre de María los nombres de todos los conspiradores que debían atacar el castillo de Chartly, poner en libertad a la reclusa y atentar contra la vida de la reina Isabel. Parece ser que Walsingham sabía quiénes eran, pero que quería tener confirmación por escrito. Los informes reunidos por Walsingham permitieron abrir juicio y condenar a María Estuardo. Ambas Cámaras del Parlamento pidieron a Isabel que "a una sentencia justa siguiera un justo castigo". María fue decapitada.

2. * LA DIPLOMACIA DEL ESTADO RUSO A FINES DEL SIGLO XV Y EN EL SIGLO XVI.

La diplomacia del Gran Principado de Moscú bajo Iván III.

* En la segunda mitad del siglo XV aparece en la palestra internacional el Estado ruso, que en un principio llevaba el título modesto de "Gran Principado de Moscú" y era, por su régimen, una monarquía feudal. El nuevo Estado, que había reunido bajo su poder grandes extensiones de Europa oriental, ocupó una situación importante en el concierto de las naciones. Ya hacia 1490 el Gran Principado de Moscú representaba una fuerza política considerable en el horizonte europeo. Era necesario determinar su puesto en el sistema de relaciones internacionales que se había establecido en Europa en aquella época.

En 1486, Nicolás Poppel, que procedía de Lituania, llegó casualmente a Moscú. A su regreso empezó a difundir noticias sobre el Estado ruso y sobre la riqueza y poderío de su soberano. Esto fue, para muchos, una revelación. En Europa no se tenían más que noticias vagas de Rusia y se la creía un país sometido a los reyes de Polonia. "La Europa asombrada —dice Marx—, que en los principios del reinado de Iván III apenas si sospechaba la existencia de Moscovia, encerrada entre los tártaros y los letones, quedó sorprendida ante la inesperada aparición de un imperio enorme en sus fronteras del este."⁴

En 1489, Poppel volvió a Moscú, esta vez como agente oficial del emperador de Alemania. En una audiencia secreta se ofreció a Iván III a gestionar para él

⁴ C. Marx, *Secret Diplomatic History of the XVIII Century*, pág. 81.

ante el emperador el título de rey. Según las concepciones políticas de Occidente, éste era el solo medio de legitimar el nuevo Estado y de llevarlo al sistema de los Estados europeos, a la vez que lo colocaba en cierta dependencia respecto del Imperio. Pero la opinión de Moscú era distinta. Iván III respondió con dignidad a Poppel: "Somos soberanos por la gracia de Dios en nuestro país desde tiempos inmemoriales, desde nuestros primeros antepasados, y esta dignidad la recibimos de Dios, lo mismo nuestros antepasados que nosotros... y lo mismo que antes no quisieron recibirla de ningún otro, tampoco ahora lo deseamos nosotros." En su respuesta al emperador, Iván III se titulaba "gran soberano de toda Rusia por la gracia de Dios". En sus relaciones con Estados de menos categoría se daba a sí mismo a veces el título de zar. Su hijo Vasili III lleva oficialmente, por primera vez, el título de zar en una carta al emperador (1518), mientras que su nieto Iván IV era solemnemente coronado en 1547, definiendo así el lugar que su Estado debía ocupar entre las otras potencias del mundo civilizado.

Esta nueva fuerza política, fuente de preocupaciones jurídicas para los diplomáticos del Imperio, atrajo la atención de Europa también en otro sentido. En 1453 Constantinopla era tomada por los turcos y el problema de la amenaza turca se revelaba en toda su magnitud ante los países europeos. A partir de entonces el sueño de la diplomacia occidental fue atraer al Estado ruso a una alianza europea contra Turquía. La penetración turca en la zona del Mediterráneo amenazaba, en primer lugar, a Italia. Por eso, al iniciarse el último cuarto del siglo xv, tanto la República Veneciana como la Santa Sede miraban ya esperanzadas hacia el lejano Nordeste. Esto explica la simpatía con que Roma y Venecia acogieron el proyecto de matrimonio del poderoso soberano ruso con la heredera del trono bizantino, Zoe (Sofía) Paleólogo, que se encontraba bajo la protección del Papa. Este proyecto fue puesto en ejecución en 1472 por intermedio de agentes griegos e italianos. La prometida fue enviada a Moscú al mismo tiempo que un legado del Papa Sixto IV, Bonumbre, provisto de los poderes más amplios, lo que era prueba de los grandes planes que la diplomacia pontificia vinculaba a esta alianza matrimonial. El Consejo de Venecia, por su parte, trataba de persuadir a Iván III de que tenía todos los derechos a la herencia de los emperadores bizantinos, ocupada por "el enemigo común de la cristiandad", es decir, por el sultán, ya que los "derechos hereditarios" sobre el Imperio de Oriente pasaban al príncipe de Moscú en virtud de este matrimonio. Ya en 1519 la sede pontificia llamaba a Vasili III "a defender su patrimonio de Constantinopla" y a ponerse en campaña "para el bien de toda la cristiandad contra su enemigo el turco, que se ha apoderado de la herencia del zar de toda Rusia".

Sin embargo, estas gestiones diplomáticas quedaron sin resultado alguno, porque el Estado ruso tenía sus propios problemas internacionales, que habían de ser abordados con urgencia. Iván III centró sus esfuerzos en esos problemas, sin dejarse seducir por las astucias de Roma y de Venecia.

En primer término se planteaba el problema de recuperar las tierras rusas de que se había apoderado el Estado polaco-lituano. Después de haber acabado de reunir toda la Rusia del Nordeste, Moscú declaró "patrimonio" hereditario del gran príncipe de Moscú las tierras que antes habían formado parte del Estado de Kiev. Así, se negaba a reconocer jurídicamente la ocupación de tierras rusas por Lituania. En tanto no se solucionara este pleito, aceptaba sólo una tregua, evitando la conclusión de una "paz eterna". "Si vuestro soberano —decían en 1503 los boyardos de Moscú a los embajadores lituanos— quiere el amor y la fraternidad con nuestro soberano, debe cederle todas las tierras rusas." De su parte, el gobierno polaco-lituano protestó de que los grandes príncipes de Moscú adoptasen el título de soberanos "de toda Rusia".

Comienzo del hijo del zar con Zoe
para el incentivo el apaseo de Constantinopla

importante

La política internacional de Iván III y de Vasili III estaba subordinada por entero a este problema fundamental. La liga contra los turcos no presentaba para ellos el menor atractivo. Cuando se les prometía "el patrimonio de Constantinopla", en Moscú contestaban que "el gran príncipe quiere el patrimonio de su tierra rusa".

Más aún, Moscú estaba interesado en entenderse pacíficamente con la Puerta otomana a fin de desarrollar su comercio en el mar Negro. Las relaciones que se establecen a fines del siglo xv entre el Estado ruso y Turquía tenían siempre un carácter amistoso.

En cuanto al "Imperio Romano", Iván III se esforzaba no sólo en mantener con él relaciones amistosas, sino en utilizar la rivalidad del emperador Maximiliano con los Jagelones polacos a propósito de Hungría. Propuso una alianza y trazó el plan del futuro reparto del botín: Hungría sería para Maximiliano, y Lituania, con las tierras rusas que ésta dominaba, serían para él. Pero Maximiliano pensaba alcanzar sus propósitos por vía pacífica. Las fluctuaciones en las relaciones entre Alemania y Polonia eran seguidas siempre de cambios en las relaciones germano-rusas, hasta el momento en que Maximiliano encontró más ventajoso reconciliarse con Polonia y hasta llegó a ofrecer su mediación para acercarla al Estado ruso.

La lucha contra Lituania fue una de las razones que motivó la estrecha alianza de Moscú con el kan de Crimea, Mengli-Guirei, que se había consolidado en aquella península meridional como vasallo del sultán de Turquía. Iván III buscaba esta alianza aun al precio de grandes concesiones; consentía incluso, si el kan lo pedía, en darle el título de "soberano", y no escatimaba gastos para "recuerdos", es decir, para los regalos anuales a su aliado tártaro. Finalmente, la diplomacia moscovita consiguió la firma de la deseada alianza. Los tártaros de Crimea empezaron sus correrías periódicas en las posesiones lituanas, adentrándose hasta más allá de Kiev, con lo que, además de causar daños materiales al gran principado de Lituania, debilitaba su capacidad defensiva.

La alianza con Mengli-Guirei afectaba también a otro problema de la política exterior rusa de fines del siglo xv y comienzos del xvi: el de la supresión definitiva de su dependencia respecto de la Horda de Oro. Para conseguirlo, Iván III, más que en ninguna otra ocasión, dio preferencia a la vía diplomática sobre la fuerza de las armas.

La alianza con Crimea resultó decisiva en la lucha contra la Horda de Oro. A dicha alianza fueron incorporados los tártaros de Nogaik y de Siberia. Cuando el kan Ahmat se retiraba de Ugra, a principios de 1481, fue muerto por los tártaros del kan siberiano Ibah. En 1502, la Horda de Oro era definitivamente derrotada por Mengli-Guirei.

Actuando contra la Horda de Oro en alianza con Crimea, Iván III obtuvo igualmente por la vía militar y diplomática la sumisión, en calidad de vasallo, de otro kanato tártaro: el de Kazán, que había surgido en el Volga Medio en la primera mitad del siglo xv.

Bajo Iván III se esboza otra tendencia de la política exterior del Estado ruso, en dirección al Báltico. Sin un acceso al mar, el comercio exterior del país no podía desarrollarse. De otra parte, las necesidades de elementos técnicos y de especialistas de Europa occidental, que se hacían sentir muy agudamente, no podían ser satisfechas mientras Lituania y la Orden de Livonia cerrasen a los rusos el acceso a los puertos del Báltico. Los artistas y maestros italianos que adornaban la capital del gran príncipe de Moscú con sus brillantes creaciones estaban obligados a viajar años enteros, a través de Moldavia y de Crimea, antes de llegar a la ciudad. La destrucción de la sucursal de la Hansa en Nóvgorod y el establecimiento de relacio-

nes amistosas con Dinamarca tendían sin duda a liberar al comercio de Nóvgorod de las barreras que la todopoderosa Hansa le levantaba. Por otra parte, la reclamación de un tributo al obispado de Yúriev (región de Derpt), de conformidad con el tratado concluido con la Orden de Livonia en 1503, representaba el primer paso para la extensión de la influencia política de Moscú sobre Livonia.

Gracias a la política sagaz y prudente de Iván III, el Estado ruso, sin pretender convertirse en un factor decisivo dentro de Europa, a comienzos del siglo XVI ocupó una honorable posición internacional.

"En los últimos tiempos de su reinado vemos a Iván III sentado en un trono independiente. A su lado está la hija del último emperador bizantino. A sus pies tiene a Kazán. Los escombros de la Horda de Oro afluyen a su corte. Nóvgorod y otras repúblicas rusas han sido sometidas. Lituania ha sufrido mermas sensibles, y su soberano es un instrumento en manos de Iván. Los caballeros de Livonia han sido vencidos."

La diplomacia de Iván IV.

La política exterior del Estado ruso adquiere mayores proporciones todavía bajo el zar Iván IV, nieto de Iván III. En los primeros años de su reinado, todos sus esfuerzos van dirigidos hacia el Este. El establecimiento en 1551 de la base estratégica de Sviázhsck parecía preparar el terreno para la incorporación completa del kanato de Kazán. Las negociaciones con vistas a la unión de este último a Moscú bajo el cetro del zar ruso tuvieron al principio éxito. Pero, en el momento decisivo, el partido militar triunfó en Kazán y el convenio fue incumplido. La incorporación de Kazán, en 1552, se llevó ya a cabo por la fuerza de las armas, y no por los recursos de la diplomacia.

Después de la caída de Kazán, en 1555, el kan de Siberia se declaró vasallo del zar ruso. En 1556, Astracán se rindió sin ofrecer resistencia, y su incorporación permitió establecer relaciones con los príncipes kabardinos del norte del Cáucaso y con el shevkal de Tarco. Más tarde, ya en tiempos del hijo de Iván IV, Georgia, presionada por los turcos y los persas, estableció estrechas relaciones con el Estado ruso. La toma de Kazán, al poner en manos de Moscú las comunicaciones comerciales del Volga y el Kama, permitieron establecer, en la segunda mitad del siglo XVI, relaciones diplomáticas con los Estados de Asia Central y de la región del Cáucaso: con el kan de Yurguen (Khiva) y con los "reyes" de Tashkent, Samarcanda y Shamaher.

Sin embargo, la orientación principal de la política exterior de Iván IV no era el Este. Sus esfuerzos principales se dirigen hacia el Oeste. Un Estado centralizado fuerte como era Rusia a mediados del siglo XVI no podía crecer y desarrollarse sin contactos directos con los países, más cultos, de Occidente. Los intereses económicos y militares del Estado reclamaban el robustecimiento de las relaciones con Occidente, cuyos especialistas eran muy necesarios. El bloqueo que de hecho mantenían Polonia, Lituania y la Orden de Livonia, siempre hostiles a Rusia, debía ser roto a todo precio. Esto explica la satisfacción con que fue recibido en Rusia el establecimiento de comunicaciones directas con Inglaterra por el mar Blanco (después de 1553). Pero las condiciones de navegación por el Océano Glaciar no podían asegurar la continuidad del tráfico por esta vía. El Estado ruso necesitaba accesos al mar Báltico. Iván IV siguió en este punto tenazmente las huellas de su abuelo. En un principio trató, como en el caso de Kazán, de resolver el problema del Bál-

* C. Marx, *Secret Diplomatic History of the XVIII Century*, pág. 81.

Buscar hanseáticas

tico por vía diplomática. La tregua concertada por Iván III con la Orden de Livonia expiraba en 1553. Las nuevas condiciones propuestas por el gobierno de Iván IV debían colocar a Yúriev (Derpa en alemán, Tartu en estoniano) y su región bajo la dependencia de Rusia.

La guerra, iniciada en 1558, tomó rápidamente las proporciones de un conflicto europeo. La campaña del primer año demostró la incapacidad de la Livonia fraccionada y feudal, débil, para ofrecer resistencia al Estado ruso. Esa campaña planteó en todo su volumen la cuestión del Báltico, que, como indicábamos antes, se había convertido en uno de los problemas internacionales más importantes de aquel tiempo. La rivalidad de los Estados que tenían intereses en el Báltico arrastró a la guerra a Lituania, Polonia, Suecia y Dinamarca. El "peligro ruso" inquietó a los príncipes alemanes del Este, que no sabían dónde podían detenerse los ejércitos de Moscú en su avance victorioso.

El problema de Livonia figuraba siempre en el orden del día de las Dietas de los Estados del Sacro Imperio Romano. Entre los príncipes imperiales había un grupo que pedía la intervención abierta contra Rusia. En cambio, los intereses comerciales obligaban a las ciudades hanseáticas a insistir en el mantenimiento de la paz con Moscú. El emperador Maximiliano II, aceptando un compromiso, se limitó a declarar el bloqueo. Incluso en países tan alejados del teatro de operaciones como Francia y España se esbozaron proyectos para la conquista del litoral del Báltico. Los tártaros de Crimea y el Sultán, inducidos por la diplomacia polaco-lituana, se apresuraron a aprovechar la coyuntura política para intentar la reconquista de Kazán y Astracán. En 1569 los señores feudales lituanos aceptaron la unión con Polonia bajo la forma de Rzecz Pospolita federal.

De este modo, las tierras de Rusia occidental y de Ucrania, antes ocupadas por los príncipes lituanos, se vieron bajo el señorío de Polonia. La guerra de Livonia obligó a la diplomacia rusa a desplegar una gran actividad. En los primeros años maniobró hábilmente para evitar la guerra en dos frentes. Iván el Terrible se esforzó en mantener las relaciones amistosas con Dinamarca y buscó la alianza con Turquía, renunciando para ello a su ofensiva sobre el Cáucaso. Iván IV planteó firmemente el problema de la incorporación de las tierras rusas conquistadas por Lituania, y en primer lugar de Polotsk y su distrito, presentó su candidatura al trono de Polonia, y mantuvo negociaciones con el emperador, al que proponía el reparto de la Rzecz Pospolita, de tal manera que la "corona polaca" pasase a un hijo del emperador, mientras que Iván se quedaría con Lituania y sus posesiones rusas y con Livonia. Según los términos del acuerdo con Dinamarca, Iván IV debía formar en Livonia un Estado vasallo, a la cabeza del cual sería colocado el duque Magnus, hermano del rey de Dinamarca.

Iván IV tomó parte activa en todas estas combinaciones diplomáticas, aportando toda la desordenada pasión, todo el fuego, todo el ardor de su naturaleza desenfrenada, aunque no desprovista de talento.

No obstante, después de una lucha extenuante que se prolongó durante veinticuatro años, agotados completamente sus recursos, tuvo que renunciar a sus vastos planes en el Báltico. En 1592, en Zapolski Jam, con la participación de un representante del Papa, fue firmada la paz con la Rzecz Pospolita bajo las condiciones de "como antes de la guerra", renunciando ambas partes a sus conquistas.

Así, a pesar de la larga lucha, en la que se habían puesto de relieve el valor de las tropas rusas y la habilidad de su diplomacia, al tropezar con una situación internacional extremadamente desfavorable, Iván IV se vio incapaz de dar cumplimiento a las tareas que se había planteado en el Oeste.

Sin embargo, también el adversario, la Rzecz Pospolita, se vio obligado a renun-

"Biblioteca Mario Briceño Iragorry"
Escuela de Historia
Facultad de Humanidades y Educación
Universidad Central de Venezuela

ciar a sus grandes planes de agresión y a sus pretensiones sobre Pskov, Nóvgorod y Smolensk. Para lograr sus propósitos, los diplomáticos polaco-lituano promovieron en 1600 un proyecto de unión entre el Estado ruso y la Rzecz Pospolita. El gobierno de Boris Godunov lo rechazó. Posteriormente, la diplomacia de la Rzecz Pospolita recurrió a otro método para la realización de sus planes, a la utilización de impostores.

El importante papel del Estado ruso en las relaciones internacionales de Europa en el siglo XVI, con la gran actividad de su diplomacia, planteaba el problema del reconocimiento jurídico de la nueva fuerza política que se había formado en el Este. El propio Iván IV, al hacerse coronar en 1547 y adoptar el título de zar (en realidad, de emperador), había definido el lugar al que pretendía su Estado entre las potencias cristianas. El título de "emperador" le había sido ya reconocido a Iván sin reserva alguna por la Inglaterra protestante (1555). La situación era más compleja en los países católicos, en los que había arraigado la idea de un "sacro imperio" único. En 1576, el emperador Maximiliano II, deseando incorporar a Iván el Terrible a una alianza contra Turquía, le propuso el trono y el título de "César de Oriente". Esta oferta dejó completamente indiferente a Iván IV, pero, por el contrario, exigió su reconocimiento inmediato como zar "de toda Rusia". El emperador hubo de ceder en este importante punto.

La Santa Sede se resistió mucho más, defendiendo el derecho exclusivo de los papas a otorgar el título de rey, como cualquiera otro, a los soberanos. Además, no admitía la violación del principio del "imperio único". La política intransigente de la Santa Sede fue sostenida por el rey de Polonia, que se daba perfecta cuenta del alcance de las pretensiones del soberano ruso. Segismundo II Augusto presentó al Papa una memoria en la que le advertía que el reconocimiento por este último del título de zar a Iván IV contribuiría a la separación de las tierras rusas de Polonia y Lituania, y pondría al lado de Iván a los moldavos y valacos.

Por su parte, Iván IV, que atribuía particular importancia al reconocimiento de su título de zar por el Estado polaco-lituano precisamente, empezó a exigirlo al día siguiente de su coronación. Sin embargo, Polonia se negó a acceder a estas reclamaciones durante todo el siglo XVI.

Entre los sucesores de Iván IV, el falso Dimitri I manifestó sus pretensiones al título de "emperador", pero el rey Segismundo, que le había colocado en el trono, no le denominó oficialmente más que como príncipe, negándole incluso el título de "gran príncipe".

CAPITULO III

LA DIPLOMACIA DE LOS ESTADOS EUROPEOS EN EL SIGLO XVII

1. LA HEGEMONÍA FRANCESA EN EL SIGLO XVII.

MIENTRAS QUE EN EL SIGLO XVI el primer lugar en las relaciones internacionales de Europa occidental corresponde a España, en el siglo XVII se puede hablar de una verdadera hegemonía de Francia, al menos en el continente. Del período de las grandes conmociones interiores de la segunda mitad del siglo XVI, Francia salió como una monarquía absoluta fuerte y definitivamente estructurada. Su población campesina, abundante y laboriosa, y una burguesía rica proporcionaban al Tesoro inmensos recursos en forma de tributos, que permitían al rey y a los nobles aplicar toda su energía a la política exterior. Francia fue situada así en el primer lugar de Europa.

La diplomacia de Enrique IV.

La experiencia de las largas y costosas campañas del siglo XVI, que terminaron en Francia en una guerra civil, no fue desperdiciada. A cada tentativa nueva de expansión de un Estado joven respondía la oposición de los otros Estados; cada pretensión de conquista, y tanto más a la dominación mundial (en la escala del siglo XVI), daba origen a coaliciones hostiles. Los políticos y los diplomáticos, convirtiendo en sistema esta experiencia, llegaron a formular diversas tesis a las que se daba el valor de principios internacionales. Ciertamente que estos principios eran a menudo conculcados. Sin embargo, fueron justamente estas violaciones sistemáticas las que, en vista de la inestabilidad de las relaciones internacionales en aquel tiempo, hicieron sentir la necesidad de una reglamentación. Tal carácter de "norma" tenían, en particular, las ideas de las "fronteras naturales" y del "equilibrio político".

Los políticos contemporáneos de Enrique IV, y ante todo su primer ministro Sully, subrayaban constantemente que sólo merece la pena ocupar lo que puede ser conservado. El poderío de un Estado tiene sus límites: al rebasarlos levanta contra él las fuerzas reunidas de los enemigos y envidiosos. Sully, en sus célebres memorias *Les économies royales*, escribía: "Cada rey de Francia debe pensar antes de adquirir amigos y aliados atados sólidamente a él por la comunidad de intereses —y éste es el lazo más seguro— que atraerse el odio implacable y la hostilidad por proyectos que son superiores a sus fuerzas." "Si tú aspiras —dice el famoso diplomático francés Étienne Pasquier en su diálogo entre el filósofo y el príncipe— a dar buenas fronteras a tu Estado, es necesario antes de todo imponer límites a tus esperanzas y a tus aspiraciones."

Ahora bien, ¿dónde buscar esas fronteras? Sully sabía muy bien que Carlomagno había restablecido el Imperio y que, bajo los Capetos, Francia había sido confinada en "los límites estrechos en que permanece hasta el presente". Señala que Francia posee al Sur una frontera natural, los Pirineos. Estima que devolver a Francia su pasada gloria significa incorporar a ella "los territorios vecinos que en otros tiempos le pertenecieron", es decir, Saboya, Franco-Condado, Lorena, Henao, Artois y los Países Bajos. "Pero ¿se puede pretender a todo eso sin provocar el odio de los enemigos y guerras devastadoras? Y la ambición de los propios reyes franceses es para el país más peligrosa que todo el odio de los extranjeros." Francia estaba satisfecha: era lo bastante fuerte como para no temer a nadie y ser temida por todos.

Sin embargo, Sully soñaba con la hegemonía de Francia sobre el mundo civilizado, sobre todas las naciones cristianas. Eso explica el origen del extraño proyecto de acuerdo internacional atribuido por Sully a su rey, aunque debió inventarlo él mismo. "El gran propósito" (*le grand dessein*) de Enrique IV, según Sully, consistía en hacer descender a los Habsburgo hasta el rango de soberanos de la Península Ibérica solamente, expulsar a los turcos y tártaros al Asia, restaurar el Imperio bizantino y, seguidamente, rehacer todo el mapa político de Europa. Esta última sería dividida en seis monarquías hereditarias, cinco monarquías electivas y cinco repúblicas. A la cabeza de todos esos Estados sería puesto un Consejo encargado de mantener la paz universal y de resolver los litigios entre los propios Estados así como entre los soberanos y sus súbditos. El Papa sería el presidente de esta original república de Estados cristianos y su primer ministro sería Francia. El pensamiento secreto de Sully, disimulado tras este proyecto, era claro: debilitar a los enemigos de Francia, fortalecer a sus vasallos, rodearla de un cinturón de Estados neutrales que jurídicamente estarían bajo su protección y de hecho obedecerían las órdenes que ella le diera. Tal era este fantástico "gran propósito" del primer servidor del rey Enrique IV.

El plan de Sully no es conocido más que por sus memorias. La realidad estaba muy lejos de semejantes propósitos. Así lo demostró el propio rey Enrique IV en su política práctica y, todavía más, su sucesor, el cardenal Richelieu, el más importante político de la nobleza en la Francia absolutista.

Sin perder de vista la idea de las fronteras naturales necesarias a su país, Enrique IV siguió en política exterior otro principio, que en aquel tiempo adquirió gran difusión práctica. Era el principio del "equilibrio político". Si el Estado del siglo XVI se convertía en nacional, es decir, si se basaba en la unidad económica del territorio y, en relación con ella, en la unidad de lengua y de cultura, en sus relaciones con los otros Estados trataba de proteger esa entidad única de toda agresión. Prácticamente, en la política exterior esto conducía a la aspiración de conservar la relación de fuerzas históricamente establecidas entre los Estados europeos, de crear un contrapeso a la potencia que se reforzase rápidamente; las conquistas de los fuertes debían ser acompañadas de compensaciones a los débiles al objeto de restablecer el "equilibrio".

Bien es cierto que tales "principios" sólo permanecían en vigor en tanto era imposible o peligroso violarlos por la fuerza.

Enrique IV siguió esta política mientras resultaba peligroso redondear y ampliar por otros medios las fronteras de Francia. "Estoy conforme —decía— en que el país cuyos habitantes hablan el español debe quedar bajo la dominación de España, y el país donde se habla en alemán debe pertenecer a Alemania. Pero las tierras donde la población habla en francés me deben pertenecer a mí."

Prácticamente, Enrique IV se marcaba dos propósitos: debilitar el poderío de

los Habsburgo y apoyar el equilibrio existente entre las potencias europeas, que resultaba ventajoso para Francia. A este fin continuó manteniendo relaciones amistosas con Inglaterra, que le había ayudado, en su calidad de protestante y de enemiga de España, a apoderarse del trono francés. No obstante, en secreto, se oponía a los planes de los marinos y comerciantes ingleses, lo mismo que a los manejos de los diplomáticos de Inglaterra en Italia y Oriente, donde, según es sabido, Francia se había establecido con pie firme bajo el reinado de Francisco I.

Como consecuencia de ello, los embajadores de Enrique IV en Londres —Tumery, Harlay de Beaumont y La Borderie— se encontraron siempre en presencia de un problema bastante difícil: conciliar la amistad con Inglaterra y una resistencia a las aspiraciones de esta potencia a ocupar una posición predominante.

Siempre con el propósito de debilitar a los Habsburgo, Enrique IV contribuyó a la conclusión de la paz entre España y Holanda. De este modo, el rey francés contribuyó a hacer reconocer a España la independencia de las siete provincias septentrionales de los Países Bajos que se habían separado de ella.

En Oriente, en Turquía, gracias a la feliz actividad diplomática de sus embajadores Savary de Brèves y Jean de Gontaut-Biron, Enrique restableció la influencia francesa, que se había quebrantado en los tiempos de las guerras religiosas. Los privilegios obtenidos por los franceses en 1535 fueron restablecidos enteramente en 1604; todas las naciones que desearan mantener comercio con Turquía debían enviar a este país sus barcos bajo pabellón francés. La única excepción la constituían los ingleses, que a fines del siglo XVI (1599) habían sabido obtener del sultán el derecho a entrar en los puertos de éste bajo pabellón propio.

La amistad de Enrique IV con el sultán servía para amenazar al emperador (Habsburgo) con una invasión de los ejércitos turcos, y al rey de España (también Habsburgo) con un ataque de la flota turca. Lo uno y lo otro eran garantía de la seguridad de Francia. Al mismo tiempo, sin embargo, Enrique dejaba a sus amigos y admiradores piadosos, pero ingenuos, extender rumores sobre sus cristianísimos propósitos de conquistar Oriente, de expulsar al sultán de Europa y de proclamar contra él una cruzada.

En relación con los príncipes alemanes, Enrique seguía también la política realista heredada del siglo XVI. Su representante Bongars aseguraba a los príncipes protestantes que la conversión del rey al catolicismo no debía inquietarles; que la amistad del rey hacia ellos no había sufrido cambio alguno, lo mismo que su voluntad de seguir defendiendo la "secular libertad alemana". Porque si los príncipes eran fuertes, eso traía la debilidad del emperador, un Habsburgo enemigo eterno de Francia. Enrique IV logró, por fin, crear una coalición contra los Habsburgo e iniciar la lucha contra ellos, pero el puñal de Ravaillac puso fin a su vida (1610).

La diplomacia de Richelieu.

Después de varios años de perturbaciones, relacionadas con la minoría de Luis XIII, el cardenal Richelieu, primer ministro y verdadero soberano de Francia, tomó el poder con mano firme. Richelieu era un representante típico de los intereses de la pequeña y mediana nobleza de su tiempo, cuando la monarquía de los nobles marchaba aún en línea ascendente. En política exterior continuó la orientación "realista" de Enrique IV, y todos los esfuerzos de su diplomacia tendieron a dar a Francia sus "fronteras naturales", testimonio del poderío creciente de la monarquía francesa, y a conservar el "equilibrio político", o más simplemente, a debilitar a los Habsburgo. Resulta difícil decir si Enrique IV pensaba o no en el Rin como frontera oriental de Francia. Aunque algunos contemporáneos hayan

Sully

6 monarquías
5 repúblicas
Principios
franceses
equilibrio

Principio
equilibrio
político

atribuido al rey semejantes intenciones, en todo caso, la idea fue netamente expresada por Richelieu. En 1633, es decir, ya después de la derrota de los hugonotes franceses (la toma de La Rochela tuvo lugar en 1628), el cardenal escribía a Luis XIII que si el rey se aliaba con los príncipes protestantes de Alemania contra la casa de Austria, aquéllos le cederían todo el territorio hasta el Rin. El camino del Rin pasaba por Lorena. Si esta última era incorporada, se podía, poco a poco, extender las posesiones de Francia hasta el Rin e incluso ser partícipe de la división de Flandes en el caso de un levantamiento de éste contra España.

Richelieu comprendía que había de obrar no sólo con las armas y la diplomacia, sino también a través de la propaganda. La aparición del primer periódico data de esa época, y el cardenal lo puso inmediatamente al servicio de su política. También recurrió a los argumentos jurídicos para apoyar sus pretensiones. "El emperador no tiene ningún derecho a los territorios que se extienden sobre la orilla izquierda del Rin —se dice en un folleto de este tiempo titulado *Cuál es el medio más seguro para incorporar a Francia los ducados de Lorena y de Bar—* porque este río ha constituido durante quinientos años la frontera de Francia. Sus derechos descansan en la usurpación".

El publicista Chantreau-Lefèvre, a sueldo del cardenal, pero que le servía con entusiasmo, afirma que los antiguos francos habían conquistado la Galia, es decir, el inmenso espacio situado entre el Océano y el Mediterráneo, limitado por el Rin, los Pirineos y los Alpes. Conocido desde tiempos inmemoriales con el nombre de Galia de los belgas, los celtas y los aquitanos, se podía considerar como el territorio integrante de Francia. Chantreau-Lefèvre incluía, pues, en Francia a Alsacia y Lorena, Saboya y Niza, en una palabra, todo lo que Francia ganó posteriormente en la época de su poderío y de sus éxitos militares. Según él, la paz de Europa quedaría garantizada cuando Francia recibiese estos territorios. De lo contrario, Europa se encontrará bajo los golpes de aquel que, habiendo ocupado territorios y Estados de la corona franco-gala, trate de apoderarse del resto, de esclavizar a los soberanos cristianos y de crear una quinta monarquía con el propósito de engullirse todo el Occidente. Chantreau-Lefèvre hacía, pues, alusión a la política de la casa de Austria. El resultado de estas especulaciones teóricas de los publicistas franceses aparece claramente en los artículos del tratado de Westfalia (1648), que durante largo tiempo dejaba desmembrada a Alemania.

El propio Richelieu no estaba muy lejos de los proyectos de sus publicistas. Su "testamento político" contiene esta frase: "El objetivo de mi gobierno ha sido devolver a Francia los límites establecidos por la naturaleza, dar a los galos un rey gallo, colocar a Francia en todos los lugares donde estuvo la Galia, levantar una Galia nueva en el lugar donde estuvo la antigua."

La Guerra de los Treinta Años y la paz de Westfalia.

Durante el ministerio de Richelieu (1624-1642), la amenaza de un nuevo robustecimiento de los Habsburgo se cernió de nuevo sobre Francia. A fines del siglo xvi la presión de los turcos sobre las posesiones de los Austrias se había debilitado, y estos últimos volvieron una vez más sus miradas hacia Alemania, esperando restablecer allí su influencia y el poder imperial, quebrantado por la Reforma.

La lucha del emperador por subordinar a su persona a los príncipes alemanes revestía, en buena parte, apariencias religiosas. Era la "reacción católica" contra el protestantismo, el cual, como habíamos dicho, fortaleció a los príncipes alemanes y había sido la bandera de su resistencia al Imperio. Fernando II soñaba con una Alemania unida bajo un poder ilimitado y absoluto. Así empezó la Guerra de los

Treinta Años (1618-1648), la última tentativa del Imperio para someter a Alemania. Si estos proyectos se hubiesen realizado, una formidable potencia habría surgido junto a Francia. Richelieu hizo los mayores esfuerzos para impedirlo. Tuvo que seguir la política tradicional de Francia en apoyo de los príncipes protestantes contra el emperador católico, aunque al mismo tiempo descargaba sus golpes sobre los protestantes franceses en La Rochela. Inició negociaciones con el rey de Dinamarca, el cual tenía el incremento del poderío del emperador en el norte de Alemania y en las costas de los mares del Norte y Báltico, por lo que aceptó de buen grado los subsidios de Inglaterra y Holanda e inició la guerra contra el Imperio. Cuando el rey de Dinamarca fue derrotado, Richelieu, que por aquel entonces había terminado con los hugonotes, puso en juego todo su arte de diplomático para levantar contra los Habsburgo las fuerzas de Suecia y de su valeroso jefe el rey Gustavo Adolfo.

Su mano derecha en todas las empresas fue un monje capuchino, el padre José (Père Joseph, 1577-1638), uno de los más notables diplomáticos de su tiempo. El historiador Fagniez, a través de numerosos documentos encontrados en los archivos, nos ha revelado el verdadero papel de este consejero. El "monje apuesto" o "eminencia gris", como le llamaban frecuentemente, trabajó sin descanso en el silencio de los gabinetes diplomáticos al servicio de Francia y para la gloria de su rey. Los sueños medievales acerca de una nueva cruzada se mezclaban caprichosamente en su cabeza con la política realista de su jefe el cardenal. Los sueños permanecieron en el campo de la fantasía; el soñador se vio obligado a ejecutar lo que era real. El padre José enviaba a los países de Levante, Marruecos y Abisinia numerosos misioneros que, a la vez, eran agentes diplomáticos; creía que sus sueños sobre una cruzada podían ser realizados sólo después de humillar definitivamente al emperador y de convertir a los príncipes alemanes en vasallos del rey de Francia. El padre José trabajó activamente para ganarse a los electores. Un éxito suyo fue la amistad de Baviera con Francia. A partir de 1633 dirigió la política alemana de Francia; fue un partidario ardiente de la intervención directa de Francia en la Guerra de los Treinta Años, y así, justamente con su ministro, preparó el triunfo de la política francesa a fines de la primera mitad del siglo xvii.

Entre 1630 y 1640, los mejores diplomáticos franceses, Fancan, Charnacé y alguno otro, fueron enviados a Alemania para conseguir el apoyo de los príncipes protestantes. En 1631, Richelieu se alió con Gustavo Adolfo de Suecia. Ambas partes se comprometían a "restaurar la libertad de Alemania", es decir, a levantar a los príncipes contra el emperador y a restablecer el orden de cosas existente hasta 1618. Francia se comprometía a entregar al rey de Suecia un subsidio anual de un millón de libras; Gustavo Adolfo prometía enviar a Alemania treinta mil hombres de infantería y seis mil de caballería para las acciones contra el emperador. Suecia se convertía, pues, en mercenario directo de Francia, con la misión de mantener el fraccionamiento político de Alemania y de impedir el acrecimiento del poder imperial. Sin embargo, Suecia tenía sus razones cuando se dejó ganar tan fácilmente. Sus propios intereses en el Báltico se habrían visto amenazados si el emperador, después de vencer al rey de Dinamarca, se adueñaba del litoral del Báltico. Así, pues, surgía de nuevo el problema de la supremacía en el Báltico. En el siglo xvii Suecia era el Estado más fuerte de Escandinavia. Durante el período de los trastornos internos el Estado de Moscú había perdido sus posesiones en el golfo de Finlandia, que tanto se esforzara por ensanchar Iván el Terrible. Después de haber ocupado la costa oriental del golfo de Finlandia y el golfo de Riga, los suecos aspiraban a apoderarse de todo el litoral del Báltico y construyeron fortalezas en las desembocaduras de los ríos grandes, que servían a los propietarios polacos y prusianos para

francia
y
Suecia

cap. Equilibrio

exportar su trigo a Europa occidental, beneficiándose del impuesto que les hacían pagar. Después de la muerte de Gustavo Adolfo (1632) Francia intervino directamente en los asuntos alemanes; en nombre de la decantada "libertad" alemana deystó sistemáticamente la Alemania occidental; la larga guerra, que asoló el país y sepultó definitivamente toda esperanza de su unificación política, no terminó hasta 1648.)

Con la paz de Westfalia la historia de la diplomacia inicia de ordinario la era de los congresos europeos. Dicha paz fue precedida de largas negociaciones, que comenzaron en las ciudades de Osnabrück y Münster, en Westfalia. En la primera de ellas se reunían los representantes del emperador, de los príncipes protestantes alemanes y de Suecia; en la segunda lo hacían los embajadores del emperador, de Francia y de otras potencias católicas. Todos los esfuerzos del embajador imperial, el hábil diplomático Trautmansdorff, tendían a dar satisfacción a los apetitos de Suecia, a apartarla de Francia y a crear un ambiente favorable para el Imperio. Sin embargo, Suecia permaneció firmemente atada al carro francés, dirigido ya en este tiempo no por Richelieu (muerto en 1642), sino por el cardenal Mazarino, nuevo dirigente de la política francesa. Mazarino, excitando al elector de Brandeburgo contra las desmesuradas pretensiones de Suecia sobre la costa meridional del Báltico, neutralizó tales pretensiones, obligando a Suecia a no separarse de Francia. Trautmansdorff no pudo conseguir más que una cosa: el mantenimiento de la unidad política de la futura Austria, oponiéndose a un nuevo fraccionamiento de sus posesiones. Las condiciones definitivas de la paz fueron suscritas en Münster (24 de octubre de 1648), a donde poco antes habían llegado los plenipotenciarios que se hallaban en Osnabrück.)

[La importancia de la paz de Westfalia consiste en haber establecido para un largo período el régimen interno de Alemania, consolidando su desmembramiento político y suprimiendo de hecho el Imperio.]

Por otra parte, al delimitar las fronteras de los Estados del continente europeo, el tratado de Westfalia es el documento del cual se derivan todos los pactos subsiguientes hasta fines del siglo XVIII, es decir, hasta la revolución burguesa en Francia.

Los príncipes alemanes adquirieron el derecho a mantener una política exterior independiente, a concertar tratados con las potencias extranjeras, a declarar la guerra y concluir la paz, cierto que con la reserva de que su política exterior no iría dirigida contra el Imperio. La cláusula, por lo demás, carecía prácticamente de valor. Suecia obtuvo la desembocadura de todos los ríos tributarios de los mares Báltico y del Norte, ríos por los cuales eran transportados los cereales de Europa oriental a Holanda e Inglaterra. Francia obtuvo Alsacia (excepto Estrasburgo) y confirmó su conquista de los tres episcopados: Metz, Toul y Verdún. Así, el principio francés de las "fronteras naturales" empezaba a tomar cuerpo. El tratado de paz confirmaba también la independencia de Holanda, lo mismo que la de Suiza, que hasta entonces había sido tributaria del Imperio. Francia y Suecia garantizaban el cumplimiento del tratado.)

[El tratado de Westfalia era el triunfo de la política de Richelieu, aunque es este tiempo el cardenal no se contaba ya entre los vivos.] Su continuador el cardenal Mazarino, que estaba en el poder en el momento de ser ultimadas las condiciones de Osnabrück y Münster, concertó más tarde, en 1659, la paz de los Pirineos con España, contra la cual había combatido en alianza con Inglaterra, en aquel tiempo gobernada por Cromwell. Esta paz, en virtud de la cual Francia adquiría una parte de Luxemburgo, Rosellón, Artois y Henao, junto a la paz de Westfalia, preparó la hegemonía de Francia en Europa.)

El más peligroso de los adversarios de Francia —el Imperio— prácticamente

había dejado de existir. Triunfaban la "secular libertad alemana" en Alemania y la "libertad política" en Italia. [Tras esa "libertad" quedaba asegurado el fraccionamiento político y la impotencia de estos dos países europeos, con los que Francia podía ya obrar a su antojo. Se comprende muy bien que Mazarino pudiera ahora imponer tranquilamente a sus desgraciados vecinos unas "fronteras naturales" invocando los tiempos de los antiguos galos, o de la monarquía de Pipino y de Carlomagno, como prueba de los derechos reales y supuestos de Francia sobre los territorios en litigio.]

Estos derechos trató de ampliarlos Luis XIV, el "Rey Sol". Bajo su reinado (1643-1715) entró el absolutismo francés en la etapa de su máxima gloria y de su mayor relieve internacional. Pero ya en la segunda mitad de ese reinado, el absolutismo francés empieza a declinar.

La diplomacia de Luis XIV

La situación política internacional en la primera mitad del reinado de Luis XIV fue extraordinariamente favorable para Francia. Los tratados de Westfalia y de los Pirineos probaban la completa humillación de los Habsburgo alemanes y españoles, enemigos tradicionales de Francia. La restauración de los Estuardo (1660) y su política reaccionaria habían debilitado su influencia internacional. Carlos II, en continuas querellas con el Parlamento, trató de buscar fuera del país un apoyo contra sus propios súbditos, pudiendo decirse que se hallaba a sueldo del rey francés. Francia no tenía ya rivales de consideración en Europa. No había otra corte más brillante que la francesa; todos los soberanos europeos temían al rey de Francia; el francés se convirtió en la lengua oficial de la diplomacia y de los tratados internacionales.)

En la primera mitad del reinado de Luis XIV su primer ministro o administrador general de Finanzas fue Colbert, el mayor estadista de Francia en el siglo XVII. Aunque Luis XIV acostumbraba a decir que él mismo era su primer ministro, de hecho los asuntos del Estado se hallaban en manos de Colbert, que hizo mucho para implantar en Francia las manufacturas, protegiendo por todos los medios los intereses de la industria y del comercio, y fue uno de los partidarios más consecuentes del mercantilismo. Enormes territorios de América del Norte, en la cuenca del Misisipi (Luisiana), fueron declarados posesiones francesas, aunque la colonización de Francia en América había comenzado ya a mediados del siglo XVII con la adquisición de Acadia y otras tierras.

Entre la importantísima correspondencia de Colbert que ha llegado hasta nosotros figuran sus instrucciones a los embajadores y representantes de Francia en el extranjero, documentos que prueban cómo este ministro se interesaba por el comercio y la burguesía de su país. Ya en 1661, en un memorándum al rey, Colbert escribía: "Si al poderío natural de Francia puede el rey unir la fuerza que representan la industria y el comercio..., la grandeza y el poderío del rey se acrecentaría de una manera extraordinaria." Indica también al rey, no sin cierta envidia, que sus vecinos los holandeses poseían 16.000 barcos, mientras que los franceses no tenían más que 1.000 y se veían obligados a servirse de los barcos holandeses para comunicarse con sus posesiones americanas. En realidad, los propósitos de Colbert eran debilitar el poderío económico de la república burguesa de Holanda. No se oponía a los planes de conquista de Luis XIV siempre y cuando los proyectos de este "sucesor de Carlomagno" fuesen beneficiosos para la burguesía francesa y, al mismo tiempo, para el Tesoro. Por eso, el "Rey Sol" se dedicó en los primeros tiempos a demostrar que los antiguos galos habían sido los dueños de Bélgica.

Ahora bien, ni Colbert, ni mucho menos Luis XIV, despreciaban la capacidad de resistencia de Holanda. Por su parte, Holanda, temiendo la vecindad inmediata de un Estado tan poderoso como Francia, se convirtió en el siglo XVII en el alma de todas las coaliciones provocadas en Europa contra el espíritu agresivo de los franceses. La lucha iniciada con la tentativa de Francia de conquistar a Bélgica marca el comienzo de una serie de "guerras comerciales" en las que toman parte Francia, Holanda e Inglaterra, guerras que las tres potencias más fuertes, económicamente mantuvieron para asegurarse el predominio marítimo y colonial.

Las guerras de Luis XIV

Las cuatro guerras que Luis XIV mantuvo bajo su reinado son muy instructivas desde el punto de vista de la historia de la diplomacia. La primera de ellas fue provocada por los deseos franceses de apoderarse de Bélgica, es decir, de la parte de los Países Bajos que después de la revolución holandesa había quedado en manos de España. Conforme al espíritu del tiempo, el pretexto fue puramente dinástico. Argumentando que el nuevo rey de España, Carlos II (1665-1700), hijo de Felipe IV, proclamó, en nombre de su esposa, sus pretensiones sobre Bélgica, Holanda se opuso, recelosa de que luego le tocara a ella la vez. El conflicto armado fue precedido por una guerra aduanera. En 1667, Colbert estableció tasas prohibitivas contra Holanda, la cual respondió haciendo retirar de sus mercados los artículos franceses, y concluyó alianzas con Inglaterra y Suecia. Aunque la guerra fue de corta duración (1667-1668), demostró que toda acción agresiva de Francia provocaba una coalición contra ella. Luis XIV se limitó por ello a anexionarse, por la paz de Aquisgrán, Lille y algunas otras fortalezas fronterizas, ocupándose acto seguido de la preparación diplomática de un nuevo conflicto armado. Apartó a Suecia de la alianza con Holanda, concedió una subvención a Carlos II de Inglaterra y se lanzó a una nueva guerra (1672-1679). Los franceses estuvieron a punto de apoderarse de Amsterdam, pero los holandeses hicieron saltar los diques e inundaron el país, mientras que su flota derrotaba a la escuadra anglo-francesa. En auxilio de Holanda acudió el elector de Brandeburgo Federico Guillermo (el "gran elector"), quien prefería tener como vecino de sus posesiones del Rin a un país relativamente débil como Holanda, y no a la poderosa Francia. Contra ésta se levantaron los Habsburgo alemanes y españoles y, finalmente, todo el Imperio. La política dinástica de Carlos II de Inglaterra provocó el descontento de sus propios súbditos: en el siglo XVII, las clases dominantes de Inglaterra empezaban ya a ver en Francia a su rival más fuerte. Los ingleses obligaron a su rey a romper la alianza con Francia y a poner fin a la guerra. Un éxito diplomático de Francia fue la incorporación de Suecia a la guerra contra Brandeburgo, pero el elector Federico Guillermo infligió a los suecos una derrota decisiva en Fehrbellin (1675). Francia tuvo entonces que aceptar la paz (de Nimega, en 1679), en virtud de la cual adquiría algunos otros puntos en Bélgica (Cambray, Valenciennes) y la región del Franco-Condado, en el Este.

La paz de Nimega

Esta paz marcaba el apogeo del poderío francés en Europa. Aprovechando la debilidad política del Sacro Imperio Romano, Luis XIV comenzó a apoderarse de los territorios alemanes limítrofes con Francia. Fueron creadas unas "cámaras de reunión" en las que los juristas franceses establecían los "derechos" del rey sobre unos u otros territorios del Imperio. En 1681, Luis XIV se apoderó por sorpresa

de Estrasburgo. Como en este momento los turcos empezaban a moverse y el peligro de una invasión se cernía sobre la misma Viena, el Imperio y España, por el tratado de Ratisbona (1684), hubieron de reconocer todas estas adquisiciones.

La rivalidad franco-holandesa. Guillermo III de Orange. Oxenstierna.

El continuo fortalecimiento de Francia produjo alarma en toda Europa: Holanda formó una nueva coalición contra ella. A la cabeza de la República Holandesa se encontraba entonces un notable político y diplomático, el estatúder Guillermo III de Orange (1672-1702), quien ya durante la segunda guerra de Luis XIV había insistido en romper los diques, evitando con ello que Amsterdam cayera en manos de los franceses. Inmediatamente después de la paz de Nimega se lanzó a una enérgica campaña diplomática con el fin de aislar a Francia, el más peligroso de los enemigos. En su correspondencia con el emperador y con el elector de Brandeburgo expuso grandes planes para la lucha en común contra Francia. A su arte diplomático se debió la formación de una alianza secreta defensiva —la Liga de Ausburgo— contra los franceses. En la Liga entraron el emperador, España, Holanda, Saboya, algunos príncipes alemanes de poca monta y, lo que era más importante, Suecia, la vieja "amiga" de Francia. CONTRA FRANCIA

En la política de Suecia se había producido un viraje. Durante la primera mitad del siglo XVII este país, interesado en el debilitamiento del Imperio, mantuvo su alianza con Francia y obró a menudo instigada por ella, en razón de los subsidios de París. El fortalecimiento de Francia en la segunda mitad del siglo XVII y sus intentos de apoderarse de Bélgica y Holanda, que tenía en sus manos las exportaciones suecas, provocaron sus recelos. El notable diplomático sueco Oxenstierna consideraba que, en aquella situación, Suecia debía aliarse con las potencias marítimas, con Inglaterra y Holanda, pues ambas estaban interesadas en ver a Francia debilitada. Al mismo tiempo marcó a su diplomacia otro objetivo: utilizar la rivalidad de ingleses y holandeses en el mar y conseguir las condiciones más ventajosas para el comercio sueco. En 1680, Oxenstierna se hizo cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores, y ya en 1681 pactaba con Guillermo de Orange una alianza contra Francia. Era un golpe maestro en el juego diplomático de Guillermo de Orange y de Oxenstierna. Después de la "gloriosa revolución" (1688), y de la expulsión de Jacobo II Estuardo, Guillermo de Orange se convirtió en rey de Inglaterra. El cerco de enemigos se estrechaba alrededor de Francia, que a partir de este período entra en una prolongada fase de lucha contra Inglaterra, luchas que ocupan toda la historia de las relaciones internacionales del siglo XVIII.

Aunque la situación de Luis XIV se había complicado, siguió sus conquistas en el Rin.

Colbert, que frenaba al rey haciéndole ver la insuficiencia de recursos, había muerto. El ministro de la Guerra, Louvois, era un representante genuino de la nobleza francesa, ávida de gloria militar y siempre dispuesta a combatir para la "gloria del rey" sin preocuparse de las posibilidades del país. Empezó la tercera guerra (1688-1697), que dejó extenuadas a ambas partes. Pero ni esto siquiera detuvo a Luis XIV. Su cuarta y última guerra —la guerra de Sucesión española— iba a ser una verdadera ruina para Francia.

2. LA DIPLOMACIA DE LA REVOLUCIÓN BURGUESA DE INGLATERRA (1640-1660).

La diplomacia de la revolución burguesa de Inglaterra ocupa un lugar específico en la historia diplomática de Europa. La revolución llevó al poder a hombres que personificaban los intereses del desarrollo del país por los cauces burgueses.

Los diplomáticos de la revolución burguesa de Inglaterra siguieron la conducta que los corsarios, armadores y comerciantes ingleses habían mantenido sin recurrir a la ayuda de su gobierno. Ahora eran ellos los que detentaban el poder: su gobierno fue en un principio el Parlamento, expresión de sus intereses; luego fue el dictador Oliverio Cromwell, este Robespierre de la revolución inglesa —según la expresión de Marx—, que luego se convirtió en su Napoleón.

La diplomacia del Parlamento Largo.

En los primeros tiempos, cuando se decidía la lucha entre el rey y el Parlamento, entre el feudalismo y el capitalismo, la política de la revolución inglesa mostraba el sello de una total indiferencia hacia lo que pudiera ocurrir en Europa. Esto puso a la revolución a salvo de una intervención del continente en favor del rey y del sistema feudal. Por lo demás, las monarquías continentales no comprendían el alcance de los acontecimientos y les preocupaba poco cuanto estaba sucediendo en Inglaterra: no temían la revolución porque se sentían en la plenitud de sus fuerzas y no sabían lo que ello pudiera significar. De ahí que la guerra civil pudiera transcurrir en Inglaterra sin estorbo alguno. Todos los intentos de Carlos I por lograr la ayuda de Francia resultaron infructuosos: únicamente contribuyeron a desacreditarle por completo cuando la correspondencia diplomática del rey cayó en manos del Parlamento a raíz de la batalla de Naseby (1645); que decidió la suerte de la lucha.

La clase victoriosa —la nobleza de nuevo cuño y la burguesía—, una vez adueñada del poder y después de llevar a cabo, en beneficio propio, una redistribución de las riquezas, ansiaba el establecimiento de un orden sólido, quería reanudar las relaciones comerciales y diplomáticas normales con las potencias del continente. Los hombres del "saco de oro", enriquecidos con la venta de bienes y tierras de los enemigos de la revolución, con los arriendos, la percepción de impuestos y los empréstitos estatales, se hallaban dispuestos a lanzarse a la conquista del mercado europeo con el mismo ardor que habían puesto en la defensa de la "causa de Dios", es decir, de su revolución burguesa, frente a los enemigos de la derecha y de la izquierda. Se esbozó el programa oportuno, que comprendía la lucha en el mar contra los principales adversarios y contra los rivales comerciales de Inglaterra: Holanda, España y Francia. Los fanáticos puritanos llamaban a la República a una lucha sin cuartel contra Holanda. "Dios —decía uno de ellos— entregó Holanda a los ingleses: allí deben ser dirigidos los justos a fin de derrocar a la libertina Babilonia y establecer en el continente el reino de Cristo."

Por lo demás, una vez hubieron alcanzado el poder, los "hombres de Dios", a pesar de todo su fervor religioso, jamás olvidaron sus intereses terrenos. Su espíritu práctico y su realismo dieron motivo a la reina Cristina de Suecia para decir al embajador inglés, Whitelocke: "Vosotros, los ingleses, sois falsos e hipócritas. No me referiré a vuestro general (a Cromwell), ni a vos personalmente, pero se me figura que en Inglaterra son muchos los que, confiados en obtener beneficios, muestran más santidad de la que tienen en el alma."

Hacia mediados del siglo XVII la política exterior y la diplomacia de la revolu-

ción inglesa estaban dirigidas por el Parlamento. Al ser disuelto éste en 1653, el poder quedó concentrado íntegramente en las manos de Cromwell. Entonces, la primera tarea de la diplomacia inglesa consistió en restablecer las relaciones diplomáticas y comerciales normales con las potencias del continente. Los agentes diplomáticos de estas últimas, en la mayoría de los casos, seguían en Londres, aunque se abstendían de entrar en contacto con el nuevo gobierno al carecer de cartas credenciales de sus monarcas, que no se daban mucha prisa en reconocer a la República.

Es sabido que el gobierno francés llegó tarde en su gestión en favor de Carlos I, condenado a muerte; que Bellièvre, su embajador, no pidió siquiera una entrevista con él. Sin embargo, tal conducta fue justificada más tarde por el Consejo Real.

El gobierno más favorable a la República era el de España, el más intolerante de todos los Estados europeos; cuyo embajador en Londres, don Alonso Cardena, aun desprovisto de cartas credenciales, recibió los poderes necesarios para entrar en conversaciones secretas con el gobierno republicano. La razón de esta actitud era el deseo de España de adelantarse a su vieja rival, Francia, y, a través de los ingleses, molestar a los portugueses, que poco antes (1640) se habían separado de España. Los portugueses se encontraban en una situación muy tensa con Inglaterra a causa de la ayuda que Portugal prestaba a los corsarios realistas que asaltaban los barcos mercantes de los republicanos.

Por aquel entonces las relaciones anglo-francesas comenzaron a enfriarse. Ya antes de la ejecución de Carlos I, el gobierno francés, considerando que Inglaterra, absorbida por las luchas intestinas, se hallaba definitivamente debilitada, prohibió la entrada en el país de artículos ingleses de lana y seda (1648). El Parlamento inglés respondió prohibiendo la importación de vinos de Francia.

El cardenal Mazarino, entonces en el poder, se había esforzado en obtener de Inglaterra concesiones en este punto, pero el encargado de negocios francés en Londres, Croullet, había sufrido un fracaso completo. Los ingleses le habían contestado que "así como, a pesar de su anterior fe en el rey, prescindieron fácilmente de él, de la misma manera prescindirían del vino francés". Empezó una guerra aduanera. Se llegó incluso a la captura mutua de barcos mercantes y hasta a las operaciones militares, aunque sin un rompimiento formal de hostilidades. Cardena aprovechó hábilmente la tirantez entre Francia e Inglaterra y consiguió de la corte de Madrid nuevas cartas credenciales (diciembre de 1650), haciendo creer a su rey que él, al ser el primero en reconocer a la República, podría obtener grandes ventajas. Las ventajas no fueron muy grandes, pero lo que sí logró fue la humillación de su enemigo y rival, de Francia. En diciembre de 1650, Cardena fue recibido solemnemente por el Parlamento, haciendo entrega de sus cartas, mientras que Croullet era detenido aquel mismo día y no tardaba en ser expulsado de Inglaterra. Se ha conservado una carta autógrafa del embajador francés a Mazarino en la que le daba cuenta de sus infortunios y describía la solemne recepción dispensada por el Parlamento al embajador de España.

Tres comisarios del Parlamento, entre los cuales se encontraba el conde de Salisbury, acudieron en carrozas del gobierno en busca de Cardena, al que acompañaban treinta o cuarenta vehículos, ocupados por nobles ingleses y españoles, cuando se dirigía al Parlamento. El itinerario estaba cubierto por dos regimientos de caballería, y uno de infantería le daba escolta. En el Parlamento tenía reservado un sillón especial para él. Después de tomar asiento, Cardena presentó al *speaker* sus cartas credenciales, escritas en latín, y pronunció en español un largo discurso en el que expresaba su satisfacción de ser el primero, en nombre de un poderoso monarca cristiano, en reconocer a esta Cámara como el poder supremo de la nación.

Por desagradables que fuesen estos sucesos para los franceses, Mazarino y Colbert, entonces auxiliar del omnipotente cardenal, que protegía los intereses de la burguesía francesa, se vieron obligados a pedir el restablecimiento de las relaciones diplomáticas normales con Inglaterra. Los comerciantes franceses, cuyos barcos eran asaltados por los corsarios ingleses, empujaban a su gobierno en este sentido. En un memorándum, redactado en 1650, Colbert escribía al rey lamentándose de las dificultades por que atravesaba el comercio francés:

"Desde que, en razón de circunstancias desfavorables, los ingleses nos hacen la guerra... nuestro comercio se repondrá difícilmente mientras sufra de la venganza de los ingleses... Para mejorarlo hacen falta dos condiciones: la seguridad y la libertad, y no podemos conseguir las sin restablecer las relaciones de buena vecindad con Inglaterra. El punto sobre el cual los ingleses insisten más —concluía Colbert— es el reconocimiento de su república, y en este sentido los españoles se nos han adelantado. Es de temer una alianza más estrecha todavía en vista de los manejos del embajador español en Inglaterra. Francia será perdonada por los hombres y por Dios si se ve obligada a reconocer esta república a fin de impedir los proyectos hostiles de los españoles, que cometen toda suerte de injusticias y están dispuestos a toda clase de alianzas para perjudicarme."

El propio cardenal estaba dispuesto a cometer "una vileza", es decir, a reconocer la República a cambio de una buena recompensa; en otros términos, a cambio de una alianza de Inglaterra contra España. Tanto mayor era el celo de Mazarino en normalizar las relaciones con Inglaterra cuanto sus enemigos, los partidarios de la Fronda, se mostraban dispuestos a entenderse con la República, aun temiendo cometer una acción indigna del honor de verdaderos católicos y de buenos franceses. Mazarino, admirador de la fuerza y lector asiduo de Maquiavelo, no conocía tales escrúpulos. Comprendiendo muy bien que en 1652 no era ya el Parlamento el que dirigía la política exterior, sino Cromwell, entró en relación con él a través de intermediarios y pronto se le hizo saber que la República no reclamaba más que su reconocimiento por el rey y el nombramiento inmediato de un embajador en Londres. Además, los súbditos de la República debían ser indemnizados de las pérdidas que les causaron los corsarios. Si la lucha que Mazarino sostenía con la Fronda resultaba desfavorable para el cardenal, Cromwell le ofrecía amablemente un asilo en Inglaterra.

Estas condiciones estaban muy lejos de satisfacer al cardenal, pero su situación, lo mismo que la de la corte, se hacía de hora en hora más difícil. Los príncipes de la Fronda habían unido sus esfuerzos a los revolucionarios de Burdeos, que, sostenidos por los ingleses, aspiraban a restablecer sus antiguos fueros. Los españoles se esforzaban, por su parte, para atraer a los ingleses a la alianza con ellos. En estas condiciones, Mazarino no tenía otra salida que aceptar las proposiciones inglesas. En diciembre de 1652 fue enviado a Inglaterra el intendente de Picardía, De Bordeaux, portador de una carta del rey al Parlamento. Según las instrucciones recibidas, se le ordenaba "no decir nada que pueda provocar una ruptura u ofender a los ingleses, a fin de no proporcionarles un pretexto para declararse enemigos de la corona de Francia. Su Majestad estima que es preferible, en este momento, que los ingleses naveguen por los mares y hagan la guerra de corsarios antes de que emprendan algo peor, es decir, antes de que se unan con los españoles o tomen bajo su protección a los rebeldes (los bordeleses)".

La carta del rey estaba dirigida a "nuestros bien amados y grandes amigos los miembros del Parlamento de la República Inglesa". Sin embargo, el Parlamento lo encontró insuficiente, y los franceses debieron cambiar el encabezamiento: "Al Parlamento de la República Inglesa". Después de esto se anunció a De Bordeaux

que el Parlamento estaba dispuesto a recibirle y a escucharle, pero como, propiamente hablando, no era un embajador, no se le concedería audiencia en el Parlamento ni en el Consejo de Estado, y sólo en el Comité de Asuntos Exteriores.

El 21 de diciembre de 1652, el desdichado mensajero del rey de Francia pronunció ante el Comité un discurso en el que declaraba que "la alianza que puede existir entre los dos Estados no depende de las formas de su gobierno. Por eso, si la providencia divina tuvo a bien modificar la forma de gobierno en este país, eso no implica la necesidad de cambiar las relaciones comerciales y el entendimiento recíproco entre Francia e Inglaterra. Esta última ha podido cambiar su forma y transformarse de monarquía en república, pero la situación general no se ha modificado: los dos pueblos siguen siendo vecinos, tienen intereses recíprocos en lo que concierne al comercio, y los tratados existentes entre las naciones son obligatorios no tanto para los soberanos como para los pueblos mismos, puesto que su objetivo principal es la conveniencia mutua". Para terminar, De Bordeaux recordaba que "Su Majestad está dispuesto a satisfacer las justas demandas de los navieros ingleses que han sufrido de los corsarios franceses".

Es fácil imaginarse la indignación de la ex reina de Inglaterra, Enriqueta María, cuando supo de estas gestiones de Mazarino. En una carta a su segundo hijo, el futuro rey Jacobo II, escribía: "Hijo mío, te escribo esta carta para informarte... de que de aquí ha sido enviado a Inglaterra un embajador que llevaba el reconocimiento de esos viles traidores, a pesar de todas las protestas que nosotros hemos podido formular. Te confieso que desde el momento de mi gran desgracia (es decir, la ejecución de su marido, Carlos I) no había sufrido nada semejante."

El acuerdo con Francia tomó su forma definitiva algo más tarde, en 1655, después de muchas dilaciones durante las cuales Cromwell, jugando con las contradicciones franco-españolas, logró de Francia otras concesiones.

Muy otra era la situación en cuanto a Holanda, el Estado marítimo y comercial más poderoso de Europa en el siglo XVII. Los holandeses eran los rivales más peligrosos de los ingleses en todas partes donde tropezaban los barcos de una y otra potencia. Sus intrigas en Moscú habían traído la supresión de los privilegios concedidos en Rusia a los comerciantes ingleses. El Gobierno del zar Alexei Mijáilovich se había justificado alegando que "los ingleses habían cometido un gran crimen al dar muerte a su monarca, el rey Carlos".

La opinión pública inglesa preconizaba una política más enérgica frente a la República Holandesa: o bien una sólida alianza de las dos potencias marítimas, hasta casi fundirse en un solo Estado, o una lucha a muerte a fin de obligar a Holanda a reconocer la hegemonía inglesa en el mar y en el comercio marítimo. Eso explica las bruscas fluctuaciones de la diplomacia inglesa respecto de Holanda. Habiendo empezado con grandes declaraciones de amistad, Inglaterra terminó con un total rompimiento.

En febrero de 1651, dos embajadores extraordinarios del Parlamento, Saint-John y Strickland, fueron enviados a Holanda con un séquito de cuarenta caballeros y cerca de doscientos servidores. En La Haya fueron recibidos con una solemnidad extraordinaria por una delegación de los Estados Generales, a la que acompañaba un cortejo de veintisiete carrozas. Pero el público reunido manifestó más bien descontento a la vista de los ingleses. Posteriormente, durante su estancia, la embajada pudo convencerse de la impopularidad de los ingleses en este país.

No obstante, en el curso de una audiencia solemne en los Estados Generales, los siete comisarios de la República manifestaron a los embajadores ingleses que las provincias Unidas ofrecían su amistad a la República Inglesa y que estaban dispuestos no sólo a renovar y mantener las buenas relaciones que existieron siempre entre la nación

inglesa y ellos, sino también a concertar con la República un tratado mutuamente ventajoso. En su respuesta, los embajadores ingleses, cogiendo la palabra a los representantes de Holanda, manifestaron que sus proposiciones iban más lejos todavía. "Nosotros proponemos—dijeron—no sólo que la amistad y las buenas relaciones entre la nación inglesa y las Provincias Unidas sean restablecidas y conservadas fielmente, sino también que las dos naciones se unan en una alianza más estrecha y más sincera todavía, de manera que para el bien de ambos países haya entre ellos intereses mutuos más substanciales y más fuertes."

Esta última frase sumió a los holandeses en la perplejidad, y trataron de obtener una declaración más precisa. Pero los ingleses eludieron la respuesta directa, diciendo que eran las Provincias Unidas las que debían hacerlas a la República Inglesa. Por lo demás, la intención de los ingleses estaba clara: proponían a Holanda la fusión con Inglaterra, es decir, la subordinación voluntaria a esta última y, en el caso de una renuncia, romper con ella. Tal era el sentido oculto del abrazo con que los ingleses querían estrechar a los holandeses. La opinión pública del país rechazó indignada la idea misma de tal amistad. El político holandés Jan de Witt había de explicar más tarde la ruptura que se produjo poco después diciendo que, junto a la irritación de los holandeses, la culpa era del "carácter insoportable de los ingleses y de su odio infinito a nuestra prosperidad".

Mientras que las dos partes rivalizaban en declaraciones de amistad, las verdaderas relaciones entre ambas repúblicas se iban haciendo cada vez más tensas. Los ingleses se apoderaban de los barcos holandeses, y la escuadra holandesa, al mando del célebre almirante Tromp, no cesaba en sus cruceros a lo largo de las costas de Inglaterra. Los embajadores ingleses pidieron instrucciones a sus Parlamento, sugiriendo que era preferible su regreso a Londres. Finalmente, ante el silencio de Holanda, el Parlamento hizo presentar sus proposiciones de amistad en forma que se parecían más a un ultimátum. Contenían siete puntos. Las dos repúblicas debían tener una política común; actuando como un Estado único, en las cuestiones concernientes a la guerra y la paz, en los tratados internacionales y alianzas. En ciertos casos, los Estados Generales debían someterse a los acuerdos del Parlamento inglés, incluso en asuntos internos. Como si temiese no ser bien comprendido, el Parlamento agregó, por boca de sus embajadores, que si estas proposiciones eran aceptadas "serían propuestos otros artículos más importantes, que prometían mayores consecuencias para el bien de ambas repúblicas".

Cuando sus proposiciones fueron rechazadas por los Estados Generales, los embajadores de la República Inglesa no tenían otro camino que el de la retirada. Así lo hicieron a principios de julio de 1651, y el 5 de agosto era presentada ante el Parlamento y votada con celeridad extraordinaria, aquel mismo año, la famosa Acta de Navegación de Cromwell, producto característico del mercantilismo del siglo XVII.

Los holandeses comprendieron entonces el verdadero sentido de la amistad que poco antes se les ofrecía. Según el Acta, sólo los barcos ingleses con mando inglés y tripulación compuesta de tres cuartas partes de ingleses podían importar mercancías extranjeras a Inglaterra. Además, a Inglaterra sólo podían ser llevadas mercancías desde los lugares de origen. Holanda, que en el comercio ocupaba preferentemente el papel de intermediaria, quedaba así excluida del tráfico inglés. Las hostilidades entre Inglaterra y Holanda no tardaron en empezar, sin previa declaración de guerra. En este conflicto (1652-1654) Holanda fue derrotada y tuvo que reconocer el Acta de Navegación.

La diplomacia de Cromwell.

La disolución del Parlamento Largo en 1653 y el paso del poder a las manos de Cromwell, en 1654, convirtieron a este último en dictador. Todo el poder y la dirección de la política exterior dependían de él por completo. De hecho, Cromwell era ya dictador bastante antes. Pertenecía a las capas medias de la nobleza y desde los primeros días de la revolución comprendió que había llegado el momento de obrar, pensando en el futuro, sin preocuparse de las costumbres del pasado y sin entregarse a largos debates sobre los derechos del Parlamento y las prerrogativas de la corona. Un escultor lo representó en una actitud tranquila y enérgica, con la espada en una mano y el libro de oraciones en la otra, las dos armas con ayuda de las cuales pretendía resolver, o mejor dicho cortar, las cuestiones más complejas de aquella época agitada. Algunos partidarios dados a la burla decían de él, después de la disolución del Parlamento, que pretendía tener relaciones con el Espíritu Santo y presentaba sus órdenes como si fuesen expresión de la voluntad de Dios. En ello había cierta dosis de verdad. Convencido firmemente de su misión, Cromwell revestía las reivindicaciones de su propia clase social de una prédica en la que se mezclaban las invocaciones a la Biblia y a Dios. Obraba con la rapidez y decisión propias de una clase en ascenso que acababa de ocupar firmemente el poder y no deseaba compartirlo con nadie. El comerciante londinense Morel, que mantenía correspondencia con el cardenal Mazarino, le escribió: "Tenemos más confianza en diez que en doscientos (es decir, en Cromwell y en sus auxiliares directos, y no en el Parlamento). Cuanto mayor sea el secreto, más rápida sea la acción, se hable menos y se haga más, no pasaremos otros cuatro años perdidos en ejercicios de oratoria."

Al tomar posesión de su cargo, Cromwell encargó a su maestro de ceremonias el asegurar a todos los embajadores extranjeros "que el cambio actual no modificará en nada las relaciones y la amistad existentes entre su soberano e Inglaterra". Por su parte, el Consejo de Estado encomendó a cinco de sus miembros los asuntos diplomáticos iniciados antes por el Parlamento. Las circunstancias favorecían la consolidación del poder dictatorial. En junio de 1653, la escuadra inglesa obtuvo una victoria decisiva sobre los holandeses. Holanda quedaba suprimida como rival. Cornelius de Witt se expresó así ante los Estados Generales de las Provincias Unidas: "Mi deber me obliga a decir que al presente el mar y nosotros mismos nos encontramos bajo el poder de Inglaterra."

La guerra prosiguió cierto tiempo, mientras terminaban las negociaciones. En un principio, los ingleses insistían en la fusión de ambas repúblicas, pero Cromwell, persuadido de la necesidad de poner fin cuanto antes a las hostilidades, renunció a ello y consiguió que la paz fuese firmada en junio de 1654. El rey de Dinamarca, los cantones protestantes de Suiza, las ciudades de la Hansa y algunos príncipes protestantes de Alemania del Norte, todos los aliados de Holanda, fueron signatarios de este tratado.

Al propio tiempo, Cromwell concertaba acuerdos comerciales con otros países menos peligrosos para Inglaterra: Suecia, Dinamarca y Portugal.

En 1653, Cromwell había enviado a Estocolmo al diplomático inglés Whiteloke para concluir un tratado con Suecia. "Se trata—dijo Cromwell a Whiteloke—de un asunto de extraordinaria importancia para la República; exceptuando a la reina Cristina, no existe ningún soberano, ningún Estado en toda la cristiandad con los que podamos contar para unirnos con ellos con los lazos de amistad... Vuestra actual designación será el medio mejor para arreglar nuestros asuntos con los holandeses y daneses, y también los asuntos de nuestro comercio." Whiteloke necesitó

muchos esfuerzos para vencer los prejuicios de la nobleza sueca, que observaba con gran irritación los acontecimientos de Inglaterra y estimaba que el Parlamento era "una pandilla de sastres y zapateros".

No obstante, el 28 de abril de 1654 Whitelocke suscribió un tratado de paz y alianza con Suecia. En el tratado con Dinamarca, de septiembre del mismo año, Inglaterra se aseguraba el derecho del paso a través del Sund en las mismas condiciones en que hasta entonces lo habían hecho los holandeses. El tratado con Portugal, cuyo representante debió esperar largos meses la respuesta a sus proposiciones, significó el comienzo de la subordinación económica de este país a Inglaterra. "Hemos suscrito —decía Cromwell— la paz con la corte de Portugal; nuestros comerciantes tendrán allí libertad de culto y el derecho ilimitado a glorificar al Altísimo en sus propias iglesias."

Eso no fue obstáculo para que Cromwell hiciera juzgar al hermano del embajador portugués Pantaleón de Sa; que en compañía de sus amigos había provocado una reyerta junto a la nueva Bolsa de la City londinense, reyerta en la que hubo muertos y heridos. El caballero portugués fue condenado a muerte y decapitado en presencia de un numeroso gentío. Unas horas antes, su hermano, el embajador, deseoso de evitarse tan terrible espectáculo, salió de Inglaterra con el tratado que acababa de suscribir.

Las dificultades fueron mayores en lo que se refiere a España. Este país, que había sido el primero en reconocer a la República Inglesa, a pesar de todos los esfuerzos de Cardena, no llegaba a salvar los obstáculos, y la firma del tratado marchaba con extraordinaria lentitud. El odio de los ingleses a este gran imperio colonial era viejo y comprensible. En cuanto Cromwell fue proclamado Protector, Cardena, temeroso de que Francia se le adelantara, le propuso en conversación privada el apoyo de España para consolidar su poder. En nombre de su rey anunció que España no apoyaría ninguna pretensión de Carlos Estuardo, el hijo del rey inglés decapitado. A cambio de ello pedía una acción conjunta de los dos países contra Francia. Pero Mazarino demostró ser más hábil que el gobierno español. Estaba dispuesto a llamar a Cromwell, en nombre del rey, "hermano", "primo", etc., pero Cromwell pidió que se hiciera llegar al cardenal que no deseaba otro título que el de Protector. Mazarino sugirió que, si así era necesario, estaba dispuesto a expulsar "cortésmente" de Francia a la familia del rey decapitado, ofreciendo, con su alianza, su ayuda pecuniaria. El Protector escuchaba sin prisa las proposiciones de los rivales y, a su vez, presentaba nuevas condiciones. En realidad, tenía ya muy decidido a quién iba a preferir. Francia era fuerte y la lucha contra ella reservaba no pocas sorpresas. España se hallaba en plena decadencia y parecía una presa rica y fácil. España no autorizaba el comercio de los ingleses con sus colonias, y entregaba a la Inquisición a los mercaderes ingleses, todos ellos herejes desde el punto de vista de los españoles. Cromwell pedía a España libertad de navegación en las Indias Occidentales y que se pusiera fin a las persecuciones de la Inquisición. Esto era demasiado para Cardena, quien manifestó indignado: "Pedir ser puestos fuera de la jurisdicción de la Inquisición y la libertad de navegación en las Indias Occidentales es lo mismo que pedir los dos ojos de mi soberano."

La guerra contra España, siempre necesaria, según Cromwell, se había hecho ahora inevitable. Esta guerra podía dar ocupación a marineros, oficiales y soldados, brindándoles la ocasión de enriquecerse; podía calmar los espíritus de los fanáticos, que fulminaban contra los "papistas"; prometía, en fin, a Inglaterra la dominación en el Nuevo Mundo caído en manos de los españoles católicos en lugar de pertenecer, como era de rigor, al severo Dios protestante de los calvinistas, Dios del comercio, de la explotación capitalista y de la Bolsa recién nacida. A las costas del Nuevo Mun-

do fue enviada la escuadra de Penn, mientras que en el Mediterráneo los navíos del terrible Blake surcaban a lo largo del litoral de España. Penn había recibido instrucciones de empezar el ataque a las colonias españolas, pero su intento de apoderarse de Santo Domingo fue rechazado por los españoles. Cuando esto se supo en España, fue dictado el embargo de los barcos y propiedades de los ingleses en el país; muchos comerciantes fueron detenidos y el rey ordenó a Cardena abandonar Inglaterra. Cuando éste tomaba en Douvres, el 24 de octubre de 1655, la fragata puesta a su disposición, Cromwell firmaba un tratado de paz y un convenio comercial con Francia. "Si este tratado —escribía el embajador francés en Inglaterra, De Bordeaux— ha perdido su atractivo a causa de tan larga espera, el rompimiento con España debe darle, parece ser, un nuevo valor." El 28 de noviembre se anunciaba en las calles de Londres la conclusión del tratado con Francia y la guerra contra España.

En septiembre de 1656 Cromwell resumía así la situación: "Estamos en guerra contra España. La iniciamos impulsados por la necesidad. España es nuestro más grande enemigo, un enemigo natural y como señalado por el propio Dios, pues es la encarnación del papismo. No existía ningún medio para obtener satisfacción de su parte y para garantizarnos contra ella. Lo único que nosotros reclamábamos para nuestros comerciantes era la autorización para llevar la Biblia en el bolsillo y rezar a nuestra manera, pero es imposible esperar de un español esta libertad de conciencia."

La guerra terminó después de la muerte de Cromwell y resultó desfavorable para España. Inglaterra se apoderó de la isla de Jamaica, centro del comercio de esclavos en América.

3. LA SITUACIÓN INTERNACIONAL DEL ESTADO RUSO EN EL SIGLO XVII.

La situación internacional y la diplomacia del Estado ruso a comienzos del siglo XVII.

La intervención de la Rzecz Pospolita y de Suecia a principios del siglo XVII no podían por menos de reflejarse en la situación internacional de Rusia, que se vio muy quebrantada. Al objeto de asegurarse el apoyo del rey de Polonia, de los señores polacos y del Papa a fin de llevar adelante su aventura, el falso Dimitri I concluyó una serie de tratados secretos. Estos estipulaban la entrega a la Rzecz Pospolita de las tierras del Norte, garantizaban la subordinación del Estado ruso a la sede pontificia y prometían un apoyo enérgico de los rusos a la cruzada contra los turcos, concediendo al rey de Polonia los recursos necesarios en su lucha contra Suecia. Según el contrato matrimonial del falso Dimitri con Marina Mnischez, esta última, además de valiosos regalos procedentes del tesoro de los zares, debía recibir como feudo Pskov y Nóvgorod, y su padre, el voyevoda polaco Juri Mnischez, diversos territorios rusos, entre los cuales se encontraba la mitad de Smolensk, además de un millón de zlotis. Si estos convenios hubieran llegado a aplicarse habrían traído el desmembramiento y la ruina del Estado ruso. Al ser hechos públicos, después de la muerte del impostor, provocaron un vivo descontento contra la Rzecz Pospolita.

No menos onerosos para Rusia fueron los tratados suscritos con los polacos por el "ladron de Tushino", el falso Dimitri II.

No obstante, también el gobierno de boyardos del zar Vasili Shuiski, que tenía a su propio pueblo, se vio obligado a suscribir, en febrero de 1609, un tratado vergonzoso con Suecia, comprando la ayuda extranjera al precio de importantes concesiones territoriales en Carelia (la ciudad y el distrito de Korela).

A medida que se iba debilitando el poder de Shuiski, grupos de boyardos rusos concluyeron tratados con los invasores. El 4 de febrero de 1610, representantes de la nobleza feudal al servicio del "bandolero" de Túshino se pusieron de acuerdo con el rey Segismundo de Polonia para ofrecer al hijo de éste, Vladislav, el trono de Rusia. Después de la derrota de las tropas del gobierno y de la caída de Shuiski, el gobierno provisional de los boyardos suscribió, en agosto de 1610, un convenio análogo con el hetman Zholkevski. Al mismo tiempo, aprovechando la debilidad del Estado ruso, el Gobierno sueco pasó a la agresión abierta, marcándose el objetivo de apoderarse de Carelia y de todo el litoral ruso en el golfo de Finlandia, así como de Kola, Aredufel, Nóvgorod y Pakov. Era un plan para desplazar por completo a Rusia de las salidas al mar, poniéndola bajo la dependencia de Suecia. Aunque ésta no pudo realizar todos sus propósitos, logró un éxito importante al apoderarse de Nóvgorod. Representantes de los grandes señores feudales de la ciudad suscribieron con el general sueco Jakob Delagard un convenio por el que Nóvgorod reconocía como zar a uno de los hijos del rey de Suecia. Todos estos pactos, que ponían el país en manos de los extranjeros, estaban inspirados por los deseos de los grupos dirigentes de conservar el poder en sus manos y de prevenir una insurrección del pueblo. Sólo el entusiasmo patriótico de las grandes masas populares permitió a la milicia del príncipe Pozharski y de Minin liberar a Moscú de los polacos que lo habían ocupado.

El Estado ruso salió muy quebrantado de la "gran ruina". Segismundo, que se había apoderado de Smolensk y del territorio de Chernígov-Séverski, continuaba amenazando a Moscú. Vladislav, su hijo, no había renunciado a sus supuestos derechos al trono ruso. Nóvgorod seguía ocupado por los suecos y el pretendiente sueco manifestaba la misma ambición. El Gobierno del nuevo zar, Mijail, tuvo, pues, que iniciar sus actividades en una situación internacional muy tirante: Mijail Fiodorovich, inmediatamente después de su subida al trono (en 1613), se dirigió a todas las potencias europeas anunciando su elección y pidiendo un empréstito y su alianza contra Polonia y Suecia. La falta de confianza en la solidez del nuevo zar se reflejó en estas negociaciones. El Imperio no lo reconoció más que en 1616.

La Rzecz Pospolita fue la última en reconocer como zar a Mijail Fiodorovich; "el actual monarca al que los rusos llaman ahora gran soberano". En septiembre de 1618, Vladislav se acercó de nuevo a Moscú a la cabeza de un ejército polaco, y aunque no logró tomar la ciudad, según la tregua entonces concertada de catorce años y medio, mantuvo sus pretensiones al trono de Rusia. Polonia conservaba Smolensk, Dorogobuzh, Nóvgorod-Séverski, Ghernígov y otras ciudades rusas.

Sólo en 1634, después del tratado de Políanovo, Vladislav abandonó sus pretensiones y reconoció como zar a Mijail Romanovich. Al propio tiempo, los rusos tuvieron que dejar en manos de Polonia las tierras que ésta había conquistado.

La paz con Suecia fue firmada en la aldea de Stolbovo, en febrero de 1617, con la mediación de Holanda e Inglaterra, interesadas en el restablecimiento de un comercio normal con Rusia, y con la participación oficial de un representante del rey Jacobo I de Inglaterra. Las condiciones de esta paz eran en extremo gravosas para Rusia. Para conseguir la devolución de Nóvgorod, el gobierno de Mijail Romanov hubo de renunciar, en favor de Suecia, a las tierras del litoral del golfo de Finlandia. El Estado ruso se veía de nuevo aislado del Báltico, y ello hacía inevitable la reanudación en el futuro de la lucha con Suecia.

A cambio del reconocimiento de Mijail, Inglaterra, Holanda y Francia reclamaban el derecho de tránsito por el Estado ruso a Persia, pero en Moscú se mostraron muy firmes en esta cuestión.

Habiendo conseguido expulsar a los invasores y concertar la tregua de Deulinskoe

con Polonia y la paz de Stolbovo con Suecia, el gobierno ruso, considerando que las tierras de que la Rzecz Pospolita se había apoderado serían inevitablemente causa de nuevas luchas, centró sus esfuerzos en procurarse una situación política exterior más favorable cuando estos acontecimientos se produjeran. Así, la diplomacia rusa durante los veinte años que siguen trata de consolidar sus relaciones con Suecia y le concede diversos subsidios en cereales a fin de enfrentarla con Polonia.

Líneas directrices de la política exterior del Estado ruso en el siglo XVII.

Restablecido de las consecuencias de la intervención militar de suecos y polacos, el Estado ruso se va convirtiendo cada vez más en una poderosa monarquía absoluta. A partir de mediados del siglo XVII, el papel de Rusia en la vida política del este de Europa es tan importante que ningún problema internacional puede ser resuelto sin su participación.

Así, pues, en la segunda mitad de este siglo se define ya la significación del Estado ruso como una de las grandes potencias europeas.

Tres grandes problemas internacionales figuraban ante Rusia en el siglo XVII. Quedaba sin resolver lo referente a la incorporación de las tierras ucranianas y bielorrusas, que seguían dominadas por la Rzecz Pospolita (Polonia). No menos candente era el problema de la salida al Báltico. A fines de siglo se dibujó netamente el tercer problema, la necesidad de luchar contra Turquía y contra su vasallo Crimea. Los tres problemas se hallaban entrelazados, con lo que se complicaba la solución de cada uno de ellos por separado. Aliados naturales en la lucha contra Polonia eran Suecia, Turquía y Crimea. Pero estos mismos Estados rivalizaban con Rusia en lo que concierne a la herencia lituano-polaca: Suecia no ocultaba sus pretensiones al litoral polaco del Báltico y a Lituania; Turquía y Crimea aspiraban a quedarse con Ucrania. Por otra parte, la lucha con Suecia en torno al Báltico impulsaba a Rusia a la alianza con la Rzecz Pospolita y reclamaba el establecimiento de relaciones pacíficas con el sur musulmán. De la misma manera, contra Turquía sólo era posible actuar en alianza con Polonia, es decir, renunciando a Ucrania. Tal era la compleja situación internacional en que la diplomacia rusa debía moverse en la segunda mitad del siglo XVII.

La crisis sufrida por la Rzecz Pospolita a mediados de este siglo abría amplias perspectivas a la diplomacia rusa. El levantamiento del pueblo ucraniano bajo la dirección de Bogdán Jmelnitski contra la opresión de los señores polacos, extendida también a las tierras de Bielorrusia, creaba condiciones favorables para la incorporación de los territorios ucranianos y bielorrusos. En Moscú se comprendía que su conformidad a la incorporación de Ucrania significaba la guerra con la Rzecz Pospolita. La cuestión de esta guerra fue decidida en la primavera de 1653, y el 1 de octubre de ese mismo año el "Zemski sobor" decidía la admisión de Ucrania bajo el cetro del zar ruso.

El 8 de enero de 1654, la Dieta de Pereiaslav se manifestaba unánimemente en pro de la incorporación de Ucrania a Rusia "para permanecer eternamente unidos". En el acuerdo de la Dieta de Pereiaslav venía a culminar la lucha de todo el pueblo por la incorporación a Rusia, era expresión de las seculares aspiraciones y esperanzas del pueblo ucraniano y representaba una etapa crucial en su vida.

Las operaciones contra la Rzecz Pospolita fueron en un principio muy favorables. Ya en 1654 fueron ocupados Dorogobuzh, Roslavl, Orsha, Gómel, Moguiliov, Smolensk, Polotsk, Vitebsk y otras ciudades. Cuando las tropas rusas hubieron ocupado Bielorrusia y Lituania, con su capital Vilno, Alexei Mijáilovich adoptó el título de zar "de toda Rusia Grande, Pequeña y Blanca", que simbolizaba la agrupación de los

pueblos ruso, ucraniano y bielorruso. Pero en pleno éxito de los rusos, Suecia entró súbitamente en acción, deseosa de aprovecharse del debilitamiento de la Rzecz Pospolita. La intervención militar de Suecia en el teatro polaco de operaciones era contraria a los intereses de Rusia, puesto que "los suecos cortaban el camino a los hombres de guerra de su majestad el zar". En efecto, los suecos ocuparon una importante región de la Rzecz Pospolita, en la que se encontraban Varsovia y Cracovia. Lituania se convirtió en protectorado de Suecia. Considerando el peligro de que esta última se afirmase en las tierras polaco-lituanas, dificultando así la lucha de Rusia por recuperar una salida al Báltico, el Gobierno de Moscú decidió incorporarse a la coalición antisueca entonces creada, de la que formaban parte el Imperio, Dinamarca y Brandeburgo. Esta coalición se marcaba el propósito de detener el excesivo robustecimiento de Suecia, que ya se había fortalecido mucho como consecuencia de la Guerra de los Treinta Años.

En 1656, Alexei Mijáilovich concluyó una tregua con Polonia. Se trató, incluso, de elegirlo rey de ese país. Las operaciones contra Suecia transcurrieron en un principio con buen éxito. Las tropas rusas penetraron en Livonia, y Curlandia pasó oficialmente bajo la protección de Rusia. Ahora bien, las tropas suecas lograron algunas victorias y consiguieron salir de la situación difícil en que se encontraban. Después de haber logrado en 1658 la tregua de Walsen con Rusia, por tres años, Suecia concluyó, aquel mismo año, una paz ventajosa con Dinamarca, y al año siguiente firmaba con la Rzecz Pospolita la paz de Oliva. Polonia, al verse con las manos libres, reanudó las hostilidades contra el Estado ruso. Este no podía hacer la guerra en dos frentes, prefiriendo sacrificar a Livonia a cambio de conservar Ucrania. El tratado de Cardis, en 1661, devolvió a Suecia todas sus conquistas en el Báltico. La solución del problema de la salida de Rusia al Báltico quedó aplazada por largo tiempo.

Mientras tanto, la guerra con la Rzecz Pospolita se prolongaba con éxitos alternos. En repetidas ocasiones se trató de ponerle fin por vía diplomática. Ya en 1654, al informar a Francia del comienzo de las hostilidades, Moscú le había pedido su mediación. En 1655 se encargó de esta misión al emperador Fernando III, accediendo a la demanda del rey Jan Kazimierz. En presencia de representantes suyos se concluyó una tregua en Vilno. En 1661, el sucesor de Fernando III, Leopoldo I, envió a Moscú una embajada presidida por el barón Méyerberg, pero esta gestión no dio ningún resultado decisivo. Sin embargo, el mismo hecho de que el Imperio interviniese en el conflicto ruso-polaco demuestra que tal conflicto había perdido su carácter local para convertirse en una guerra que interesaba a todos los países europeos. En varias ocasiones, los dos beligerantes trataron de llegar a la paz mediante la elección al trono de Polonia del propio zar Alexei o de su hijo. Sin embargo, en Moscú comprendían que la unión con la Rzecz Pospolita únicamente podía ser alcanzada al precio de grandes concesiones en la cuestión ucraniana. Por su parte, Polonia, necesitada como estaba de la ayuda rusa contra Turquía, temía el robustecimiento de Rusia. Por todas estas razones, las negociaciones no condujeron a nada concreto.

El creciente peligro turco llevó, por fin, a la aproximación de ambos Estados. En 1667, después de tres años de negociaciones, era concertado el armisticio de Andrúsovo, por el que Rusia obtenía Smolensk, la tierra de Séversk, toda la Ucrania situada a la izquierda del Dniéper y, por dos años, la ciudad de Kiev. El gobierno ruso conseguía un importante éxito diplomático, por cuanto era el primer paso firme para la incorporación a Rusia de las tierras ucranianas y bielorrusas, apartadas por la violencia de su hermano el pueblo ruso, privadas de su independencia nacional y esclavizadas por los extranjeros. Al tratado se le dio el carácter de documento de

importancia europea. Si las negociaciones con vistas a una "paz eterna" resultaban infructuosas, "serían llamados los soberanos cristianos como mediadores". La Rzecz Pospolita se comprometía a no concluir tratado alguno con Turquía sin la participación de Rusia, lo que constituía una obligación todavía más importante.

El cese de la guerra con la Rzecz Pospolita permitía a Rusia afrontar otros problemas urgentes de su política exterior. Ello le ponía en el trance de elegir entre las dos agrupaciones políticas que entonces dividían a Europa. Esto coincidía con la segunda guerra de Luis XIV contra Holanda, en la que Suecia era aliada de Francia. El poderío creciente de Suecia inquietaba a sus vecinos. Dinamarca, Brandeburgo y el Imperio trataban de ganarse al Estado ruso para una alianza contra Suecia. Detrás de ésta se encontraba Francia, la potencia europea más fuerte del siglo XVII. La coalición antisueca incluía también a las Provincias Unidas, que temían a Francia y también buscaban la alianza con Rusia contra Suecia. Pero el rompimiento con esta última equivalía a renunciar a una política activa en el sudoeste y en Ucrania, cosa que no podían aceptar ni el zar Alexei Mijáilovich ni su hijo, Fiódor Alexiévitich, el cual había sido educado bajo una fuerte influencia bielorrusa y ucraniana.

No obstante, el Gobierno ruso prestó un apoyo considerable a la coalición contra Suecia al colocar, en 1676, en la frontera de esta última grandes fuerzas militares. "Esta circunstancia —confiesan los holandeses— es lo que más contribuyó, probablemente, al éxito" de los aliados. En el momento mismo en que los diplomáticos daneses se esforzaban en persuadir a Moscú de la necesidad de obrar más energicamente contra Suecia, el Gobierno sueco gestionaba una alianza, prometiendo a Rusia ayuda contra Turquía. Los diplomáticos rusos respondían pidiendo la cesión de Ingría y de Carelia en calidad de "satisfacción" por los daños que los suecos habían causado a los rusos durante la guerra contra la Rzecz Pospolita.

Así, ya en el siglo XVII madura la idea de una "alianza del Norte" contra Suecia, que había de realizarse en el siglo siguiente.

Desde el momento en que es concluida la paz con la Rzecz Pospolita, la atención de la diplomacia rusa se concentra cada vez más en el problema turco-tártaro. Después del armisticio de Andrúsovo, Andrei Vinus fue enviado como embajador de Moscú ante el rey Carlos II de Inglaterra para pedirle su ayuda a Polonia contra Turquía.

La entrada de las tropas turcas en las regiones ucranianas de la orilla derecha del Dnieper y la derrota completa de la Rzecz Pospolita en la guerra con Turquía (1672) dieron lugar a una serie de energías intervenciones diplomáticas del Gobierno ruso. El general Menezi fue enviado al elector de Brandeburgo, al emperador de Alemania, al dux de Venecia y al Papa; Andrei Vinus visitó Francia y España; Emelián Ukraintsev estuvo en Suecia y Holanda. Todos ellos solicitaron la ayuda a Polonia, aunque al llamamiento de Rusia sólo respondió el elector de Brandeburgo.

El propio Gobierno ruso se resistía a adquirir ningún compromiso, pero la guerra con Turquía estalló, a pesar de todo, a causa de las regiones ucranianas de la orilla derecha del Dniéper. Las operaciones se prolongaron desde 1676 a 1681, obligando al gobierno ruso a emprender nuevos pasos para conseguir el apoyo de las potencias europeas. Con este objeto, en 1679 a 1680, es decir, ya bajo el reinado de la princesa Sofía, fueron enviados Chaadáiev a Francia e Inglaterra y Krivoi Buturlin a Viena y Berlín. El tratado de paz concertado en Bajchisarai (1681), que puso fin a la guerra, reconocía el paso a Rusia de las regiones ucranianas de la orilla izquierda del Dniéper y de Kiev.

En aquel tiempo la amenaza turca se extendió a los Habsburgo. Aprovechando el levantamiento de los húngaros, al mando de Tekeli, contra la opresión austriaca (1678), el sultán empezó la guerra contra Austria. El peligro turco, según queda

ya señalado, obligó al emperador a reconocer las nuevas adquisiciones de Luis XIV en el Rin. Fue también la causa de la alianza del emperador, de los príncipes alemanes y de Polonia contra Turquía. En 1683, el ejército aliado, al mando del rey de Polonia, Jan Sobieski, salvó a Viena. Pero los turcos seguían la guerra y Sobieski y el emperador tenían que buscar nuevos aliados. Así, en 1686 se llegó a la unificación de todas las fuerzas europeas para la lucha contra la Puerta, por lo que tanto había trabajado el Gobierno ruso. El Imperio, Venecia, Brandeburgo, la Rzecz Pospolita y Rusia suscribieron una alianza. A Rusia le correspondía la guerra con Crimea. Anteriormente, ella y la Rzecz Pospolita habían concluido un tratado de "paz eterna" (1686) sobre las bases del armisticio de Andrúsovo, aunque ahora no sólo las regiones ucranianas de la orilla del Dniépar, sino también Kiev, cedido antes por un plazo de dos años; quedaban en firme para Rusia. En cumplimiento de los compromisos adquiridos, las tropas rusas emprendieron dos campañas contra Crimea, en 1687 y 1689, aunque ninguna de las dos tuvo éxito. No se consiguió penetrar en Crimea.

Esta vuelta de la política exterior del Estado ruso hacia el Sur relegó, naturalmente, a un segundo plano el problema del Báltico. En 1683, la paz de Cardis era confirmada "sin nuevas demandas de restitución de las provincias perdidas".

La actividad diplomática del Gobierno ruso se desplegaba también ampliamente hacia el Este. Las relaciones hostiles con Turquía favorecieron la amistad con su enemigo secular, Persia; a ello se veía también empujado Moscú por consideraciones de tipo comercial, por cuanto a través del Estado ruso llegaba a la Europa occidental la seda persa. A partir de 1654 se repitieron los intentos de establecer relaciones diplomáticas y comerciales con China, aunque durante largo tiempo no dieron fruto alguno.

La aparición de cosacos y de cazadores rusos en el Amur, al sur del cual empezaban los dominios chinos, y la construcción en aquella región de ciudades fortificadas, planteaban diversos problemas que debían ser resueltos mediante negociaciones; entre ellos figuraba el de la delimitación de fronteras entre Rusia y China. En 1689 se reunieron en Nerchinsk los representantes de ambos países. Las negociaciones se llevaron a cabo en presencia de un ejército chino, que en cualquier momento podía apoyar con las armas las reivindicaciones del gobierno de Pekín. Así las cosas, la embajada rusa de F. A. Golovín tuvo que hacer importantes concesiones territoriales. El tratado de Nerchinsk (1689) sellaba la renuncia a las tierras de la orilla izquierda del Amur. La ciudad rusa de Albazin, situada en este río, fue destruida. Al mismo tiempo, el tratado de Nerchinsk, que sirvió de base a las relaciones ruso-chinas hasta mediados del siglo XIX, abría vastas perspectivas al comercio entre los dos países.

Así, a fines del siglo XVII la situación internacional de Rusia se había robustecido, tanto en el Oeste como en el Este. Entonces quedaron esbozadas las líneas fundamentales que la política exterior del Imperio Ruso había de seguir en el siglo XVIII.

Instituciones diplomáticas del Estado ruso.

Las complejas tareas planteadas ante el Estado ruso desde los tiempos de Iván III en el campo de la política exterior requerían la creación de una institución encargada especialmente de dirigir las relaciones diplomáticas.

Dicha institución no existía aún bajo el reinado de Iván III. Las cuestiones de política exterior eran examinadas y resueltas por el gran príncipe y la Duma de los boyardos. El aspecto técnico de la recepción de embajadores quedaba a cargo de los tesoreros del gran príncipe, que en aquellos tiempos cumplían las funciones

de ministros de Finanzas. En cuanto a los embajadores, en un principio eran reclutados entre los griegos e italianos que se encontraban al servicio del gran príncipe. Tales fueron los griegos Yuri Tracaniotes y Dmitri Rálov, y los italianos Volpe y Gisardi. Estos hombres, que conocían mejor que los moscovitas los usos europeos y la situación política de Occidente, parecían insustituibles para las relaciones con los países europeos. Pero entre ellos los había también aventureros típicos, para quienes el servicio diplomático a las órdenes del soberano de Moscú no era más que un medio de enriquecerse.

Así fue, por ejemplo, Antonio Volpe, maestro acuñador de monedas, que servía al mismo tiempo a Iván III, a Venecia, a la Santa Sede y a la Horda de Oro, y que a todos engañaba. No tardaron, sin embargo, en aparecer rusos en el servicio diplomático. Así tenemos al *diak* Fiódor Kupritsin bajo el reinado de Iván III. En tiempos de Vasili III, los extranjeros hablaban con gran estima de Dmitri Guerásimov, *diak* del gran príncipe, que cumplió diversas misiones diplomáticas en Roma, cerca del emperador, en Dinamarca y en Prusia. Hombre de amplia cultura para su tiempo, dominaba el latín y el alemán, tomó parte en la traducción al ruso de las Sagradas Escrituras emprendida por el famoso monje Máximo el Griego, se interesaba por las cuestiones de teología, apreciaba la música italiana y estudió los monumentos antiguos en sus viajes por el extranjero.

La organización de una institución específica encargada de las relaciones internacionales corresponde al siglo XVI. Poco a poco, entre los *diaks* de los grandes príncipes se destacan unos que se dedican exclusivamente a las negociaciones con los embajadores extranjeros. En 1549, los "asuntos de las embajadas" fueron encomendados al *diak* Iván Mijáilovich Viskovati, hasta entonces *poddiachi* (segundo secretario). Este nombramiento da origen como institución especial al *Posolski prikaz* (Colegio de embajadas). En 1561, Viskovati recibió el título de *pechátnik*, es decir, de canceller. El nombramiento de una persona de origen plebeyo para un cargo tan importante parece que fue debido, además de las cualidades personales de Viskovati, a que el zar se reservaba, según había hecho hasta entonces, la dirección de la política exterior, juntamente con la Duma de los boyardos; el *pechátnik* no pasaba de ser un jefe de oficina. "Limitate a hacer lo que te han encargado y no pierdas los papeles", aconsejaba a Viskovati el metropolitano Macario. Muy pronto, sin embargo, el modesto jefe de la cancellería concentró en sus manos toda la correspondencia diplomática ordinaria y se convirtió en un eslabón muy importante de las actividades del Gobierno en política exterior. "Hombre excelente, como no había otro igual en Moscú", Viskovati no estaba desprovisto de talento. "Su inteligencia y su arte, que eran la inteligencia y la habilidad de un moscovita que no ha estudiado nada —según palabras de un extranjero contemporáneo—, eran el asombro de los embajadores de otros países." Viskovati cayó víctima de una gran derrota diplomática del Estado ruso en 1569-1570, cuando Turquía y Crimea entraron en la guerra de Livonia. Acusado de ser favorable a una política de entendimiento con los turcos y de haber mantenido por su cuenta y riesgo relaciones con el gobierno del sultán y con Crimea, así como de negociaciones para la entrega de Nóvgorod al rey de Polonia, fue ejecutado en diciembre de 1570, aunque jamás reconoció su culpa.

Viskovati fue reemplazado en el *Posolski prikaz* por los hermanos Andrei y Vasili Schelkállov. El primero de ellos dirigió durante un cuarto de siglo el *Posolski prikaz* y adquirió una enorme influencia en todos los sectores del gobierno. Representante típico de la naciente burocracia, "trabajando sin descanso día y noche como un mulo mudo, estaba descontento creyendo que se le daba poco trabajo, y deseaba recibir más". Vasili Schelkállov, que lo sustituyó, *diak* de la Duma y *pechátnik*, "esta-

ba muy lejos de poseer el talento de Andrei", según palabras del comerciante holandés Isaac Massa, que conoció a ambos.

El *Posolski prikaz*, como institución, a principios del siglo xvii no tenía gran importancia. Entre 1594 y 1601 reunía, además del "diak de embajada de la Duma" y de su adjunto, también diak, entre quince y diecisiete *podiachis*, sin contar a los intérpretes y al personal subalterno. En el siglo xvii, sus atribuciones se ensancharon considerablemente. Además de la dirección de la política exterior, se ocupaba de los asuntos de los mercaderes extranjeros y todo lo que se refería a las gentes llegadas de otros países (a excepción de los militares), administraba los territorios incorporados en el período subsiguiente a su conquista (por ejemplo, Siberia, la región de Smolensk, Ucrania, etc.) y recaudaba las sumas destinadas al rescate de prisioneros ("dinero de prisioneros"). Finalmente, el *Posolski prikaz* dependían algunos otros *prikazes* de segundo orden (de Nóvgorod, de Galitzia, de Ustiuzh y Vladimir y el del Sello). Esta mezcla de funciones complicaba sobremanera la gestión regular de los asuntos. Ello dio motivo a uno de sus directores más inteligentes (Ordin-Naschokin) para decir irritado que no era posible confundir "los grandes asuntos del Estado" con la recaudación de los ingresos de las tabernas.

La diversidad y amplitud de las funciones encomendadas al *Posolski prikaz* en el siglo xvii requirieron un aumento considerable de su personal. En 1689 había en él 53 *podiachis*, 22 traductores y 17 dragomanes.¹

La gran importancia adquirida por las relaciones internacionales en la vida del Estado ruso se manifiesta en que, a partir de 1667, el *prikaz* no estaba dirigido ya por un diak, sino por un boyardo, que a veces llevaba el título de "conservador del gran sello y de los grandes asuntos del Estado", es decir, de canciller. Durante algún tiempo, el *prikaz* llevó el nombre de "*prikaz* del Estado del sello de embajadas". Todo esto probaba la importancia creciente de la política exterior en las actividades del gobierno. Así, en el curso del siglo xviii, el *Posolski prikaz* recibió sus formas definitivas como institución. Sin embargo, el zar se reservaba el control atento de la actividad de sus diplomáticos. Bajo el reinado de Alexei fue organizado un *prikaz* de asuntos secretos, bajo la dirección directa del monarca, al que ni los boyardos ni la gente de la Duma tenían acceso. De este *prikaz*, en particular, eran enviados *podiachis* para acompañar a los embajadores que partían en misión al extranjero o debían asistir a conferencias de embajadores, porque "en sus embajadas, durante sus viajes y en su conversación los embajadores hacen muchas cosas contra el honor del soberano, y estos *podiachis* deben vigilarlos y, de vuelta a Moscú, informar al zar". Por lo demás, este control no era muy eficaz, pues los embajadores "conocedores de sus defectos y temerosos de la cólera del zar" sobornaban a estos *podiachis* para que "en presencia del zar les cubrieran de elogios y no dijeran nada malo contra ellos" (Kotoshijin).

Diplomáticos rusos del siglo XVII.

En este tiempo, al frente del *Posolski prikaz* hubo varios políticos de talla. El que más se destaca entre todos ellos es Afanasi Lavréntievich Ordin-Naschokin, "un ministro inteligente que no tiene nada que envidiar a ningún ministro europeo", según dijo de él un extranjero. Hijo de un modesto terrateniente de Pskov, se destacó gracias a su excepcional talento de diplomático, que pudo revelar por primera vez como plenipotenciario para el establecimiento de fronteras entre el distrito de Pskov y Sue-

cia. Ordin-Naschokin se distinguió particularmente en la negociación de la tregua de Valiesar (1658), en virtud de la cual Suecia cedió a los rusos las ciudades que habían conquistado en Livonia, y cuando el armisticio de Andrúsovo con Polonia (1667), según el cual Rusia adquiría las regiones ucranianas de la orilla izquierda del Dniéper y Kiev. Ordin-Naschokin poseía una buena preparación para el servicio diplomático: escribía, con buen estilo, sabía matemáticas, el latín y el alemán, y estaba al tanto de los usos extranjeros; de él se decía que "conoce muy bien la política alemana y las costumbres de este país". Sin ser partidario ciego de todo lo que provenía del extranjero, estimaba que "no es nada vergonzoso tomar lo bueno de otras partes, aunque proceda de nuestros enemigos".

Ordin-Naschokin era un diplomático de primer orden, "el zorro más astuto", según la expresión de los extranjeros que habían sido víctimas de su habilidad. "Era un maestro en las combinaciones originales e inesperadas —dice de él el profesor Kliuchevski—. Era difícil discutir con él. Atento y pleno de recursos, a veces hacía perder la paciencia a los diplomáticos con los cuales negociaba y que le reprochaban lo difícil que era mantener negociaciones con él: no dejaba escapar el más pequeño error, la menor inconsecuencia en la dialéctica diplomática; inmediatamente se daba cuenta y colocaba en un callejón sin salida al adversario imprudente o miope." Con toda su habilidad, Ordin-Naschokin poseía una cualidad diplomática que faltaba a muchos de sus rivales: la honestidad. Ponia en juego toda su astucia en tanto no era concluido un acuerdo, pero una vez terminadas las negociaciones se negaba categóricamente a violarlo a pesar de las órdenes del zar. En 1667, siendo ya boyardo, Ordin-Naschokin fue puesto al frente del *Posolski prikaz*. Tenía en gran estima su "oficio", el servicio diplomático, y el *Posolski prikaz* era para él la más importante de todas las instituciones del Estado. Era "el ojo de toda la gran Rusia". Su tarea era "el engrandecimiento del Estado en todas sus fronteras... de donde viene el honor y el deshonor en todos los países, y no se podría comparar el *Posolski prikaz* con ninguno otro". Por ello, debía ser cuidado "como la niña de los ojos".

Ordin-Naschokin luchaba por mantener a un nivel elevado el personal diplomático, porque "es necesario que sean hombres elegidos y sin tacha los que se dedican a los asuntos del Estado". Tenía un programa de acción definido que ejecutaba con gran firmeza y consecuencia, tropezando a veces con el mismo zar Alexei. Su sagacidad política le llevó a concentrar todos los esfuerzos del Estado de Moscú en la adquisición de "puertos marítimos" en el Báltico. Para conseguirlo trató de crear una coalición contra Suecia a fin de arrebatarle Livonia. Por esta razón buscó la paz con Turquía y Crimea e insistió en una "paz moderada" con Polonia. Soñaba incluso en una alianza con la Rzecz Pospolita, con "la gloria que cubriría a los pueblos eslavos si se unieran bajo la dirección de Rusia y Polonia".

Ordin-Naschokin tenía también sus puntos de vista en cuestiones de economía política. El "Richelieu ruso", como le llamaban los suecos, aplicó consecuentemente los principios del mercantilismo.

La política exterior de Ordin-Naschokin (alianza con Polonia y lucha contra Suecia para disputarle Livonia) no encontraba el apoyo del zar, a pesar de la gran confianza y buena disposición que éste manifestó a su ministro. Nombrado en 1671 embajador plenipotenciario en Polonia para concluir la paz en condiciones poco conformes con sus ideas, Ordin-Naschokin presentó la dimisión y se retiró a un monasterio. Después de esto, poco antes de su muerte, participó todavía con éxito en las negociaciones que habían de conducir a la prolongación del armisticio de Andrúsovo (1679).

El nombramiento de su sucesor A. S. Matvéiev, partidario del acercamiento con Suecia y gran protector de los ucranianos, da a la dimisión de Ordin-Naschokin

¹ Del griego, latín, polaco, alemán, inglés, sueco, holandés, italiano, francés, húngaro, bielorruso, armenio, tártaro, turco, calmuco, nogai, kiviario, geria y mongol.

el carácter de una crisis ministerial provocada por sus divergencias con el poder supremo acerca de los problemas fundamentales de la política exterior.

Entre otros dirigentes del *Posolski prikaz*, hay que señalar al favorito de la princesa Sofía, el príncipe Vasilí Vasilievich Golitsin, que reveló también una buena capacidad diplomática. A su habilidad, en buen grado, se debió que Rusia pudiera concluir la paz eterna de 1686 con la Rzecz Pospolita en las mismas condiciones que el armisticio de Andrúovo.

El "ceremonial de embajadores".

En los siglos xvi y xvii toma también forma el "ceremonial de embajadores", es decir, el conjunto de normas exteriores por las que se regían las relaciones diplomáticas, la etiqueta diplomática. Dicho ceremonial fue apareciendo poco a poco; a fines del siglo xv no existía aún un código definido. Iván III, por ejemplo, al recibir a Poppel en audiencia secreta, no hizo más que apartarse un poco de los boyardos allí presentes para hablar de un asunto confidencial. En la audiencia concedida al embajador veneciano Contarini, Iván III se acaloró tanto que llegó a atropellar a su interlocutor, el cual, por respeto al gran príncipe, se vio obligado a dar unos pasos atrás.

Cuando los diplomáticos rusos llegaban a países occidentales, observaban atentamente el ceremonial diplomático en vigor. Estas observaciones hicieron sentir su influencia en el "ceremonial de embajadores" ruso.

En 1489, Iván III envió a Yuri Tracaniotes como embajador ante el emperador de Alemania. Por el informe que Tracaniotes hizo a su regreso, el gran príncipe supo que se le había concedido "un gran honor": en las audiencias, el emperador y su hijo "le recibieron en persona, bajando del lugar donde se encontraban tres o cuatro escalones, y le tendieron la mano estando de pie"; después, el emperador le hizo sentar "frente a él, en un banco próximo". Cuando Georges von Turn llegó a Moscú al frente de una embajada del emperador como devolución de la visita de Tracaniotes, Iván III le recibió de la misma manera, "descendió de su sitial, le tendió la mano y le ordenó que se sentara en un banco frente a él".

Así, gradualmente, a lo largo del siglo xvi, se fue formando la etiqueta compleja y peculiar de la diplomacia rusa, que se diferenciaba tanto de la oriental y la bizantina como de la del Occidente europeo. Los diplomáticos rusos creían que el orden diplomático por ellos creado debía ser obligatorio para todos los países, e insistían tenazmente en el derecho a mantener su propia etiqueta. En 1654, los embajadores del zar Alexei manifestaron a los consejeros del emperador que no se sujetarían a las indicaciones de éstos recibidas, sino que obrarían "de acuerdo con sus propios usos", y que "los enviados y embajadores de otros Estados no pueden servirnos de modelo".

La diplomacia rusa dividía a todos los Estados en categorías, en relación con su importancia política. No en todos los casos el zar ruso transigía en llamar "hermano" a un monarca extranjero. Antes de entablar relaciones diplomáticas con un soberano, Moscú trataba de aclarar si era en efecto un soberano independiente o un *urádnik* (vasallo). Los reyes suecos de la casa de Vasa fueron considerados largo tiempo como simples *obderzhiteli* (regentes), indignos de entrar en relaciones directas con el zar; se exigía que las negociaciones fuesen mantenidas a través de los gobernadores de Nóvgorod, lo cual provocaba todo género de protestas del Gobierno sueco. Iván IV llegó a reprochar a Segismundo Augusto que tratase al rey sueco de hermano: debía saber que la Casa de Vasa tenía su origen en un simple aguador.

Por el tratado de 1687, el elector de Brandeburgo se comprometía a recibir a los embajadores rusos con honores especiales, puesto que a los ojos de Moscú el elector era un grado inferior al rey. Todavía a fines del siglo xvii los embajadores de Brandeburgo reclamaban en vano que en Moscú les fueran acordados los mismos honores que les concedían el emperador y todos los reyes.

Al margen de la categoría de los Estados, todas las relaciones con las potencias extranjeras descansaban en el principio de la salvaguardia del "honor" del zar.

Este "honor" se manifestaba, en primer lugar, en la "denominación", en el título. "Lo que más importa es guardar el honor del zar, todos nosotros debemos morir por este honor. Ante todo hay que conseguir que el título del soberano sea respetado. Lo primero y principal es guardar el honor del soberano." "No solamente comer, ni siquiera levantar los ojos se nos permite", dijo en Francia, en 1668, el *stóchnik* (dapífero) Potemkin cuando se dio cuenta de una "omisión" en el título del zar, viendo en ello "un terrible menoscabo para el honor de nuestro gran soberano el zar en un asunto de la más grande importancia para él". El problema del título figuraba siempre en primer plano; la tenacidad de los diplomáticos rusos en esta cuestión irritaba a los extranjeros, aunque los diplomáticos de Europa occidental no insistían menos en lo relativo al título. Comprendían muy bien que tras esas discusiones abstractas se ocultaban consideraciones muy realistas, por cuanto el título significaba indirectamente una negación de esos derechos.

El "honor del zar" se manifestaba en toda una serie de detalles que debían indicar el rango más o menos elevado de los soberanos representados por los embajadores. El Gobierno ruso insistía en que las cartas dirigidas al zar fueran selladas siempre con el gran sello; los representantes del zar debían siempre exigir el primer puesto, que los embajadores rusos fuesen recibidos siguiendo el mismo ceremonial observado en Moscú para los embajadores extranjeros, etc. Todo ello, en el fondo, se practicaba también en las cortes de los soberanos occidentales, pero la diplomacia europea, que no podía prescindir de las viejas naciones y miraba a los "moscovitas" como a unos bárbaros, se mostraba muy intolerante a la susceptibilidad de aquéllos en las cuestiones de etiqueta.

Las relaciones con soberanos extranjeros eran mantenidas a través de "grandes embajadores", "embajadores ligeros" o enviados, y "mensajeros". La diferenciación dependía, en parte, de la importancia y de los fines de la misión; en parte, de la distancia en que el Estado a donde era enviada la embajada se encontraba de Moscú. Cuanto más elevado era el rango del embajador, tanto más numeroso era su séquito y mayores eran las dificultades del viaje. "Al emperador —dice Kotoshijin— hace mucho que no se han enviado grandes embajadores, porque el camino es largo, se pasa por muchos países, y ello les ocasiona muchos gastos y perjuicios; por esta razón se mandan simples enviados." En dependencia de la importancia de la embajada, ésta era presidida por un boyardo, un gran oficial de la corona, un *stólnik* o una persona de menor categoría.

Cualquiera que fuese su rango, los embajadores recibían del *Posolski prikaz* una memoria que detallaba todas las instrucciones: cómo debían proceder, qué debían decir y hasta el modo como debían hablar. "Si se les pregunta por asuntos de los que el gran soberano no dice nada en sus instrucciones, los embajadores responderán según convenga.... y no dirán nada superfluo." Los embajadores no recibían nunca poderes ilimitados y las cuestiones importantes no podían ser resueltas antes de recibir indicaciones de Moscú. Por eso, a cada proposición imprevista respondían de ordinario: "Informaremos a su majestad cuando, Dios lo quiera, veamos sus ojos serenos." Encargados solamente de las negociaciones previas, los embajadores no creían poder "confirmar las cláusulas del tratado sin la orden del gran soberano".

Las instrucciones exponían minuciosamente todo el ceremonial de la embajada. Antes de ser recibidos en audiencia por el monarca, los embajadores tenían prohibido mantener conversación alguna con los ministros, a los cuales no podían ni visitar siquiera, porque "no es costumbre en ningún Estado cristiano hablar o desvelar los asuntos diplomáticos antes de ser recibidos en audiencia por el soberano del país al cual el embajador ha sido enviado". Esta prohibición provocaba ordinariamente muchas discusiones, puesto que, a pesar de la categórica afirmación de los diplomáticos rusos, las entrevistas previas con los dirigentes de la política exterior, aunque se tratase de simples visitas de cortesía, eran cosa acostumbrada.

Esto dio lugar a un equívoco en 1496-1497, cuando la primera embajada rusa llegó a Constantinopla: los pachás, deseosos de tratar dignamente al embajador ruso, M. B. Pleschíev, le invitaron antes de ser recibido por el sultán a un banquete y quisieron ofrecerle algún presente. Pleschíev renunció en redondo a "este buen honor y este regalo": "Yo no tengo nada que decir a los pachás; no me podré sus vestimentas y no aceptaré su dinero. Yo debo hablar con el sultán." Los mismos incidentes menudearon en épocas posteriores. En 1668, cuando P. I. Potemkin estaba de paso por Burdeos, el marqués de Saint-Luc, representante del rey, se informó acerca de si el embajador le devolvería la visita que él tenía la intención de hacerle. Potemkin respondió que, "según la orden del zar, no podía visitar a nadie bajo pena de muerte antes de ser presentado al rey", y para endulzar su negativa envió al marqués unas pieles de marta cebellina, que aquél se negó a aceptar.

Para satisfacer otra exigencia del protocolo, el embajador ruso no debía ser presentado a un soberano extranjero al mismo tiempo que los enviados de otros países, ni ser recibido el mismo día que ellos.

También estaban previstas las indicaciones sobre el modo de saludar a un soberano extranjero. El Gobierno ruso velaba por que los embajadores no transigiesen con ninguna manifestación humillante a éste respecto. Los embajadores que iban a la corte del sultán debían "saludar de pie, y no ponerse de rodillas". En 1588, el embajador en Persia, Vasilchikov, se negó categóricamente a besar "los pies del sha": "Jamás he oído que los embajadores y enviados de otros monarcas besen el pie a nuestro soberano." Tampoco transigió con que el sha recibiera las cartas del zar montado a caballo. Los persas tuvieron que ceder en lo uno y en lo otro. En Crimea, la diplomacia rusa luchaba contra la costumbre de los *esaules* (funcionarios) del kan, de arrojar sus bastones delante del embajador y reclamar un "impuesto" por el paso sobre ellos.

Conflictos similares se producían en las cortes occidentales. En 1614, al mensajero Iván Fomín, enviado a la corte del "César", le dijeron que sus predecesores habían aprendido a inclinarse ante el emperador y que al ser recibidos en audiencia sus reverencias llegaban hasta el suelo. Fomín contestó que "en el universo entero los enviados y mensajeros de los grandes soberanos ante otros soberanos desconocían esta costumbre de saludar tan bajo; eso se quedaba para los súbditos". En 1654, los funcionarios del emperador preguntaron al embajador Baklanovski acerca de "los honores que rendían a su majestad imperial y cuál sería su saludo". Baklanovski respondió: "No pediremos consejo a vuestra gente... Si antes lo pedían los embajadores de nuestro gran soberano, eso lo hacían en razón de su simpleza."

Otro escollo era la manera como el soberano extranjero preguntaría sobre la salud del zar y si se descubriría al pronunciar los títulos de éste. En 1613, cuando Ushakov, enviado del zar Mijail, se presentó ante el emperador, este último "se inclinó ligeramente al pronunciar el nombre del monarca y se quitó el sombrero"; en la despedida, "sin levantarse, ordenó que le transmitiese sus saludos". Al año

siguiente, cuando el mensajero Fomín saludaba al emperador en nombre del zar, aquél, "tal como estaba sentado, se llevó la mano al sombrero que cubría su cabeza, y cuando pronunció el nombre del zar no llegó a levantarse". Fomín le hizo ver que no observaba la costumbre. El emperador le ordenó que continuara su discurso, pero él contestó que esperaba a que el emperador se pusiera de pie y se informara sobre la salud del zar. El emperador mandó entonces decir a Fomín que no recordaba si sus predecesores se habían levantado alguna vez cuando les eran transmitidos los saludos del zar, y ordenó a Fomín que se retirase a sus habitaciones en espera de su decisión. En este caso, por lo demás, el comportamiento del emperador obedecía a que todavía no había reconocido oficialmente a Mijail Fiódorovich. En 1667, al serle concedida audiencia a Potemkin, el rey de España se descubrió respondiendo a su saludo, pero permaneció cubierto cuando el embajador enumeraba los "títulos del zar". Se explicó a Potemkin que "cuando los embajadores de su majestad el zar entraban en la sala y su majestad real se había quitado el sombrero, lo había hecho para su hermano el gran soberano vuestro y no para vosotros, embajadores". Según el tratado de 1687, el elector de Brandeburgo se comprometía a escuchar de pie, "con la cabeza descubierta", los títulos del zar, y a recibir las cartas de éste en sus propias manos, debiendo devolverlas de la misma manera.

El ceremonial de recepción de las cartas del zar y el de la entrega de la respuesta era una de las cuestiones diplomáticas más delicadas. El Gobierno ruso exigía que los soberanos extranjeros lo hicieran siempre por sus propias manos. Cuando en 1614 el emperador ordenó al canciller que se hiciera cargo del documento que Fomín le entregaba, éste se negó a entregarle al ministro austriaco y lo dio al emperador mismo. Un prolongado conflicto se produjo en 1674, cuando en la audiencia de despedida el emperador entregó la carta al embajador P. I. Potemkin no personalmente, sino a través de uno de sus allegados. En respuesta a la protesta del Gobierno ruso, se le hizo saber que en la corte imperial existía la costumbre de enviar las cartas directamente a la residencia del embajador, y en este caso se había querido tener con Potemkin una amabilidad especial.

En el momento de su presentación a los soberanos extranjeros, los embajadores pronunciaban su discurso según la instrucción que habían recibido, y observaban atentamente si el soberano se ponía en pie al ser pronunciados los títulos del zar. Este discurso era colectivo, si es que puede decirse así: uno de los miembros de la embajada empezaba y los otros seguían. El primer embajador, al "entrar en la cámara", decía de quién venía enviado y a quién era dirigida la embajada, enumerando escrupulosamente todos los títulos de ambos soberanos mientras tenía en la mano las credenciales. A la pregunta relativa a la salud del soberano ruso contestaba el segundo miembro de la embajada: "Cuando nos separamos de nuestro gran soberano el zar, a Dios gracias, gozaba de buena salud." Después un tercer miembro decía que con ellos traían "cartas amistosas". Una vez habían sido entregadas las cartas, los embajadores presentaban los "recuerdos de amistad" o regalos del zar, que de ordinario consistían en pieles, y a veces en aves de cetrería.

A su regreso, los embajadores presentaban en el *Posolski prikaz* un informe detallado de su misión, en forma de diario en el cual quedaba anotado "por artículos" todo lo que habían visto, dicho y escuchado en el extranjero. Estas "relaciones por artículos" ofrecen un gran interés para la historia de la diplomacia rusa, y también nos permiten complementar nuestros conocimientos sobre la historia de los países a los cuales los embajadores iban. Cierto es que en la parte que era expuesta la marcha de las negociaciones, dichos documentos contienen ciertas exageraciones; a los soberanos extranjeros se les hacía hablar a menudo como "siervos" del zar,

"Biblioteca Mario Briceño Iragorry"

Escuela de Historia

Facultad de Humanidades y Educación
Universidad Central de Venezuela

mientras que los discursos de los embajadores eran expuestos en la forma más favorables para ellos. "Todos los discursos, pronunciados o no, eran escritos en el informe por artículos, no como habían sido pronunciados en la realidad, sino en términos bellos y sabios, haciendo destacar enfáticamente su gran inteligencia para conseguir del zar grandes honores y recompensas." (Kotoshijin.)

No menos complicado era el ceremonial de la recepción de embajadores extranjeros en Rusia. En la frontera eran recibidos por un alguacil enviado a su encuentro por el voyevoda de la ciudad más próxima. Inmediatamente empezaban las rivalidades por cualquier minucia. Las dos partes observaban atentamente quién se descubriría el primero, se cuidaban mucho de no dar un paso de más al encuentro del otro y procuraban cabalgar "por la mano alta", es decir, llevando la derecha, recurriendo para ello a toda clase de astucias en las que los extranjeros mostraban tanta inventiva como los rusos.

Desde el momento de pisar la tierra rusa, los embajadores recibían "provisiones" en cantidades considerables. Bastará recordar que el embajador imperial Meyerberg, llegado a Moscú en tiempos de Alexei Mijáilovich, recibía diariamente siete jarros de vino doble, dos jarros de vino del Rin, dos jarros de vino "romano", un cubo y medio y cuatro jarros de distintas clases de hidromiel, un cubo de cerveza, etc. Esta generosidad hacia los embajadores a expensas del zar no era costumbre en Europa y provocaba el asombro general, pero a veces la calidad de los comestibles dejaba que desear, y esto daba lugar a equívocos. Durante el viaje, el alguacil adscrito a la embajada vigilaba todo lo relacionado con su abastecimiento. Por su parte, los embajadores rusos tenían todos los gastos pagados y hasta recibían dietas especiales, puesto que las sumas asignadas por el prikaz eran de ordinario insuficientes.

Por el camino a Moscú los embajadores eran siempre recibidos con muestras de honor, pero los voyevodas no podían visitarlos ni recibir su visita, pues imperaba la norma de que ningún funcionario podía verse con ellos antes de que el zar les hubiese dado audiencia. En 1675, una embajada holandesa entró en Vologda "a los sonos de trompetas y de timbales", escoltada por los nobles y los mercaderes extranjeros que habían salido a su encuentro. Durante todo el tiempo que permanecieron en la ciudad gozaron de toda clase de atenciones por parte del voyevoda, el cual, sin embargo, por la causa antes dicha, no pudo "conversar" con el embajador, entrevistándose sólo con la gente de su séquito. Ocurría a veces que representantes de los distintos lugares por los cuales pasaban solicitaban a los embajadores su intercesión cerca de las autoridades locales, y estos ruegos tenían a veces éxito.

Unas veras antes de llegar a Moscú, la embajada se detenía en espera de autorización para entrar en la capital. El día fijado para la entrada, de las caballerizas del zar les eran enviados coches o carrozas y caballos de silla. Los alguaciles de la ciudad les recibían en las afueras. Empezaban las inevitables disputas y dilaciones acerca de quién saldría primero de su carroza o desmontaría de su caballo, el embajador o el alguacil, y Herberstein se jactó mucho de que había conseguido engañar al moscovita haciendo ver que estaba dispuesto a echar pie a tierra el primero. A continuación eran leídas las saluciones del zar y el alguacil tomaba asiento en la carroza del embajador, previa discusión sobre qué lugar ocuparía en ella.

En 1678, las discusiones entre los embajadores polaco-lituanos y los alguaciles se prolongaron dos horas. "El cortejo se detuvo, informaron al gran príncipe y él... decidió: que dos rusos debían colocar a un polaco entre ellos, en la segunda fila un moscovita iría entre dos polacos", etc. A partir de este momento, los alguaciles o "tutores", como les llamaban los extranjeros, casi no se separaban de sus protegidos, preocupándose de su alojamiento y abastecimiento; servían de intermediarios entre ellos y el *Posolski prikaz*, a la vez que como agentes que el Gobierno ruso

empleaba para conocer las intenciones de los embajadores y obtener noticias sobre la situación en Europa. Los alguaciles recibían del prikaz las oportunas instrucciones acerca de lo que debían decir o contestar a las preguntas que se les hicieran.

La entrada de los embajadores en Moscú se veía revestida de gran solemnidad y transcurría en medio de una gran afluencia de gente. A lo largo del itinerario había hombres de armas y siervos de los boyardos, jinetes en caballos lujosamente enjaezados; la infantería formaba con banderas y cañones. Todo esto debía proporcionar a los embajadores una idea de la riqueza y poderío del Estado ruso.

En el siglo xvi había ya unos edificios reservados para los embajadores que llegaban a Moscú —de Crimea, Nogai y de Polonia-Lituania—; el resto era alojado en casas particulares. A principios del siglo xvii fue construida en la Ilika (dentro del barrio moscovita de Kitai-górod) una residencia para las embajadas. Se trataba de aislar a los embajadores, y con el pretexto de protegerlos se les daba una guardia que no dejaba entrar a nadie. "Cerraron el patio anterior —cuenta Oleario, miembro de una embajada de Holstein al zar Mijaíl— y colocaron doce *streltsi* (tiradores) para que antes de la primera audiencia no saliese de casa ninguno de nosotros y no se permitiese la entrada a nadie. Pero los alguaciles nos visitaban diariamente para preguntar si necesitábamos algo. Además, en nuestro patio había siempre un intérprete ruso que disponía de los *streltsi* puestos a nuestro servicio, haciéndoles ir a comprar las cosas que necesitábamos." Después de la audiencia se hizo saber a los embajadores de Holstein que quedaban autorizados para salir de sus habitaciones, la ciudad estaba abierta para ellos y se ponían caballos a su disposición.

A lo largo del siglo xvii se fue suavizando este régimen a que estaban sometidos los embajadores extranjeros. Se les permitía recibir invitados y visitar a sus conocidos. Bien entendido que todas estas precauciones subsistían en cuando a los embajadores de países hostiles a Moscú.

El día de la audiencia, los cortesanos designados para el caso, con su séquito, acudían en busca de los embajadores. Reanudábanse las discusiones, esta vez para determinar el sitio donde los recién llegados debían ser recibidos. Los alguaciles insistían en que los embajadores debían hacerlo al pie de la escalera. Los embajadores, a su vez, veían en esto algo contrario al honor de su soberano y, fingiendo cualquier pretexto, procuraban no pasar de la mitad de la escalera. Los alguaciles se cambiaban rápidamente de ropa, poniéndose lujosas vestimentas a fin de acompañar a los embajadores a palacio. Nuevamente eran puestas a la disposición de los embajadores monturas de las caballerizas reales o —en el siglo xvii— la carroza del zar. El cortejo se ponía en marcha con gran solemnidad. Por delante iban los *streltsi*, luego venían los regalos para el zar: recipientes de plata de rica forma, caballos y toda clase de "curiosidades de ultramar". El secretario de la embajada, u otra persona de su séquito, llevaba en alto las cartas credenciales envueltas en una tela de seda, y detrás de él seguían los embajadores acompañados por los alguaciles.

Las tropas cubrían la carrera. Todas las calles estaban llenas de gente que acudía a contemplar la espléndida comitiva. Los rusos estimaban que esta aglomeración del gentío era una muestra del poder de su zar y una manifestación de estima a los embajadores. Potemkin, cuando en París se dirigía a la audiencia del rey, se ofendió viendo que en la calle había poca gente.

El zar era informado por medio de mensajeros del momento en que la embajada salía de su residencia; a medida que el cortejo se iba acercando, desde palacio se daban indicaciones para acelerar o retardar la marcha. En una ocasión, los embajadores de Lituania se retrasaron mucho y obligaron a esperar al zar Iván IV hasta que oyeran misa "de sus popes". El zar se ofendió, decidiendo con sus boyardos ir

de nuevo a la iglesia y obligar a los embajadores a "esperar hasta que el zar oyese su misa". Los embajadores descabalgaban o se apeaban de la carroza a cierta distancia de la puerta de honor. En 1566, un embajador lituano quiso bajar del caballo en la misma puerta, tratando de acercarse "por la fuerza", pero los *streltsi* le cerraron el paso y el zar no le prestó ninguna atención, porque "había llegado a palacio sin mostrar la debida cortesía". En las escaleras y aposentos por los que pasaban los embajadores había nobles, funcionarios y huéspedes (mercaderes) "con vestidos de oro" y gorros de piel, y funcionarios de inferior categoría con "vestido limpio". Los trajes "de oro", de ceremonia, eran entregados para este fin de los almacenes del zar y debían ser devueltos al terminar la ceremonia; si se observaba en las prendas el menor desperfecto, el cortesano culpable sufría un severo castigo.

En el palacio, los embajadores eran recibidos por los boyardos designados para el caso. Según fuera la importancia política del Estado de donde llegaban los embajadores, había hasta tres recibimientos. La audiencia tenía lugar en diversas salas del palacio: en la del Comedor; en una de las Salas de Oro y, a veces, en la Granovitaia. El zar recibía sentado en el trono, vestido "de gran gala", es decir, con su caftán de brocado recamado en oro, el "gorro de Monómaco", el cetro en la mano y, a veces, con la "manzana real" en la otra. Delante del trono estaban los *rindis*, jóvenes vestidos con caftanes blancos y pequeñas hachas de plata en la mano. Los boyardos, con lujosos caftanes y gorros de piel, permanecían sentados en bancos a lo largo de las paredes.

Los embajadores se presentaban con la cabeza cubierta. Sólo en la segunda mitad del siglo XVII se empezó a exigir en Moscú que entrasen con el sombrero en la mano, provocando un conflicto con Suecia que terminó con el compromiso recíproco de que los embajadores de una y otra parte entrarían en el salón con la cabeza descubierta. Lo mismo se convino en 1671 con Polonia. Otra exigencia que irritaba mucho a los extranjeros era la de que los embajadores habían de ir a palacio sin espada, "costumbre tomada, probablemente, de los kanes tártaros. Los embajadores eran "anunciados", es decir, presentados por un *okólnichi*, dignatario que ocupaba el segundo rango en la Duma después de los boyardos. El embajador "saludaba", se interesaba por la salud del zar, y pronunciaba su discurso de salutación. El zar, en respuesta, se ponía en pie y preguntaba por la salud del soberano que había enviado al embajador, aunque no se quitaba la corona. Cuando en 1658 el zar Alexei preguntó por la salud del rey de Hungría sin quitarse la corona, los embajadores elevaron una protesta. Se les contestó que el zar recibía a los embajadores no con sombrero, sino con la corona, que no se quitaba ni siquiera en la iglesia, durante los servicios divinos.

Después del intercambio de saluciones, el embajador entregaba las cartas credenciales, que eran recibidas por el *diak* del *Posolski prikaz*, y el zar daba a besar su mano a los embajadores. "Mientras nos acercábamos —describe esta ceremonia uno de los miembros de una embajada imperial a Alexei Mijáilovich en 1661— el zar pasó el cetro de la mano derecha a la izquierda y nos tendió la derecha para besarla. El príncipe Cherkasski (primo del zar) la sostenía, y el suegro del soberano, Iliá Milovslaski, nos hacía señas para que ninguno de nosotros la tocase sin tener las manos limpias."

Terminada la ceremonia, el zar se lavaba las manos en un aguamanil de plata, cosa que ofendía mucho a los extranjeros: "Se diría que procede a una purificación", dijo Possevino. El zar sólo daba a besar su mano a los cristianos; a los embajadores musulmanes se limitaba a ponerles la mano en la cabeza. Después del besamanos se colocaba frente al trono un escabel para los embajadores. Allí sentados, éstos exponían en un corto discurso el motivo de su llegada y "presentaban"

los regalos que habían traído para el zar. En 1692, entre los presentes que le ofrecieron unos embajadores persas había un león y una leona vivos, que fueron llevados "separadamente" en trineos, aunque, claro está, no les hicieron entrar en palacio, limitándose a tenerlos un rato frente a la entrada principal.

El día de la audiencia el zar ofrecía una comida a los embajadores, que, en el siglo XVI, se solían sentar a la misma mesa que el soberano. Ulfeld describe con todo detalle la comida de gala que Iván IV le ofreció en el barrio de Alexandrovskaja. Los manjares eran servidos ya en pedazos, que el zar repartía entre los comensales, incluidos los miembros de la embajada. La persona objeto de este honor se ponía en pie y saludaba al zar y en las cuatro direcciones, "y como eran muchos los platos, se tenía uno que poner en pie con mucha frecuencia, pues cuantas veces se le daba algo tenía necesidad de levantarse, y esto ocurrió en sesenta y cinco ocasiones". El mismo ceremonial se seguía con respecto al hidromiel. Por último, el zar mandó llenar una copa de malvasia (vino), tomó un sorbo y, como una especial merced, hizo entregar la misma copa a Ulfeld, quien después de llevarla a sus labios la entregó, por turno, a todos los miembros de la embajada "para que todos sintieran la generosidad y amabilidad de su corazón".

En el siglo XVII, en lugar de la comida de gala, los manjares eran enviados directamente al alojamiento de los embajadores. Allí llegaba un palaciego acompañado de mucha gente que llevaba la comida. La mesa era cubierta con un mantel y en ella se colocaba vajilla de plata. El representante del zar ocupaba el sitio de honor, y colocaba a su lado a los embajadores. La comida se servía en fuentes de plata, pero únicamente había platos para los embajadores, de tal manera que Klenk, embajador de las Provincias Unidas, tuvo que mandar que se pusieran sus propios platos a los demás miembros de la embajada. Siguiendo un ceremonial previamente establecido, durante la comida se brindaba en honor del zar y del soberano del país donde venía la embajada.

Unos días después de la audiencia solemne era concedida otra, en un ambiente más modesto, durante la cual el zar comunicaba a los embajadores que, conocedor del contenido de las cartas credenciales, designaba a varios boyardos "en respuesta", es decir, para negociar con ellos sobre todos los problemas planteados. Luego se les llevaba a la "sala de respuesta" o a alguna otra, donde daban comienzo las negociaciones, interrumpidas a menudo por violentas disputas. Celebrábanse varias reuniones y, terminadas éstas, se fijaba la audiencia de despedida. Si las negociaciones habían tenido buen éxito, el zar ofrecía hidromiel a los embajadores. Ordinariamente, éstos se guardaban la copa en la cual habían bebido; "para unos embajadores tan deshonestos se hacían especialmente en Inglaterra copas de cobre cubiertas de plata y oro".

Además de las embajadas que acudían a Moscú y de las que los rusos mandaban a otros Estados, eran muy frecuentes las conferencias de embajadores, que de ordinario se celebraban en las ciudades fronterizas. También allí ocupaban mucho tiempo las cuestiones menudas y de etiqueta. Los embajadores se instalaban en tiendas y eran muchas las disputas que surgían para determinar en cuál de las tiendas debía ser celebrada la conferencia. A veces, para salvaguardar por igual su honor, los embajadores hablaban cada uno sin salir de su tienda, haciendo que las colocasen a una distancia desde la que se pudieran oír sus voces. Había ocasiones en que las tiendas estaban tan juntas que los embajadores podían sentarse a la misma mesa, de tal modo que un extremo de ésta entraba en una tienda y el otro en la tienda vecina; quedaba por decidir todavía en qué lado había una parte mayor de la mesa.

En aquel tiempo, los tratados seguían siendo confirmados mediante el jura-

mento, "besando la cruz". El zar juraba en presencia de los embajadores extranjeros. El arcipreste de palacio, después del *tedéum*, daba lectura a la "carta conminando a mantener la paz eterna", repitiendo el zar sus palabras, mientras que "la carta del tratado era colocada bajo el evangelio". Terminada la lectura del texto del juramento, el zar besaba la cruz, tomaba el documento con el texto definitivo del tratado, y lo entregaba a los embajadores. Los soberanos rusos, que cumplían punto por punto el ceremonial necesario, reclamaban también lo mismo de la parte contraria. Iván IV exigió que el rey de Polonia, al jurar, besara "la misma cruz", y no "a un lado de la cruz ni con la nariz", con lo que se perdería la fuerza natural de la ceremonia.

El tratado, así confirmado después de besar la cruz, era inviolable "en todos sus artículos, comas y puntos, sin quitarle nada..., todo entero". La forma de los tratados era la misma que la de los modelos occidentales.

Hasta fines del siglo XVII los soberanos rusos no suscribían los tratados; lo hacía un *diak*, firmado con el nombre del zar porque "los zares y los boyardos no ponen su mano en ningún asunto, para eso están los *diaks* de la Duma".

La costumbre de sellar los tratados mediante alianzas matrimoniales con las cortes extranjeras desapareció en Rusia en el siglo XVI. El último caso se produjo a fines del siglo XV, cuando Iván III casó a su hija Elena con el gran príncipe Alejandro de Lituania; pensando que este matrimonio le ayudaría a consolidar la paz. Pero la intolerancia y el exclusivismo religioso se habían agudizado tanto, que las alianzas matrimoniales se hacían prácticamente imposibles. La Iglesia católica exigía, para tal enlace, la aceptación por el ortodoxo de la unión religiosa, mientras que la Iglesia ortodoxa no quería ni oír hablar de ello.

En el siglo XVI trató Moscú de crear en Livonia un Estado vasallo cuyo soberano estaría unido a la casa reinante rusa por una alianza matrimonial. Con este fin, Iván el Terrible casó a su sobrina Ekaterina Vladimirovna con un hermano del rey Magnus de Dinamarca, pero el esposo traicionó al zar y se pasó a los enemigos de éste. Con los mismos propósitos, Boris Godunov se fijó primero en el príncipe heredero de Suecia, Gustavo, el cual terminó por renunciar al matrimonio con la hija del zar, Xenia, protestando que no quería hacerse ortodoxo. Más tarde, el zar trató de casar a Xenia con el príncipe Johan; pero éste murió en Moscú, donde ya se encontraba en calidad de futuro yerno. Bajo el reinado de Mijaíl Fiodorovich empezó el largo escándalo del enlace matrimonial de la princesa Irina Mijáilovna con el príncipe Valdemar de Dinamarca. Éste llegó a Rusia, pero su negativa a convertirse a la religión ortodoxa, ello unido a la posición adoptada por las autoridades eclesiásticas rusas, que se negaban a que el príncipe entrase en el templo para la celebración del matrimonio "sin ser bautizado", condujo, tras largas negociaciones, al rompimiento. En el siglo XVII fue éste el último intento de recurrir a las alianzas matrimoniales para consolidar los vínculos con otros países.

Nuevas facetas de la diplomacia del Estado ruso en el siglo XVII.

En los siglos XVI y XVII, los problemas a resolver por vía diplomática eran mucho más variados y complejos. Muchos de ellos no entraban antes en la esfera de las relaciones diplomáticas, como la extradición de delincuentes políticos (por ejemplo, el caso del impostor Ankudinov), la adquisición de municiones, la recluta de mercenarios, la obtención de empréstitos, la autorización para comprar trigo en Rusia, la protección de los intereses de los comerciantes propios, etc. En el siglo XVII la diplomacia rusa comienza a interesarse vivamente por los asuntos internos de las potencias extranjeras, y ya entonces trata de atribuirse el papel de guardiana

de los principios monárquicos en Europa. Así, el Gobierno de Alexei Mijailovich, como represalia por la ejecución de Carlos I, en 1649 despojó a los comerciantes ingleses de los privilegios de que antes gozaban en Rusia, prohibiéndoles la entrada en las ciudades del interior. En adelante sólo podían realizar sus negocios en Arcángel "por sus muchas acciones injustas y nocivas para el comercio ruso, y particularmente por el asesinato en Inglaterra del rey Carlos I".² El Gobierno ruso se negó a reconocer la República Inglesa, y el zar Alexei se siguió informando de la salud de la reina viuda, además de prestar ayuda económica a su hijo, el pretendiente al trono y futuro rey de Inglaterra Carlos II.

La diplomacia rusa miró también con malos ojos la ayuda que los reyes de Francia y Dinamarca prestaban a los *mujiks* holandeses contra el rey inglés. Ordín-Naschokin estimaba preferible la unión de todos los soberanos de Europa occidental para poner fin a todas las repúblicas, que, decía él, no son "otra cosa que lugares de perdición".

También en otro sentido la diplomacia zarista esbozó en el siglo XVII el camino que el Imperio Ruso iba a seguir en las dos centurias siguientes. En la lucha contra Turquía manejaba la hostilidad natural de la población de los Balcanes, sometida por los turcos, contra sus opresores. Los griegos y los eslavos eran aliados fieles de Rusia. El clero de estos pueblos proporcionaba al Gobierno ruso valiosos informes sobre la situación en Turquía. Se establecieron incluso códigos para la correspondencia secreta. En 1682, el patriarca de Jerusalén pidió, a través de embajadores rusos llegados a Constantinopla, que el soberano ordenara "escribirle a él, el patriarca, sin mencionar su nombre, pequeñas cartas selladas con un sello pequeño para que nadie lo sepa, y de la misma manera escribirá él sobre los grandes asuntos que el soberano necesita conocer".

El siglo XVII vio también el comienzo de la lucha contra la prensa extranjera al objeto de poner fin a la propaganda escrita contra la Rusia zarista. Así el Gobierno ruso elevó una protesta en Suecia contra los "avisos" (noticias) publicados en Riga acerca de la insurrección de Razin, en los que se denigraba la dignidad del zar, y contra "esas hojas repletas de embustes que los súbditos del rey propagan por toda Europa". También formuló su protesta contra un libelo impreso en Reval, en 1655, contra los zares de Moscú, en el que se calificaba de tirano a Iván Vasílievich y Alexei Mijáilovich era comparado con Eróstrato en razón de permitirse "tirar despóticamente en Livonia". En el tratado de 1650 con la Rzecz Pospolita figuraba una cláusula en la que se acordaba la destrucción de todos los libros que hablasen mal del Estado ruso. Uno de los motivos aducidos por la diplomacia rusa para romper la paz con Polonia era la impresión "por orden del rey y de los señores de la Dieta" de libros "en los que figuran las peores infamias, injurias y denuestos contra nuestro soberano de Moscú, contra los boyárdos y gentes de otras categorías".

La complicación y ampliación de las relaciones diplomáticas y comerciales del Estado ruso con los países occidentales europeos trajo consigo la aparición en Moscú de residentes y agentes extranjeros que representaban los intereses de diversos Estados. Ya en 1585 se habla de un residente inglés, cuyas funciones se acercaban a las de un cónsul. A partir de 1623, los residentes ingleses tenían un carácter permanente, a excepción del tiempo en que estuvieron rotas las relaciones entre ambos países al proclamarse en Inglaterra la República. Hacia 1630 aparecen los "comisionados daneses". En 1631, los Estados Generales holandeses consiguen la autorización para tener en la capital un residente, aunque no hacen uso de este derecho hasta 1678. A partir de 1631, agentes suecos tenían su residencia en Moscú. Los

² Colección completa de leyes del Imperio Ruso, tomo 1, pág. 167.

polacos fueron admitidos en 1673, aunque ejercieron su función de una manera esporádica. No tuvieron éxito las gestiones de Francia, en 1629, y de Brandeburgo, en 1676, para tener sus residentes. Oficialmente éstos eran nombrados "para mantener relaciones de palabra, más cómodas que las que se establecen por correspondencia".

En realidad, además de las funciones consulares, en defensa de los intereses comerciales de sus compatriotas, eran espías e informadores. Al residente sueco se le encomendaba la vigilancia de los otros residentes y de los embajadores de otros países europeos, y "observar con toda diligencia cuanto pudiera ocurrir en la corte del zar", dando cuenta de ello a su Gobierno. En efecto, los informes de los residentes suecos del siglo xvii contienen datos muy valiosos para su Gobierno sobre las fuerzas armadas, el comercio, movimientos populares y, en fin, sobre la lucha de las camarillas en la corte. Uno de esos residentes, Pommering, no se conformaba: también se dedicó al sabotaje directo en la naciente industria de armamentos. A este objeto trataba de convencer a los especialistas extranjeros que trabajaban en las fábricas rusas para que abandonasen el país. "Cuando ellos se vayan de aquí —escribió en 1648— la fábrica de Tula y demás fábricas metalúrgicas rusas no podrán causar daño alguno a las fábricas de Su Majestad en Suecia, pues yo he proporcionado a Pedro Marselis (intendente de las fábricas de Tula) un maestro forjador que conoce muy mal el oficio..."

Se comprende, pues, que el Gobierno ruso pusiera en juego todos sus recursos para librarse de los residentes extranjeros, manifestando en diversas ocasiones que en tiempos de paz "no tienen nada que hacer".

En cuanto a él, en el siglo xvii no hizo más que iniciar la organización de misiones permanentes en el extranjero. Esto se refería, en primer lugar, a los dos países con los que Rusia estaba más ligada: a Suecia y a Polonia. En 1634, el alemán D. A. Franzbékov, convertido a la ortodoxia, fue enviado como residente a Suecia, pero sólo permaneció allí un año y medio; después de esto sólo en 1700 el príncipe Jilkov fue enviado a Suecia "con residencia" en Estocolmo. El problema de una misión permanente en la Rzecz Pospolita quedó planteado hacia 1665, siendo resuelto en 1673. El primer residente ruso en la Rzecz Pospolita, Vasili Tiapkin, ejerció sus funciones entre 1673 y 1677. En 1660, el inglés John Hebdon fue nombrado "comisario" en Holanda e Inglaterra.

La falta de misiones permanentes en el extranjero repercutió desfavorablemente en la labor de la diplomacia rusa, que a menudo se veía mal informada de la situación en Europa. Chémodánov, por ejemplo, enviado en 1656 como embajador cerca del dux Francisco, a su llegada a Venecia supo que "Francisco había muerto por la voluntad de Dios, y el príncipe actual es ya el tercero que le sigue". Para llenar esta laguna hacía venir del extranjero periódicos o *kurantes* que eran traducidos en el *Posolski prikaz*. Los rusos, según la irónica observación de los diplomáticos suecos, creían en los *kurantes* "como en el Evangelio". La información de los periódicos, evidentemente, no podía reemplazar la información diplomática, y de ahí una serie de errores de los diplomáticos rusos. Así, en 1687, el príncipe Yákov Fiodorovich Dolgorúkov acudió a Francia con la delicada misión de proponer a Luis XIV una alianza contra Turquía, con la que Francia estaba a punto de concluir un tratado de amistad.

Una actividad diplomática ejercida en tan diferentes terrenos debía contribuir a proporcionar a los gobernantes rusos experiencia en las relaciones con los extranjeros. Estos señalaban con irritación la notable capacidad de los diplomáticos rusos. "Reúnen todas las sutilezas de una astucia secular a fin de engañar a los extranjeros —dice el autor que describía la embajada de Meyerberg—, hacen pasar la mentira por verdad o silencian lo que se debe decir y debilitan la fuerza obligatoria de los

acuerdos tomados en reuniones con mil argucias que dan una interpretación equivocada, de tal modo que todo se viene abajo."

A menudo, sin embargo, en las acciones de los diplomáticos rusos se dejaba sentir la falta de instrucción y de conocimientos exactos; en ocasiones sus métodos eran de una ingenuidad extraordinaria. Lijachov, enviado en 1658-1659 como embajador a Florencia, preguntó al "gran duque" Fernando, al ser recibido por éste, si sabía qué misión le había sido encomendada al embajador polaco que, en ruta hacia España, había paseado por Florencia: "Traía una carta para ti." ¿Qué decía esa carta?

Algunos diplomáticos rusos de aquel tiempo no se paraban en barras para remitirse a documentos inexistentes o declarar que los emperadores Honorio y Arcadio habían enviado la corona al primer príncipe de Moscú, Vladimir. Cuando se les hacía ver que estos emperadores habían vivido seiscientos años antes que Vladimir, afirmaban sin inmutarse que eran otros Honorio y Arcadio, contemporáneos de Vladimir. La terquedad y las brusquedades a que a veces recurrían los embajadores rusos causaban pésima impresión en los diplomáticos extranjeros, que, aun valiéndose de los mismos recursos, lo hacían en forma más refinada. Los allegados del "gran duque" hacían ver a Lijachov que "los embajadores de otras potencias en Florencia no blasfemaban como él". Cuando el príncipe Dolgorukov desembarcó en Dunquerque, en 1687, se le preguntó desde París: "¿Han venido para manifestar su terquedad? ¿Se opondrán en algo a la voluntad de Su Majestad el Rey?"

Ahora bien, en su conjunto, el nivel de la diplomacia rusa mejoró notablemente en el siglo xvii. En este período tuvo Rusia un buen número de diplomáticos verdaderamente capaces, que comprendían muy bien los intereses de su Estado y sabían defenderlos. Los nuevos aspectos de su actividad, a los cuales nos hemos referido, prueban los adelantos de la diplomacia rusa a lo largo del siglo xvii.